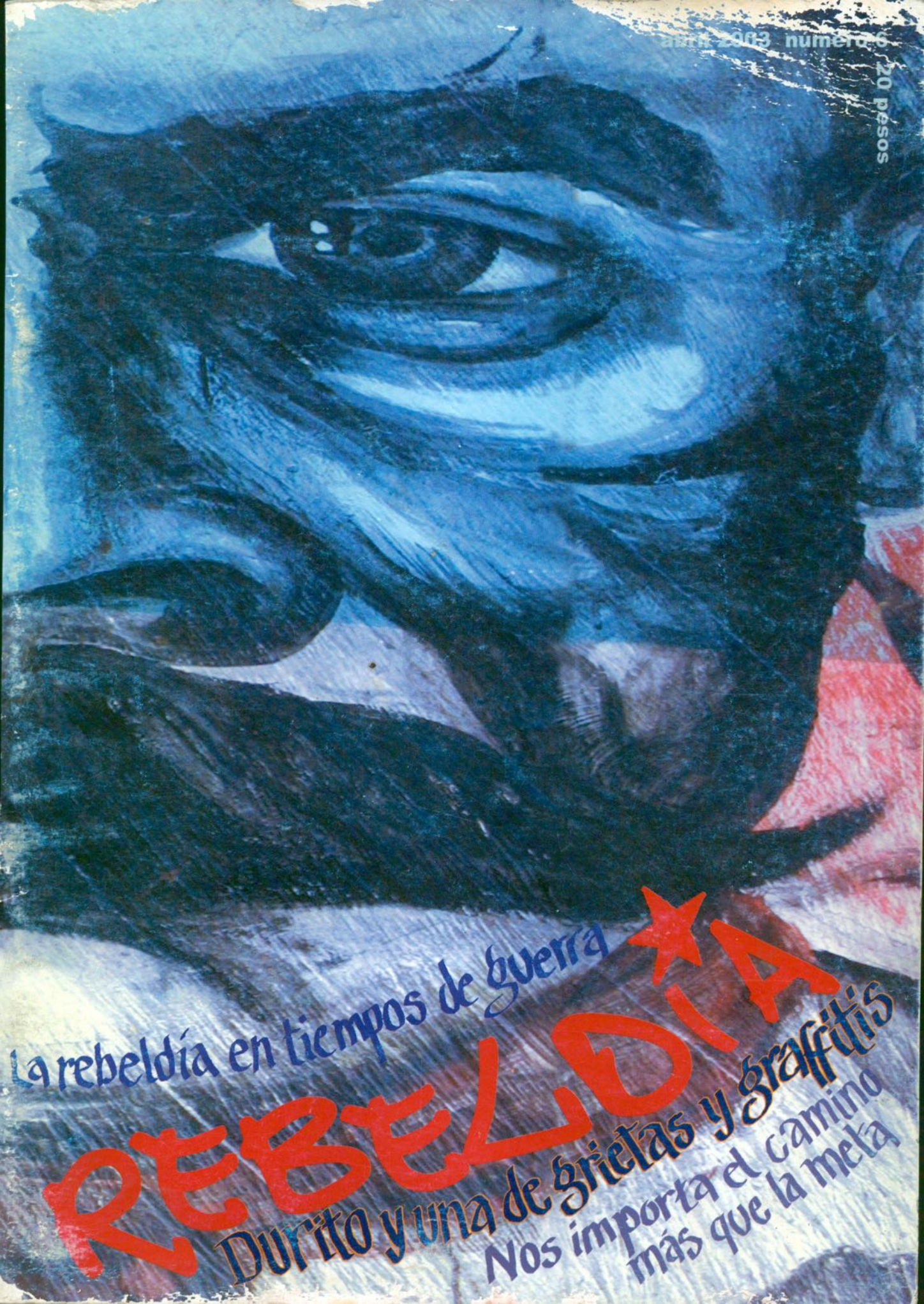
abril 2003 número 6 $20 pesos

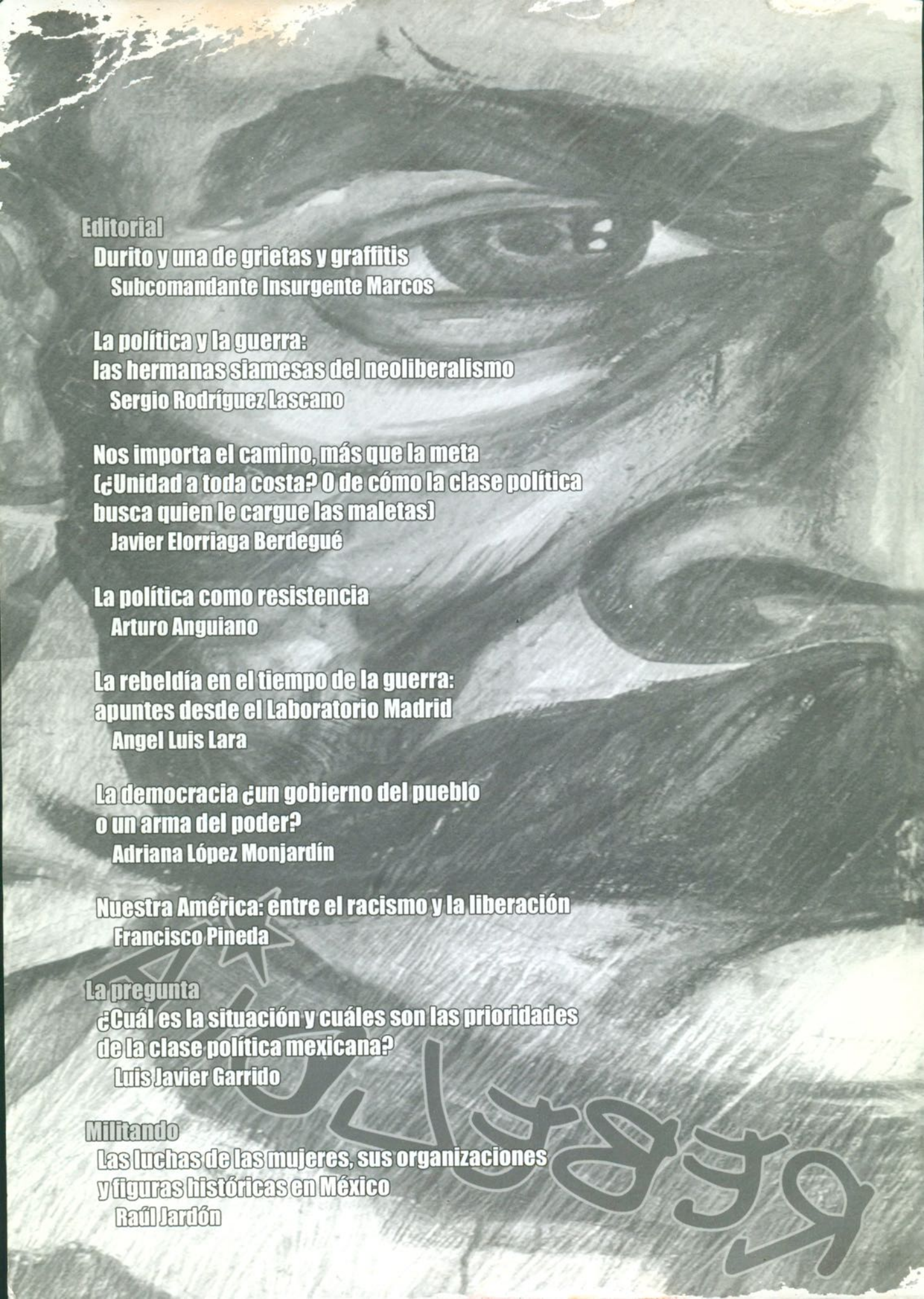


La rebeldía en tiempos de guerra

REBELDÍA

Durito y una de grietas y graffitis

Nos importa el camino más que la meta



Editorial
Durito y una de grietas y graffitis
Subcomandante Insurgente Marcos

La política y la guerra:
las hermanas siamesas del neoliberalismo
Sergio Rodríguez Lascano

Nos importa el camino, más que la meta
(¿Unidad a toda costa? O de cómo la clase política
busca quien le cargue las maletas)
Javier Elorriaga Berdegué

La política como resistencia
Arturo Anguiano

La rebeldía en el tiempo de la guerra:
apuntes desde el Laboratorio Madrid
Angel Luis Lara

La democracia ¿un gobierno del pueblo
o un arma del poder?
Adriana López Monjardín

Nuestra América: entre el racismo y la liberación
Francisco Pineda

La pregunta
¿Cuál es la situación y cuáles son las prioridades
de la clase política mexicana?
Luis Javier Garrido

Militando
Las luchas de las mujeres, sus organizaciones
y figuras históricas en México
Raúl Jardón

Durito y una de Grietas... y Graffitis

Dice Durito que los poderosos han hecho plano el mundo. Que a fuerza de guerras, de muerte y destrucción, lo han ido achatando hasta quitarle su redondez.

"*Y no sólo*"-, dice Durito, "*ya achatado, los poderosos han colocado el mundo como si fuera una pared que divide a unos de otros. Pero no es una pared así como las conocemos, no. Es una pared acostada. O sea que no sólo hay un lado y otro lado, sino que hay un arriba y un abajo*".

Dice Durito que del lado de arriba del muro, viven los poderosos en impresionantes palacios, con autos lujosos, grandes jardines, piscinas, altos edificios. Dice Durito que allá arriba hay mucho espacio y poca gente. Pocos, muy pocos.

"*Del lado de abajo del muro*", dice Durito, "*vive la gente muy así, muy común y corriente, habita en casas humildes, amontonadas unas encima de las otras, el aire está como sucio, igual el agua. Acá bajo hay poco espacio y mucha gente. Muchos, muy muchos*".

"*En los libros de geografía se sigue enseñando que el mundo es redondo, pero todo es una triquiñuela para esconder que hay unos que están arriba y hay otros que están abajo; y, sobre todo, que los que están arriba están ahí porque los sostienen los de abajo*", dice Durito mientras martilla un globo terráqueo, de ésos que usan en las escuelas, para ilustrar su lección de hoy.

Dice Durito que el muro y lo que está arriba pesan mucho, y que, entonces, los que están abajo se inconforman, murmuran, conspiran.

Dice Durito que, además, el gran peso ha provocado que se haga una gran grieta en el muro.

Dice Durito que el Neoliberalismo trata de resanar el muro y que la pasta que usa es la clase política.

Dice Durito que los de abajo, es decir, la inmensa mayoría de la humanidad, trata de asomarse por la hendidura para ver qué es lo que pesa tanto y, sobre todo, por qué es que debe soportar ese peso.

Dice Durito que la rebeldía en el mundo es como una grieta en un muro: su primer sentido es asomarse al otro lado. Pero después, esa mirada debilita el muro y termina por resquebrajarlo por completo.

Dice Durito que la rebeldía va más allá de lo que va el "cambio" moderno.

Porque el "cambio" moderno aprovecha la grieta para colarse al otro lado del muro, al de arriba, olvidando, consciente o inconscientemente, que por la grieta no pueden pasar todos. El "cambio" es entonces pasar al lado de arriba, y la democracia neoliberal es que unos pocos vean en representación de muchos, y que esos pocos le cuenten a los muchos lo que no pueden ver.

"*Claro*", dice Durito, "*teniendo especial cuidado en no tocar el tema de por qué están unos pocos arriba y unos muchos abajo; y, especialmente, el asunto de que los de abajo sostienen a los de arriba*".

"*La rebeldía, en cambio, va más allá. No pretende asomarse al otro lado, ni mucho menos pasar allá, sino lo que quiere es debilitar el muro de tal forma que acabe por desmoronarse, y, así, no haya ni uno ni otro lado, ni un arriba ni un abajo*".

"*Y ya que estamos hablando de muros, un muro sin graffiti es como un mundo sin rebeldes, es decir, no vale la pena*", dice mientras lo persigue inútilmente un camión de policías, después de pintar, con letras grandes y de todos los colores, un "***NO***" en la hoja del calendario del Poder.

Desde las montañas del Sureste Mexicano.

Subcomandante Insurgente Marcos.
México, Abril del 2003.

Rebeldía.
Año 1. número 6, abril del 2003.
Director: Sergio Rodríguez Lascano
Subdirectora: Adriana López Monjardin
Consejo editorial: Javier Elorriaga Berdegué, Raúl Jardón, Angel Luis Lara "El Ruso", Fernando Yáñez Muñoz.
En internet: www. revistarebeldia.org
Correo electrónico:
redaccion@revistarebeldia.org.mx
Impresa en: Arte Z

La política y la guerra:

las hermanas siamesas del neoliberalismo

Sergio Rodríguez Lascano

"En la época moderna el Estado Nacional es un castillo de naipes frente al viento neoliberal. Las clases políticas locales juegan a que son soberanas en la decisión de la forma y altura de la construcción, pero el Poder económico hace tiempo que dejó de interesarse en ese juego y deja que los políticos locales y sus seguidores se diviertan, con una baraja que no les pertenece. Después de todo, la construcción que interesa es la de la nueva Torre de Babel, y mientras no falten materias primas para su construcción (es decir, territorios destruidos y repoblados con la muerte), los capataces y comisarios de las políticas nacionales pueden continuar con el espectáculo (por cierto el más caro del mundo y el de menor asistencia).

En la nueva Torre, la arquitectura es la guerra al diferente, las piedras son nuestros huesos y la argamasa es nuestra sangre. El gran asesino se esconde detrás del gran arquitecto (que si no se autonombra "Dios" es porque no quiere pecar de falsa modestia)"[1]

La reciente intervención militar de los Estados Unidos y sus aliados en contra del pueblo Irak ha puesto a la orden del día la discusión sobre el significado de esta nueva forma de la guerra y de su importancia para redefinir la hegemonía dentro de los que se mueven en la esfera de la dominación capitalista.

Hace ya varios años Carlos Marx y Federico Engels explicaron lo siguiente: "La burguesía no puede subsistir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción y por lo tanto las relaciones de producción y con ellos, el conjunto de las relaciones sociales"[2]. Pues bien, ahora bajo la agudización de la competencia y la omnipresencia de las trasnacionales en el poder directo de los diversos gobiernos, la guerra se convierte en el nuevo factor que busca sobredeterminar a todos los otros. La formulación actual sería: El neoliberalismo no puede subsistir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción y por lo tanto las relaciones de producción y con ello el conjunto de las relaciones sociales y para lograr todo esto se está utilizando a la guerra como elemento definitorio.

Desde el 11 de septiembre, el gobierno de Bush, como fiel representante del poder de las trasnacionales, en especial las petroleras, pero también las vinculadas a la industria militar, han decidido utilizar esta acción terrorista para reorganizar la hegemonía mundial. Para lograr lo anterior han implementado una concepción de la guerra que, desde luego, tiene elementos de continuidad con otras guerras pretéritas, pero también tiene elementos nuevos que es indispensable clarificar. Aquí solamente abordaremos tres conceptos claves de la teoría de la guerra:

a) "La guerra es una continuación de la actividad política, una realización de la misma por otros medios"[3].

b) "La guerra es la ausencia de la paz".

c) La lucha es por "la paz perpetua"[4].

La nueva guerra y Clausewitz

Todo parece indicar que el viejo apotegma ha sido echado al cesto de la basura. Ahora deberíamos de decir: la paz es la continuación de la actividad militar, una realización de la misma por otros medios. Esta sería la característica central de la nueva guerra. La campaña propagandística ("el imperio del mal", salvar al mundo de las armas de destrucción masiva, etcétera), las campaña mediáticas (un poco antes de que se iniciara el bombardeo contra Afganistán la CNN saca una serie de imágenes sobre una lapidación contra una mujer en el estadio de Kabul en ese país), el embargo comercial, los acuerdos y las alianzas regionales, y, desde luego, las superbombas financieras no son otra cosa que los prolegómenos de la guerra. Forman parte de ella y se subordinan a la misma, ya que ésta representa la base esencial de la nueva geoestrategia mundial.

Para esto se delimitan dos campos: los amigos y los enemigos. Nosotros y los otros. La democracia y el terrorismo. A partir de esa definición, todo está permitido, desde la mentira más ramplona, pasando por la provocación y llegando, incluso, eventualmente a la realización de actos terroristas que se le achacan a los enemigos. (Esta recuperación de los viejos conceptos de la política elaborados por Carl Schmitt se hace, evidentemente a costa de los otros conceptos del mismo autor sobre su crítica de identificar a la política con lo estatal). Esto crea una permisibilidad nunca antes vista: todo es válido. Ya hace algunos años esto había sido formulado pero ahora adquiere toda su dimensión: "Si la participación estadounidense es necesaria y justificada, el pueblo y los dirigentes de nuestro país deben comprender que la guerra de baja intensidad no se ajusta a la noción democrática de táctica y estrategia. La revolución y la contrarrevolución desarrollan su propia concepción ética y moral, la cual justifica el uso de cualquier medio para acceder a la victoria. La supervivencia se convierte en el criterio definitivo de moralidad". (Sam C. Sarkesian, *"Low-Intesity Conflict: Concepts, Principies, and a Policy Guidelines"*). El conflicto, entonces, no tiene posibilidades de solución en el terreno político. El conflicto no es entendido como desavenencia con posibilidades de subsistencia controlada o con posibilidades de su disolución. La guerra se convierte en el elemento clave para definir el conflicto. La guerra se convierte en la palanca para asegurar la hegemonía y la homogenización.

El mundo busca ser homogenizado por un modelo económico, un pensamiento, una cultura, un idioma, en síntesis, una forma de ver, sentir y actuar. Un mundo no solamente unipolar sino monocromático, monocorde.

Sin embargo el resultado de ese vano intento es exactamente el contrario: "Sin embargo sucede que esta Cuarta Guerra Mundial también produce el efecto contrario que llamamos 'fragmentación'. De manera paradójica el mundo no se está haciendo uno sino que se está partiendo en mil pedazos"[5].

Al ser la fragmentación el destino de la globalización, en lugar de que disminuyan los "otros", los "enemigos", éstos crecen y se cuelan por los poros de los nuevos muros de la ignominia para llegar al corazón de las grandes megápolis. Los "enemigos" duermen en los cuartos de servicio de éstas.

Peor aún, existe una conciencia entre los nuevos ideólogos del poder del dinero: no pueden vivir sin el trabajo de esos enemigos, ya no sólo porque hay una serie de trabajos "despreciа-

bles" que solamente ellos pueden desempeñar sino, también, porque existe un problema estructural de dimensiones todavía no calculadas. En el año de 1900 la población mundial era de 1 645 millones de seres humanos, en 1960 casi se duplicó al llegar a 3 000 millones, pero en el año 2000 se llegó a 6 228 millones y se calcula que en el año 2050 la población mundial podrá llegar a 10 900 millones. Ahora el 60 por ciento de la población se encuentra en Asia; si analizamos el problema demográfico en edades, en el continente europeo el promedio de edad es de 37.1 años; en los Estados Unidos y Canadá es de 35.2; Oceanía 30.7; en Asia es de 25.5 (sería más bajo si descontáramos a Japón que tiene el promedio más alto de edad, 41 años); América Latina 23.9; África 18.3. Al ubicarse la inmensa mayoría de la población joven en África, Asia y América Latina, implica que una buena parte de la mano de obra se ubica precisamente en esas partes del mundo. Esto, desde luego, permite el problema de las migraciones; se calcula que 200 millones de seres humanos pueden ser considerados migrantes. Lo que todo esto quiere decir es que el cambio en la composición de la fuerza de trabajo representa algo estructural en lo que ya no hay marcha atrás.

Los dueños de las megápolis, normalmente gente ya vieja, necesitan de esa mano de obra multicolor pero le tiene un pavor desmedido. Por eso su única respuesta, su única estrategia es diseñar un proyecto político que no es otra cosa que la continuación de la guerra por otros medios.

De esta manera "la guerra ya no es la ausencia de la paz" sino la paz es la omnipresencia de la guerra. De hecho la paz no es sino pequeños interludios en los que se preparan las condiciones de la próxima confrontación bélica.

La guerra en los Balcanes anunció la guerra en Afganistán y ésta la de Irak, luego seguirá Siria, Sudán, Corea del norte [...] Cuba. Pero solamente un ingenuo puede pensar que hasta ahí llega el objetivo. La guerra también tiene un mapa y busca crear una nueva geografía. El poder de las grandes empresas multinacionales petroleras y del gobierno norteamericano busca en primer lugar generar una cuña entre Europa y China y la India y por otro lado, una cuña entre Rusia y Europa y entre Rusia y Asia.

Más allá de apreciaciones teóricas sobre la existencia del Imperio o el mantenimiento del imperialismo, o sobre la imposibilidad de la existencia del supraimperialismo o del superimperialismo, la realidad es que la visión que tiene de sí misma el sector fundamental de la clase dirigente de nuestro vecino del norte, visión que guía a su clase política y a sus medios de comunicación, tiene cada vez más un carácter fundamentalista, supremacista y unilateralista.

La "paz perpetua", en la perspectiva de los que están diseñando la nueva configuración mundial, se representa como una "guerra perpetua". La "paz perpetua" neoliberal solamente se conseguirá destruyendo al "otro", al "enemigo", pero como ese "otro", "enemigo", sigue reproduciéndose y cada vez representa una porción mayor de los habitantes de las megápolis neoliberales, entonces, se convierte en una "guerra perpetua". Así se hacen realidad los apuntes más crudos de Max Weber sobre lo qué era la política y los políticos profesionales: "Quien quiera en general hacer política y, sobre todo, quien quie-

ra hacer política como profesión, ha de tener conciencia de estas paradojas éticas y de su responsabilidad por lo que él mismo, bajo su presión, puede llegar a ser. Repito *que quien* hace política pacta con los poderes diabólicos que acechan en torno de todo poder [...] Quien busca la salvación de su alma y la de los demás que no la busque por el camino de la política, cuyas tareas, que son muy otras, sólo pueden cumplirse mediante la fuerza"[6]. (Desde luego Weber no concebía otra forma de percibir y hacer política).

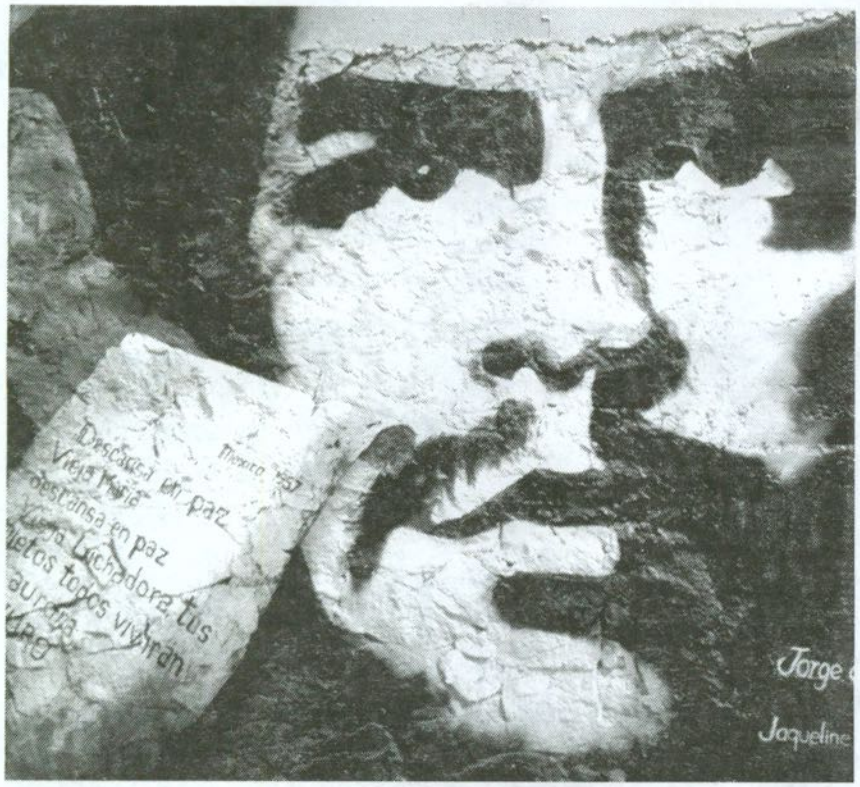
Bajo la perspectiva del poder la política es fuerza y es una fuerza que al volverse, aparentemente, irresistible en el terreno militar arrasa con todo lo que encuentra a su paso. En ese sentido, lo nuevo, lo verdaderamente nuevo de la guerra no tiene que ver con la innovación tecnológica. Como toda transformación técnica, no es otra cosa que expropiación del saber del trabajador. En última instancia, esas armas son el resultado de la experiencia humana. Atrás de cada avance tecnológico en el terreno militar se encuentra la sangre de la guerra anterior. Antes de que sea lanzada, tal o cual bomba, o de que se utilice un nuevo tipo de tanque, ya son producto del arrasamiento de civiles en alguna parte del mundo, hace algunos años.

Pero lo apabullante de esa tecnología militar busca crear una falsa conciencia: no es viable ni posible oponerse a todo ese poderío. Para que esto sea incontestable la nueva guerra ha modificado su mira. No se trata como antes del enfrentamiento entre soldados sino en quién causa más bajas civiles. Aterrorizar a la población civil y masacrarla con el objetivo de arrasar es visto como la meta. Luego vendrá la reconstrucción, nada más que ésta se hará con una población aterrorizada, traumada, por lo que vivió. Mary Kaldor en su ya clásico, "Las nuevas guerras", señala el dato clave: mientras que en la primera guerra mundial por cada 8 soldados que morían solamente moría un civil, en la guerra de los Balcanes por cada soldado que moría 8 civiles eran asesinados. Esta cifra seguramente ya se modificó después de la intervención norteamericana en Afganistán y de la guerra de intervención en Irak. Para entender esto de una manera más clara, solamente hay que leer con cierto detalle los artículos de Robert Fisk sobre la invasión norteamericana a Irak, en especial las batallas en Bagdad. La guerra ya no tiene nada que ver con la confrontación de dos ejércitos en un terreno específico alejado de las poblaciones y de las ciudades. Ahora el escenario se da en el lugar de vida de la población civil, la guerra se desarrolla en medio de la vida cotidiana. Compran, rezan, bailan, van al cine, lo mismo que combaten, se esconden a determinadas horas, son milicianos y mueren. La guerra y la vida cotidiana se entrelazan, se funden hasta alcanzar niveles trágicos.

Las otras bases de esta "nueva" guerra son: utilización de los medios técnicos modernos; industrialización del homicidio y organización científica de las masacres; exterminio masivo, gracias a la utilización de tecnologías de punta; impersonalidad de la masacre. Poblaciones enteras —hombres y mujeres, niños y ancianos— son eliminadas con el menor contacto personal posible entre quien toma la decisión y las víctimas (las bombas antibunker, que estallan después de que se entierran 4 metros y los vuelos no tripulados de bombardeo son los más claros ejemplos). Gestión burocrática, administrativa, eficaz, planificada, "racional" (en términos instrumentales) de los actos de barbarie; ideología legitimadora de tipo "moderno": guerra en contra de la pureza étnica, contra el fundamentalismo, contra el terrorismo, contra el narcotráfico, en síntesis en dos palabras, "guerra humanitaria"[7].

La rebeldía: la otra política

"La organización, entonces, queda liberada del deber de representar (a la clase o a la opinión) para contentarse con buscar organizar la política, organización del futuro anterior. Para nosotros la política, en tanto que forma de ser en común, actuar en común, de pensar en común, inscribe esta existencia plural en las coordenadas del espacio y del tiempo que ella contribuye a producir. En la medida que implica una soberanía, supone un cierto dominio espacial de un territorio. En la medida que implica un poder de decisión, apunta hacia cierto dominio tempo-



ral del futuro. Mientras subsista el hiato (separación temporal o espacial, nota mía) de la sociedad civil entre sociedad civil y el estado, mantendremos que la política conserva una dimensión de representación, o que ella 'deambula' entre el acontecimiento (también podría traducirse como moda) y la representación"[8].

Desde luego, siempre que el poder elabora sus rutas críticas, su teoría de los escenarios, o su teoría de los juegos existe un gran ausente, la rebeldía. Esa que se expresa en la negación de lo que existe y en un proceso paulatino, molecular, pero que de tanto en tanto, se desarrolla a partir de rupturas y saltos espectaculares.

Si de hacer un primer balance sobre la acción bélica norteamericana se trata, sería necesario decir lo siguiente:

a) Esta acción generó una agudización de las contradicciones en el seno del Imperio. Estas contradicciones son innegables, como también lo es que sería erróneo política y éticamente, apoyar al gobierno francés, alemán o ruso contra el gobierno norteamericano en la disputa por la hegemonía mundial y por la reorganización del planeta.

b) Esta acción generó un malestar en varios sectores de la burguesía árabe que se vieron entre la espada y la pared. Una vez más es indispensable hacer la constatación, pero sería un error lamentable apostar a la radicalización de una burguesía que ha dado muestras más que evidentes de su cobardía y de su capacidad de represión. Lo que sucede es que los sectores más lúcidos, entre ellos, se dan cuenta que incluso los regímenes más afines a los Estados Unidos corren peligro, frente a la agresividad norteamericana para ahogar a Europa y a China por medio del control directo del petróleo.

c) La respuesta militar que se ha estado generando en Irak fue mayor a la que se esperaba, no tanto por la fuerza social de ese régimen (que ha llevado a cabo masacres terribles) sino por un sentimiento de defensa nacional contra el nuevo dominio colonial.

d) Pero sobre todo, los señores de las nuevas guerras no se esperaban esa impresionante respuesta social, que se ha dado en todo el mundo. Del gran No que se levantó el 15 de febrero se ha ido avanzando paulatinamente hacia la asimilación de que existen tres aspectos que no se pueden separar: el neoliberalismo, la crisis de lo político (del Estado-nación) y la guerra, es decir hacia la rebeldía.

Hace algunos meses el primer ministro británico Tony Blair, en el 50 aniversario de la formación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), señaló lo siguiente:

"Hoy, todos somos internacionalistas, nos guste o no. No podemos negarnos a participar en los mercados mundiales si queremos prosperar. No podemos ignorar las nuevas ideas políticas en otros países si queremos innovar. No podemos dar la espalda a los conflictos y las violaciones de los de-

rechos humanos si queremos permanecer seguros"[9].

Los iraquíes han vivido en carne propia el significado del "nuevo" internacionalismo pregonado por el vocero de la tercera vía. Los misiles que cayeron y arrasaron con casi todo Irak, los miles de niños muertos, los ancianos que no pudieron encontrar refugio y que quedaron descuartizados, todo eso y más fue hecho bajo el "nuevo" internacionalismo, que se resiste a llamarse a sí mismo como debe: neocolonialismo.

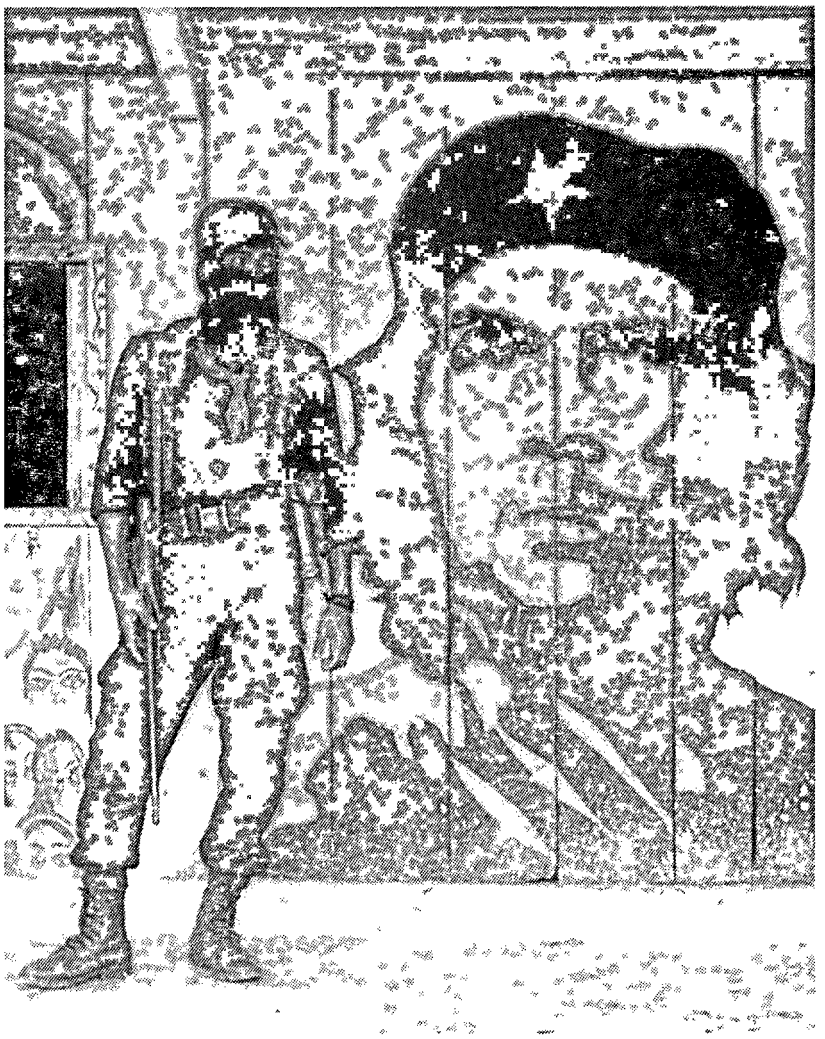
Abajo, un nuevo internacionalismo se está conformando. El internacionalismo que ya no sueña con un modelo único, o con un epicentro de la revolución mundial. El internacionalismo que busca y se identifica con la gente sencilla, que desde su vida cotidiana sufre los efectos de esta fase del capitalismo. El internacionalismo que no se engaña sobre el papel de caudillos represivos. El internacionalismo que busca encontrar los vasos comunicantes, los ríos subterráneos que unen Bagdad, con los altos y la selva de Chiapas, con las calles de Roma o Madrid, con la quinta avenida de Manhattan, con las fabelas de Río de Janeiro, etcétera.

Un nuevo internacionalismo que no cree más en las farsas como las de la tercera vía o que, en aras de una supuesta condena a la invasión, no olvida el papel de los gobiernos y de sus partidos en la opresión y explotación de sus pueblos.

Un nuevo tipo de internacionalismo que se caracteriza por su fondo poroso en tanto está abierto a dialogar y a contaminarse de la multitud.

Un nuevo tipo de internacionalismo que camina a pasos agigantados en su carácter constituyente y soberano, que no suspira por el viejo estado-benefactor ni por el viejo concepto institucional de soberanía.

Un nuevo tipo de internacionalismo: el internacionalismo de la rebeldía. Ese que no será derrotado en Bagdad, ese que se levanta como la única, y quizá ultima, alternativa civilizatoria.



[1] Subcomanadante Insurgente Marcos: *Otra geografía*, Revista *Rebeldía* número 5.
[2] Carlos Marx y Federico Engels: *El manifiesto del Partido Comunista.*
[3] Carl Von Clausewitz: *De la Guerra.*
[4] Kant: *Por la paz perpetua.*
[5] Subcomandante Insurgente Marcos: *¿Cuáles son las características de la IV Guerra Mundial?.*
[6] Max Weber: *El político y el científico.*
[7] Michel Lowy : *Barbarie y modernidad en el siglo XX.*
[8] Daniel Bensaid: *Le pari melancolique,* ediciones Fayard, París, 1997.
[9] Tony Blair: *Doctrine of the Internacional Community.*

Nos importa el camino más que la meta

("Unidad a toda costa", o de cómo la clase política busca quien le cargue sus maletas)

Javier Elorriaga Berdegué

Con la polémica que se generó a raíz de las marchas contra la invasión en Irak que se llevaron a cabo en la ciudad de México el día 12 de abril, se evidenció, una vez más, que hay por lo menos dos formas de entender y hacer la política en los tiempos que vivimos, y que dichas formas en realidad conllevan dos formas antagónicas no sólo de hacer política, sino inclusive de vida. Veamos un poquito la historia del proceso que se dio alrededor de estas marchas, para poder ubicar mejor esto que digo.

Aún antes que los primeros misiles cayeran sobre los civiles iraquíes, ya había marchas en contra de esta criminal acción en varias ciudades del mundo. Nuestro país no fue la excepción, y más allá de si aquí las marchas eran menos numerosas que en otras partes, lo cierto es que durante las tres semanas de bombardeos indiscriminados, aparte de las grandes concentraciones que se hicieron, no sólo en la ciudad de México sino en varias partes del país, ni un solo día algún grupo dejó de asistir a protestar enfrente a la embajada norteamericana: estudiantes, maestros, organizaciones sociales, colonos, campesinos, jubilados, artistas, religiosos, niños, con una consigna común expresada en diversas formas: NO a la guerra.

A la par de estas protestas callejeras, varias organizaciones se reunían en distintos espacios de reflexión y diálogo, fuera para teorizar alrededor del carácter de esta nueva agresión del poder yanqui, fuera para tratar de coordinar una agenda común de actividades de protesta. Así, se llegaban a distintos tipos de acuerdos; después de varias horas de discusión, por ejemplo, se decía que la actual agresión no era una guerra, sino que debía ser catalogada como invasión; que había que marchar tal o cual día; que las iniciativas firmadas por ese espacio también exigieran que el gobierno mexicano se pronunciara en la ONU contra la agresión del gobierno gringo, etc. A pesar de la diversidad política, ideológica, cultural, económica, de género, existía un común denominador: nadie podía apoyar la barbarie que el Poder pretendía implantar como normalidad para el Siglo XXI.

En estas estaba la sociedad civil, para variar mucho más avanzada en cuanto a ética, solidaridad y compromiso con otros pueblos del mundo que el dizque gobierno mexicano, cuando a algunos senadores se les ocurrió que ellos también deberían de marchar por las calles, no para condenar al gobierno gringo por la salvaje e unilateral invasión, ni al gobierno mexicano por hacerle el juego a éste con su silencio y cantinfleo cada vez que se refería al tema, sino para pronunciarse por la paz, así de "neutral" la cosa. No vamos a detenernos mucho en hablar del oportunismo de la clase política mexicana, de eso se encargó ya el número pasado de *Rebeldía* (*Las élites políticas mexicanas a "sacar raja" de la guerra, Rebeldía* #5). Entre quienes sabemos que de lengua se comen un plato los políticos mexicanos, estas declaraciones "a favor de la paz" fueron rápidamente en-

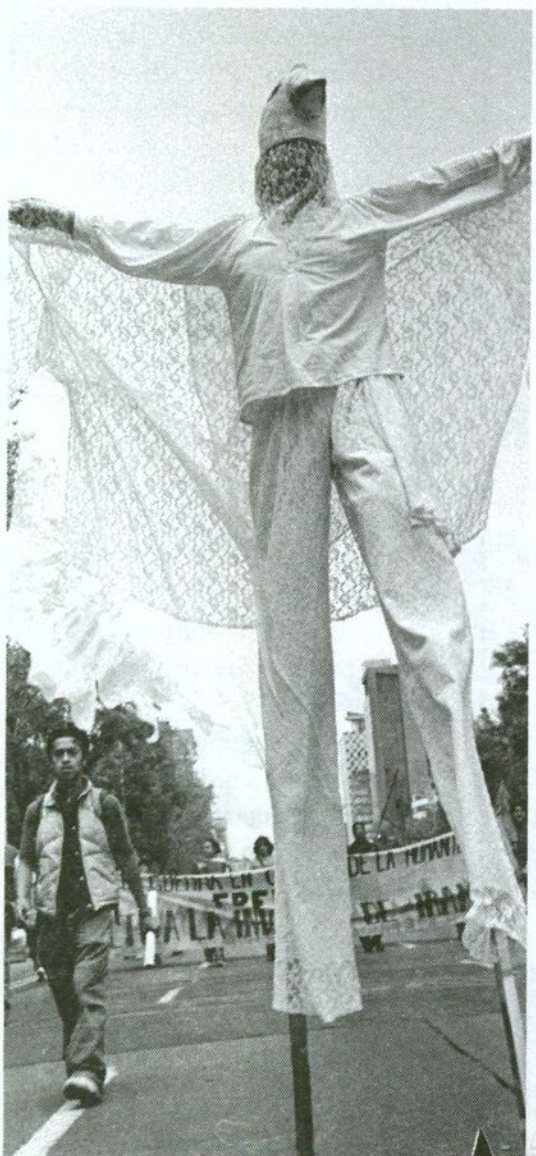
marcadas dentro de la actual coyuntura electoral que viven los partidos con registro y no se les hizo ningún caso.

O casi ningún caso. En uno de estos espacios donde se reunían diversas organizaciones, realmente diversas entre sí, un pequeño grupo, en concreto el que se llama a sí mismo *NO en nuestro nombre México*, o algo así, metió la discusión de que en los esfuerzos por parar la guerra, también cabían los de los senadores que estaban declarando que querían marchar. Ya imaginarán el desbarajuste que se armó. Pero bueno, para no hacerla larga, siguiendo el espíritu plural, el espacio acordó que si los políticos querían marchar en la jornada mundial que se estaba convocando para el 12 de abril, que lo hicieran, pero sumándose a la marcha que de por sí habría rumbo a la embajada yanqui, pero ni hablar que encabezándola. Ese fue el acuerdo, mismo que no gustó al grupo que había metido la discusión y quienes mejor se fueron a discutir en corto con los senadores para, a nombre de todos los demás, violando así su propio postulado de *no en nuestro nombre*, cambiar los acuerdos y convocar públicamente a una gran marcha de todos los mexicanos, llamada por los senadores, y evitando siquiera acercarse a la embajada yanqui. Una marcha dizque por la paz, en la cual en su convocatoria se hablaba del "tirano Hussein" pero no se mencionaba ni una sola vez el nombre de los invasores norteamericanos, ni por supuesto la complicidad de la clase política mexicana al no hacer su papel en el Congreso para pronunciarse claramente, ya que el gobierno mexicano no lo quería hacer, contra la invasión. O sea, se hablaba de la paz como le gusta hablar a la clase política desde el poder, en abstracto, sin culpables, sin referirla a una guerra en concreto.

Por supuesto que esta maniobra, típica de quienes han hecho de la política un juego cerrado y excluyente, aunque siempre a nombre de "la mayoría", entusiasmó a la clase política y sus partidos y molestó a muchas de las organizaciones que se reunían en dicho espacio. Fue así como, a la par que el dinero compraba y llenaba espacios en los medios hablando de la gran marcha por la paz, esas mismas organizaciones comenzaron a dialogar con otras que no acudían a esa coordinación para ponerse de acuerdo en una marcha que realmente estuviera no sólo contra la invasión a Irak, sino también contra la guerra contra la humanidad que libra el poder del dinero contra todos los pueblos del mundo, entre los cuales nos incluimos los mexicanos. Fue así como se dieron dos marchas, una convocada violando acuerdos colectivos y con base en el dinero para hacerse oir; otra convocada con base en acuerdos éticos, invitando a la gente desde abajo, platicando en las escuelas, los centros de trabajo, los barrios, las comunidades, la familia.

En resumen, lo que vivimos con esto de las convocatorias a la marcha del 12 de abril fue, una

vez más, la confrontación entre dos formas de ver y hacer política. Por eso no estamos de acuerdo en esas interpretaciones que subrayan que como resultado de esta confrontación, lo que se demuestra es que la izquierda, una vez más, no se pudo poner de acuerdo y por lo tanto se dio un nuevo retroceso en la búsqueda de un movimiento unitario no sólo por construir una voz fuerte contra la guerra, sino para avanzar en un frente de lucha común por la democratización del país.



Y no estamos de acuerdo por varias razones. **Primero**, porque quienes esto dicen están ocultando parte de la realidad que se vivió en el proceso. Están ocultando que la clase política hablaba de unidad, mientras promovía que los grupos considerados por ella como indeseables debían quedar aislados: estudiantes, ejidatarios, organizaciones del movimiento urbano, por mencionar algunos de los villanos favoritos. Siguiendo la práctica de la exclusión que caracteriza al poder, todos aquellos que desaseen lo que se considera debe ser la paz, más cercana a la paz de los sepulcros que a la construcción en colectivo de espacios incluyentes, y se atrevan a expresar su inconformidad abiertamente, deben ser criminalizados y relegados. Marchemos todos decían, pero en su todos no caben los otros. Una vez más, homogeneizar y hegemonizar todo, hasta las formas de la protesta, precisamente para que ésta pierda su esencia rebelde y se vuelva una mercancía electoral más.

Segundo. No se puede avanzar en un proceso de unidad cuando ni siquiera el concepto camino es igual. Para la clase política el camino es sólo un pretexto para llegar al gran final que ya está establecido de antemano, por lo que las coyunturas que van apareciendo en el camino son sólo obstáculos que superar sin perder de vista el fin último, tener el Poder. Por el contrario, cuando nosotros hablamos de caminar en unidad, más que un buscar un final ya definido, nos ponemos de acuerdo en el respeto a la diversidad, en la preponderancia de lo ético sobre lo útil, en que el fin no justifica los medios y en la importancia que le damos al caminar, es decir, al construir, más que al llegar. Queremos construir un mundo donde quepan todos los mundos, y eso se hace desde el momento en que empiezas a andar, construyendo en el proceso mismo por donde seguirá el camino, haciendo un calendario distinto al que marca el del poder.

Tercero. Los partidos políticos con registro, y toda la clase política que camina tras de ellos, no están dispuestos a llevar hasta sus últimas consecuencias su dizque acción por la paz, porque al fin y al cabo se identifican más claramente con el agresor que con el agredido, sea porque así lo piensen por afinidad ideológica o conveniencia económica, sea porque se declararon derrotados ante el poder global que busca imponer las reglas para el nuevo desorden mundial. A todos ellos les da pavor desafiar al poder yanqui, por eso no es casual que no hayan querido pasar por la embajada gringa. No sólo están temerosos de que si alguien tira piedras igual se las dirige a ellos y no sólo al edificio, sino que no quieren ofender a "su mayor socio comercial", como eufemísticamente le llaman a su patrón. El gobierno mexicano dice en la ONU que para qué presentar una moción de condena contra el gobierno yanqui, si de todas formas no pasará; la clase política mexicana dice que para qué hacerlos enfadar, si de todas formas los van a seguir obedeciendo.

Real politik que le dicen. Sin embargo nosotros pensamos que la guerra contra la humanidad también se libra en México y esto hay que decirlo claramente, moleste a quien moleste, pues ese decirlo conlleva una identificación de por donde no queremos caminar, de por donde hay que buscarle para que las cosas realmente cambien y no siga la farsa de decir que cambian, mientras se hace todo lo posible para impedirlo.

Cuarto. No se puede avanzar en un proceso de unidad, si no se distingue claramente entre víctimas y verdugos. La clase política mexicana es comparsa del poder global en su guerra contra la humanidad. Aquí imponen, todavía sin necesidad de misiles crucero, el mismo desorden mundial que los demás "gobiernos democráticos" imponen obedientemente en sus respectivos países, todos siguiendo las mismas recetas. Sus instituciones políticas, su orden legal, su política económica, sus fuerzas represivas, actúan al margen de la mayoría de los mexicanos para adecuar el "modelo mexicano" al modelo global. Es por eso que los excluidos del modelo nos reconocemos tan fácilmente con otros pueblos del mundo y que reconocemos como agresores a los mismos, allá y aquí. El pueblo iraquí pagó con cerca de un millón de niños muertos de hambre el bloqueo impuesto con el beneplácito de los gobiernos del mundo en la ONU. La niñez mexicana paga su cuota anual de muertes por hambre y enfermedad curable gracias a las políticas financieras impuestas allende nuestras fronteras e instrumentadas por la clase política mexicana. Y aquí no se salva ningún partido con registro, pues todos aprueban anualmente el presupuesto que conlleva este crimen; aunque hablen en contra, votan a favor, *real politik* le dicen, —si de todas formas se va a aprobar, pues en realidad, en el fondo no está a discusión, ya que los gringos nos hundirían si queremos encaminar la política económica por otro lado, mejor seamos parte de la clase dirigente antes que quedarnos "fuera"—. Pues bien, nosotros, conciente y voluntariamente, queremos estar fuera y no ser cómplices de esta barbarie; por lo menos podremos pararnos con vergüenza ante la niñez mexicana y decirle que lo intentamos.

No hablemos pues de unidad cuando de lo que se habla es de mantener la miseria y la exclusión, es decir el mundo "posible" al que aspiran. Lo hemos dicho muchas veces, démosle sentido a las palabras, con base en la congruencia con las acciones.

No luchamos por lo mismo, por eso no podemos caminar juntos. Ya tienen decidida la meta, por eso todo se vale en su carrera en línea recta, mientras que otros nos detenemos a cada instante para platicar con otros otros no de la meta, sino del camino. En su loca y criminal carrera sólo unos cuantos son ganadores.

Nuestro camino se hace caminando con los más, por eso no nos angustia la ilusión de que se puede llegar primero.

Posdata del día 13 de abril. A las tres de la tarde, una hora antes de que comenzaran las dos marchas, algunos periódicos de la tarde ya tenían el encabezado de que la marcha por la paz, la oficial, había sido un éxito. La policía, mientras tanto, esperaba pacientemente que los miles de jóvenes que marcharon en la independiente del Poder, se fueran dispersando al acabar el mitin. Cuando ya quedaban pocos, en diversos puntos aledaños a la embajada, muy separados unos de otros, los granaderos embistieron contra los jóvenes que ya iban en búsqueda de transporte público para retirarse de la zona. 27 fueron subidos a las patrullas y bestialmente golpeados, mientras los policías les decían: "para que no andes metiéndote en estas cosas, hay ordenes de que les rompamos la madre, aunque no hayan hecho nada". Después de golpearlos, robarlos y humillarlos, los fueron soltando por diversos rumbos de la ciudad. Mientras, la radio repetía la campaña que a últimas fechas ya es normal en la "ciudad de la esperanza": por supuesto que había habido violencia causada por los sucios, melenudos, provocadores, vándalos, jóvenes pues, así literalmente. Horas antes, estos mismos jóvenes habían oído en el mensaje grabado que mandó el EZLN para la concentración, como el SCI Marcos denunciaba la campaña y el lenguaje despectivo en los medios contra los jóvenes. La clase política y sus corifeos se dirán que tenían razón en no marchar con "esos vándalos"; el Poder se frotará las manos y proclamará más cero tolerancia *contra* la juventud rebelde y digna. ¿Unidad a toda costa?

La política como resistencia

Arturo Anguiano*

A Rosario Ibarra,
precursora de la lucha por los derechos humanos en México,
incansable y resuelta guerrera de la esperanza libertaria

La crisis como política

Se ha convertido en lugar común decir que la política está en crisis, que se desdibujan los contornos de lo político, que ha venido a menos la centralidad del Estado (y de la política) que se construyó durante la era del sistema de Estados-nación a través de un largo y complejo proceso histórico, y que en su lugar se impuso incuestionablemente la centralidad de la economía. Esto simboliza la preponderancia de los intereses particulares, puramente egoístas y parciales, es decir de *lo privado*, frente al bien común y *lo público*, o en otros términos, de lo individual frente a lo colectivo, del mercado sobre el Estado. La economía y la política parecen haber revertido sus relaciones tradicionales, quedando atrapada e incluso subsumida la segunda por el peso avasallador de la primera.

Esta situación sería resultado de la mundialización del capital, de la producción y del mercado impulsada en todo el mundo desde los años ochenta del siglo XX y que expresa la hegemonía alcanzada por el capitalismo neoliberal luego de la crisis mundial de la deuda y de la caída del Muro de Berlín. En el Norte como en el Sur del planeta, los procesos de reestructuración económica y social quedaron determinados por el fin de las regulaciones múltiples del Estado y el pretendido universalismo de un mercado libre de toda reglamentación, conduciendo no sólo a la crisis estatal, sino igualmente a la disgregación de las sociedades (entendidas en tanto comunidad) y a la descomposición de las formas de convivencia y acción que estaban en la naturaleza de la política[1]. La mundialización capitalista, así, ha profundizado la crisis del conjunto de los paradigmas políticos predominantes.

Es significativo, entonces, que la crisis de la política devenga universal y que por todas partes pierdan credibilidad y eficacia las formas de representación, los actores políticos como los partidos y en general los procesos políticos y el entramado institucional del Estado, cuya legitimidad se erosiona.

La mercantilización y privatización de los distintos espacios públicos promovida

por el neoliberalismo a ultranza (y su variante socialdemócrata), así como la estatización y confiscación de los mismos que implicaba el socialismo real, descompusieron el ámbito y la naturaleza de lo político. Los espacios de la política se pierden como los lugares del pensar y el hacer colectivos, socavando (o de plano anulando) las libertades sobre las que se sostienen y nutren.

Un régimen político corporativo como el mexicano combinó, en su transcurrir, formas patrimoniales de estatización centralizada de espacios y relaciones con la mercantilización de los mismos, lo que no significó sino la confiscación a la sociedad de lo político, su distorsión y subordinación. Lo colectivo se subyugó y envileció mediante la corporativización y la jerarquización político-sociales, mientras lo ciudadano se postergó por mucho tiempo, diluyéndose incluso sin lograr cobrar forma en el país, en medio de reglas y prácticas no democráticas de una suerte de dictadura de Estado-partido que apenas ahora, en el umbral del tercer milenio, empieza a desmantelarse desordenadamente, sin que afloren con claridad libertades y espacios públicos desde siempre usurpados y sujetos a regimentaciones y sospechas, constreñidos y desnaturalizados.

La crisis de la política se deriva especialmente de la crisis del Estado-nación que suscita el proceso de mundialización capitalista, primero que nada por poner en entredicho y socavar la base territorial sobre la que descansa, volviendo porosas las fronteras e incontrolables los flujos materiales e inmateriales que lo surcan: capitales, tecnologías, noticias, culturas, enfermedades, plagas, gente que emigra en busca de esperanza, etcétera. Referentes fundamentales de la política, como espacios, tiempos, tradiciones, saberes y prácticas colectivas se desfiguran bajo el embate de los procesos globales.

Los Estados no han dejado de perder capacidad de decisión soberana y poder, enfrentándose a actores poderosos como las grandes empresas mundiales y ciertos organismos económicos internacionales (Organización Mundial de Comercio, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional) que aparentemente se independizan de aquellos y les disputan no sólo el dominio y el sentido, sino incluso la legitimidad. Las sociedades nacionales padecen el desgarramiento del conjunto de sus relaciones y ven desmoronadas las bases y condiciones de su soberanía. Las relaciones de dominación y sometimiento, entonces, se enredan y sus elementos legitimadores se destiñen, revelando así brutalmente su naturaleza compleja (clasista, étnica, de género, etcétera), declinando los regímenes políticos que las administraban de manera central. Con ello, las relaciones sociales capitalistas (y lo mismo las que trataron de asentarse en la estatización de la economía centralizada burocráticamente) entran en crisis (o de plano se desploman y descomponen como en el segundo caso), al igual que el conjunto de instituciones sobre las que se realizan y sostienen.

Cuando la democracia parece generalizarse e imponerse de manera incuestionable por todas partes, el planeta es sometido a nuevos fundamentalismos (nacionales, étnicos, religiosos, políticos) y hegemonías imperiales que condicionan y regimentan a su antojo (restringen, determinan o ahogan) las libertades que pretendidamente deberían sustentarla. Al igual que el supuesto libre mercado mundializado donde impera en verdad la ley del más fuerte y tienen el control unos cuantos poderosos complejos económicos globales de carácter monopólico, el nuevo desorden mundial que en los hechos va abriéndose paso bajo el dominio incuestionable de Estados Unidos (el Estado-nación que más parece remontar la declinación histórica), envuelve al conjunto de instituciones internacionales multilaterales (Organización de las Naciones Unidas, Organización de Cooperación

y Desarrollo Económico, OMC, etcétera) en el que descansó precariamente el polarizado y desigual sistema de Estados-nación. Sobre todo a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, el nuevo imperio estadounidense se arroga la representación de las pretendidas fuerzas del bien contra un inasible eje del mal, lo que no es más que una coartada lamentable para imponer el derecho de injerencia unilateral sobre un planeta sin fronteras a salvo, sin reglas válidas de convivencia ni prevenciones contra el libre arbitrio de una potencia despótica y fundamentalista, como nunca arrogante y desbocada.

La política, de este modo, se precipita decisivamente en un medio unidimensional donde se vuelve al más elemental de los orígenes: la política como continuación de la guerra[2], pero no solamente la guerra de todos contra todos que reproduce en forma cotidiana intrincadas y difundidas relaciones de poder y dominación, sino también la guerra cruda que se comete contra pueblos desvalidos o en franca desventaja (como Irak, Afganistán o Palestina, y antes Vietnam), concebidos en bloque —cultural, racial, social y nacionalmente— como enemigos. O sea, la unilateralidad del genocidio descarnado, encubierto o disfrazado sin embargo por la hipocresía de la doble moral de los poderosos y su infinita capacidad de manipulación y control de medios de comunicación planetarios. A la democracia y sus reglas de convivencia asumidas libremente, a sus formas de representación y soberanía limitadas pero reales, se les sobreponen en el tiempo de la mundialización la amenaza de aniquilamiento del otro que ya no será tolerado, libertades bajo vigilancia constreñidas a aquellas que tienen que ver solamente con los mercados (la economía omnipresente), así como la guerra fratricida y un solo liderazgo mundial excluyente, sin mediaciones, regulaciones ni ataduras institucionales, sostenido en el temor, la mentira y el derroche del implacable despliegue militar desmesurado.

De esta forma, la mundialización capitalista ahonda la crisis de la política al introyectar en las sociedades la guerra (ya no sólo la violencia "institucional" ejercida por los Estados), imponiendo la violencia multiforme, la disgregación, la exclusión y toda suerte de opresiones y discriminaciones que sustituyen, degradan o de plano anulan el ámbito de la política.

El sentido de la política

La política implica delimitar y articular los distintos elementos y esferas, los espacios y actores, sus ideas y prácticas. La política requiere reinventarse día a día y responder a las secuelas de la mundialización encontrando, por ejemplo, novedosas e imaginativas articulaciones de los nuevos terrenos y esferas que de cualquier manera se generan, redefiniendo sus coordenadas y dilatando sus alcances.

Esto si se concibe lo político "en tanto que forma de estar-juntos, de actuar-juntos, de pensar-juntos, inscrita esta existencia plural en las coordenadas de espacio y de tiempo sociales que contribuye a producir"[3]. La política, así, implica primero que nada la pluralidad y la comunidad. No es sólo el terreno del poder, por más que lo implique, sino igualmente el de las prácticas y decisiones colectivas de la gente en torno a la vida de la comunidad y su destino. Tampoco tiene que ver solamente con la acción individual (el ciudadano aislado), sino con su actuar en común, su interrelación, su autoorganización social, su ser y hacer en tanto miembro de una colectividad. Lo político es un amplio campo que implica complejas relaciones, prácticas y propósitos. En el mundo globalizado podrá asimismo identificarse en tanto espacio entre la sociedad global y el complejo de instituciones supranacionales (políticas, económicas, militares, culturales, etcétera) que no dejan de emerger y representar posibilidades de acción y reclamación.

La mundialización neoliberal —que no sólo es un proceso objetivo sino también una estrategia deliberada del gran capital mundializado— amenaza no solamente a la sociedad concebida como comunidad, sino igualmente la pluralidad. De hecho, la privatización de los espacios públicos sigue a la privatización de la economía; la disgregación de la comunidad y el abandono de lo colectivo a la individualización y quiebra de la política. Se trata entonces de la crisis del conjunto de las relaciones sociales prevalecientes y de las instituciones estatales fetichizadas. Más que un espacio de deliberación y decisión, la política deviene una extensión del mercado donde predominan los intercambios mercantiles (y el dominio del dinero) e incluso se transforma en un rentable espectáculo mediático sustentado en prácticas comerciales. Lo nacional se violenta y desmorona, sin que se abra camino lo

mundial. Las fronteras nacionales se desvanecen complicando la geografía, sin que paradójicamente dejen de levantarse a su interior nuevas fronteras (económicas, culturales, étnicas, de género, políticas) que segregan y excluyen[4]. La economía y el mercado no solamente destiñen y despedazan el tejido social, subyugan, confunden y desnaturalizan, igualmente, los espacios y los tiempos de la política. El desorden y el caos gobiernan en lo sucesivo relaciones e intercambios en las sociedades y en el planeta todo.

Con el neoliberalismo, la política se presenta exclusivamente como el terreno del poder y el Estado, por más que éstos parezcan diluirse. Los espacios de la política se restringen por todas partes, al volverse la política asunto exclusivo de partidos estandarizados (siempre en crisis) e instituciones desprovistas de su alma pública, de más en más determinados ambos por fatalismos económicos y por inicuos intereses particularistas. Lo social es despojado de lo político y la política se vuelve entonces asunto de especialistas y profesionales (funcionarios, dirigentes partidarios, electos o candidatos a distintas instancias de representación, opinadores mediáticos, consultores, etcétera) que se cotizan en el mercado, difuminando las prácticas colectivas y voluntarias. La fetichización de la política no sólo transfigura a los actores tornados institucionales, sino que los superpone a las colectividades de todo signo. Incluso los individuos, desprovistos de sus identidades, abandonados, solitarios, no logran alcanzar la ciudadanía —por más que puedan votar en las elecciones formales— al ser privados de los espacios públicos, de la posibilidad de participar, pensar y decidir en común cuestiones que los involucran vivamente, esto es, de intervenir en la política, de *hacerla*.

La democracia y las libertades, universalizadas en el mundo global, extrañamente se desvanecen o descomponen. La crisis de representación, en extremo contradictoria, y la sobredeterminación de lo electoral que se vive prácticamente en todos los Estados-nación, asumen la forma de *suplantación* de la comunidad, al tiempo que escinden lo social y lo político. Los saberes y los haceres de la política se apocan provocándose la despolitización de la sociedad, privada del espacio público y sujeta a intercambios mercantiles desiguales y desventajosos.

Recuperar lo político

Pero lo político retorna y se rehace entonces por fuera de los cada vez más reducidos espacios consagrados por el neoliberalismo, a contracorriente, como *resistencia* de la sociedad que —despojada y excluida— labra sus propios espacios y los ocupa, los habita, los recrea como posibilidades colectivas de reflexión, acción y decisión en el ámbito de lo político.

De esta manera, *recuperar lo político* significa ante todo redefinirlo, ampliarlo; reconstituir la comunidad y la pluralidad golpeadas por el capitalismo neoliberal; restablecer lo social a lo político, socializar la política, politizar lo social. No reabsorber uno por el otro ni confundirlos, sino combinarlos, articularlos, ensanchando así las posibilidades propias de ambos. Lo individual no debe perderse en la abstracción anuladora del mercado, sino desembocar en el torrente de lo colectivo que no puede ser sino concreto, específico, múltiple (social, profesional, étnico, ecológico, de género...), pero susceptible de encontrar intereses y propósitos unificadores, generales, universales, o sea de carácter *político*. Lo ciudadano solamente puede realizarse a través de la comunidad que es confrontación, conflicto, pluralidad, incertidumbre, la trama intrincada de lo diverso que contradictoriamente se teje en sociedad. La ciudadanía no puede afianzarse sino mediante la reafirmación de las identidades individuales y colectivas, complejas y cambiantes.

Para *rescatar la comunidad* se requiere rehabilitar las fuerzas colectivas de la sociedad a través de revivificar sus prácticas, de la recomposición de sus diversas formas de organización, del restablecimiento de sus solidaridades, del despliegue y reconocimiento de sus identidades y autonomías, de sus culturas y tradiciones, de sus acervos conseguidos por la lucha, reconstituyendo el tejido social rasgado por la acción disgregadora del mercado y de un Estado venido a menos. Pero hace falta igualmente desprender lo político del Estado, *desestatizarlo*, *descorporativizarlo*, *desprivatizar* y *desprofesionalizar* la política regresándola a la sociedad, volverla espacio y vida de todos los ciudadanos, de las colectividades, de los pueblos, es decir fortaleciendo a los nuevos y viejos actores de la sociedad (sobre todo organizaciones sociales y civiles). Las instituciones estatales (de los gobiernos a los congresos) necesitan sujetarse a la sociedad por medio de adecuadas formas de representación, renova-

ción y rendición de cuentas. El espacio de la política no puede dejar de reinventarse, de ampliarse, de socializarse, de revitalizar su esencia pública, no mercantil, su carácter colectivo, dirigido al bienestar general y a la defensa del entorno natural del país, del planeta.

La crisis de representación y en general de los regímenes políticos sometidos a los dictados de la estrategia globalizadora del neoliberalismo hegemónico, podría solucionarse redimensionando lo local, lo nacional, lo internacional, lo mundial; restaurando la comunidad, sus autonomías, su autogestión, sus instancias públicas y sus prácticas democráticas (cuando lo son); reestructurando por abajo y desde arriba a las instituciones estatales ("mandar obedeciendo", como dicen los zapatistas[5], revocabilidad de los electos, rendición de cuentas, transparencia, etcétera). Pero también desarrollando formas de expresión y participación acordes con los tiempos y las innovaciones de la mundialización, particularmente en cuanto a la información y la comunicación, que podrían facilitar la deliberación y toma de decisiones colectivas, extendiendo en forma realmente universal las libertades y la democracia en todos los niveles y esferas. La representación de la sociedad necesita, asimismo, generar formas de democracia directa renovadas e imaginativas, tal vez como nunca factibles.

Recuperar lo político, entonces, implica garantizar la pluralidad, la expresión de lo diferente, de los innumerables otros, de la crítica a todo lo existente, como condición de lo general incluyente, de lo común, de lo público; relacionar la tradición renovada con la modernidad; vincular el presente con el mañana mediante la estrategia.

Lo político necesita, pues, no solamente nuevos y depurados espacios públicos, sino igualmente abrir la política a prácticas y a actores excluidos y condenados por el neoliberalismo (trabajadores, mujeres, pueblos indios, jóvenes, migrantes, deudores, organizaciones sociales y civiles, etcétera) y lograr nuevamente el manejo de los tiempos (del corto al mediano y largo plazo). Tanto en el terreno en rehabilitación de la localidad, de la región, de la nación, como en el de la arena mundial —que acondiciona muy a su pesar la mundialización irrefrenable del capital—, la recuperación de las energías colectivas de las comunidades, de su capacidad de pensar, actuar y decidir en común por sí mismas, simboliza la posibilidad de restauración de la política, o si se quiere, del desarrollo de *otra política, la política del oprimido*. Si bien la mundialización es el espacio de la reconstitución de las nuevas hegemonías imperiales, sobre todo del imperio unilateral e incontrolado de Estados Unidos que ha seguido al fin de la guerra fría, representa igualmente las posibilidades de recomposición de una sociedad global, del despliegue de nuevas solidaridades internacionales (un internacionalismo renovado) y de la resistencia planetaria a la fatalidad capitalista.

La política del oprimido

Otra política es posible, la política del oprimido[6]. La que no se confina a los espacios degradados y estereotipados del poder, de lo meramente estatal mercantilizado, sino que se manifiesta igualmente en todos los niveles y resquicios de la sociedad capitalista donde se expanden y reproducen las múltiples y variadas relaciones de dominación (la explotación, la opresión, la discriminación, la supeditación). Por esto, de entrada, se trata de una política que se vive como *resistencia*. Explotados, sometidos, discriminados, ultrajados, excluidos, proscritos, los oprimidos (trabajadores, campesinos, indígenas, mu-

jeres, desempleados, poblaciones colonizadas, minorías nacionales, etcétera) resisten, anudan relaciones y construyen o rehacen comunidades y espacios donde intentan sobrevivir[7]. Desarrollan a contracorriente sus propias participaciones políticas, asumiendo en la práctica libertades colectivas e individuales que se les rehúsa o regatea desde el poder.

El oprimido vive la política, antes que nada, como reafirmación de su dignidad y como resistencia a la parálisis, a la sujeción y la disgregación; a la anulación como comunidad, como clase, como género, como pueblo, como diferente. Una resistencia siempre en condiciones adversas, que parte del sometimiento, la enajenación, la pulverización, el aislamiento, la incultura, la despolitización deliberada, la intoxicación ideológica, hasta articularse y devenir colectiva, sentida y significante. Del sometimiento a la desobediencia, la insumisión y la rebeldía, existe un largo camino pavimentado por numerosas e inesperadas formas abiertas y veladas, primarias y enmarañadas de resistencia al poder, a las muy diversas formas de explotación, opresión y dominación[8]. La resistencia del oprimido se sitúa en el terreno de la política desde el momento en que enfrenta, no únicamente las condiciones y efectos materiales de la explotación, sino también las relaciones de dominación que reproducen y a las que es subyugado, o sea al poder, incluso si lo hace en forma latente, elemental, parcial, difusa y embrionaria. Aunque evidentemente su resistencia necesita remontar las individualidades pulverizadas, desplegarse y socializarse, tejer redes solidarias y asumir la dimensión y la fuerza de lo colectivo, es decir, de lo político. La resistencia, así, puede trascenderse y devenir revuelta, lucha abierta y frontal contra el poder.

La política de los oprimidos es una política de liberación y autonomía, de auto organización y auto emancipación. Si bien se revela como resistencia, en determinados momentos y circunstancias puede ser algo más que la lucha contra el destino, evolucionando hacia la revuelta y la rebelión, revirtiendo incluso —así sea coyunturalmente— las relaciones de fuerza en el seno de la sociedad. En la historia contemporánea, los poderosos siempre se las arreglaron para obstruir, usurpar o restringir las posibilidades de expresión y participación de los de abajo, sujetos a toda suerte de sometimientos y dominaciones. Empero, los oprimidos, con su política libertaria y sus luchas, de manera invariable fueron quienes permitieron, paradójicamente, la extensión de libertades y de espacios públicos para el conjunto de la sociedad. De la generalización de los derechos humanos al Estado de bienestar, pasando por el sufragio universal, la equidad de género y la lucha por la justicia, los oprimidos han desempeñado un papel decisivo. Si bien hay que

reconocer que la lucha por la igualdad, contra todo tipo de opresión y por la democracia de fondo (radical, social, autogestionaria, "de masas") sufrió una derrota fundamental por la degeneración de los regímenes de corte soviético y su caída a finales de los años ochenta, también debe quedar claro que no por ello han dejado de existir las condiciones que la hicieron indispensable y posible como alternativa al capitalismo.

En realidad, ha sido largo el camino de la resistencia de los oprimidos e incontables "las historias de resistencia que no encuentran lugar en la historia de olvido que escribe el seco poder de la soberbia"[9]. Han resistido de mil maneras la opresión, la explotación, la desigualdad y aun la exclusión, el abandono, el olvido[10]. Revueltas, revoluciones, sabotajes, pero igualmente ocupaciones, huelgas, mítines, cortejos, reivindicaciones, críticas, escándalos y silencios. Se han producido experiencias históricas ejemplares, como la prolongada resistencia vietnamita, que muestra las potencialidades de la política de los oprimidos cuando involucra a pueblos enteros, para resistir incluso en las

más desiguales y aciagas condiciones: primero al colonialismo francés y luego contra Estados Unidos, la más poderosa potencia económica y militar del mundo. Resistir ya no sólo como un apremio vital, en este caso nacional, sino en tanto *estrategia de largo plazo*. Resistir y vencer inesperadamente.

Pero también hacerlo incluso sin claras posibilidades de triunfo, *como* en el caso de la larga, larguísima e inacabada resistencia del pueblo palestino, invadido, despojado, ocupado, perseguido, asesinado cotidianamente por el gobierno sionista de Israel, paradigma del racismo y el terrorismo de Estado. Resistir pues en medio de la adversidad, la soledad y el abandono, resistir en condiciones extremas de debilidad, pero hacerlo sin temor y con esperanza.

Ayer y hoy, en el Norte como en el Sur del planeta, asalariados, campesinos, indígenas, negros, mujeres, intelectuales, jóvenes, ecologistas, migrantes de distintas latitudes, nacionalidades y naciones subyugadas, etcétera, han resistido y luchado en defensa de libertades o de propósitos específicos, materiales o no, pero primeramente contra el avasallamiento y la exclusión en todas sus formas, contra las persistentes amenazas de humillación, disgregación y ruina que donde sea trae consigo el capitalismo, especialmente en su era neoliberal. En esos medios emergen nuevos actores y nuevas prácticas a través de los cuales se hace presente y se legitima *a contracorriente* otra forma de hacer política, la política de los oprimidos, la política como resistencia, como crítica del poder en todas sus dimensiones (de sus relaciones e instituciones) y como oposición a la descomposición de la propia política.

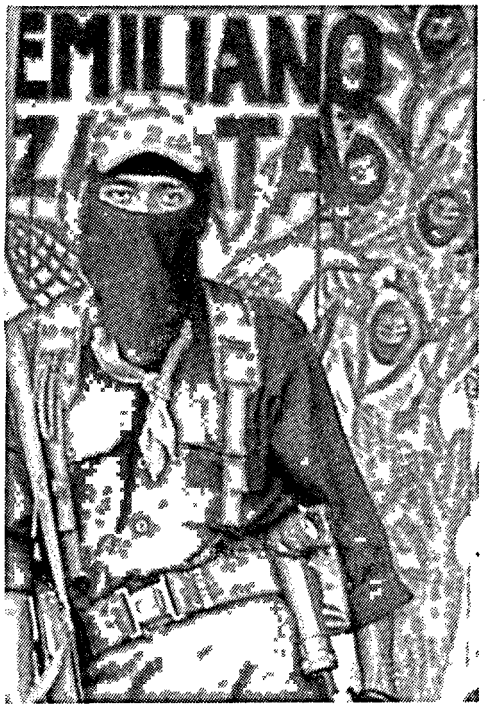
El EZLN y la resistencia

Por ejemplo, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y los indígenas mexicanos que se insurreccionaron el 1 de enero de 1994 en Chiapas, se configuraron como un original actor político-social que ha desempeñado un papel esencial en el proceso de recomposición y reorganización de los oprimidos, no solamente en México, sino asimismo en distintos lugares del mundo. Como original organización político-militar y en tanto movimiento indio —ambos en profunda y tenaz transformación desde su electrizante aparición pública—, incidieron de manera crucial en la situación política mexicana, desencadenando muy especialmente la reorganización de las fuerzas de izquierda (que entonces se encontraban en crisis terminal) y de las propias comunidades y colectividades sociales, contribuyendo a la vez a la renovación y enriquecimiento de la política de los oprimidos.

De entrada, el EZLN se consideró resultado de quinientos años de resistencia de los pueblos originarios de México y de la generación de 1968[11], impulsando desde su encuentro con la sociedad civil (el de 12 enero del 94, cuando se produjo el "otro levantamiento" que forzó al gobierno al cese el fuego) una visión *distinta* de la política y del poder[12]. Mediante su actuación e iniciativas, los zapatistas plantearon nuevas prácticas y espacios de participación, tratando de restaurar y enriquecer el sentido profundo de lo político como la esfera de lo colectivo, de la organización autónoma de la sociedad y de la resistencia a la dominación, al poder y a la hegemonía del neoliberalismo.

Denunciando la mercantilización de las instituciones estatales y la perversión del mercado de la política y de sus actores profesionales, como los partidos[13], el EZLN postuló la resistencia en todos los terrenos (sin menospreciar las elecciones y el Congreso), convocando a las comunidades, a las organizaciones de la sociedad, a los propios partidos y en general a todos los oprimidos a hacer converger sus propósitos (específicos, diferentes o comunes) y sus luchas. En medio de las arremetidas, la militarización y la guerra de baja intensidad implementadas por los gobiernos priístas de Carlos Salinas y Ernesto Zedillo, el EZLN rompió cercos, derribó barreras, organizó municipios autónomos, abrió en plena Selva Lacandona sitios de encuentro (Aguascalientes, Convención Nacional Democrática, reuniones y foros nacionales e internacionales) y realizó cuesta arriba —siempre bajo un clima de intimidación— consultas y manifestaciones por buena parte del territorio nacional, las que se condensaron, a inicios del 2001, en la impresionante y reveladora *Marcha de la Dignidad Indígena* hacia y sobre la Ciudad de México.

Durante todos estos años, la atmósfera política del país se renovó, la población se sensibilizó crecientemente respecto los motivos e intenciones de la revuelta zapatista —que quedaron ampliamente legitimados—, al tiempo que se fueron alistando condiciones propicias para el intercambio de experiencias y anhelos, para el encuentro de soledades al fin eclipsadas, para la pues-



ta en movimiento de la sociedad y, en fin, para la reorganización y para la resistencia individual lo mismo que colectiva. De esta forma, se propagaron en forma perseverante aires de agitación, recurrentes alertas sociales, continuas e inesperadas intrusiones zapatistas (la comandanta Ramona en el Congreso Nacional Indígena, los 1111, los 5 mil de la consulta, etcétera), consultas y diálogos en cada vez más extensas capas de la sociedad, que sin duda han coadyuvado a su politización y a redimensionar lo político y la política en México.

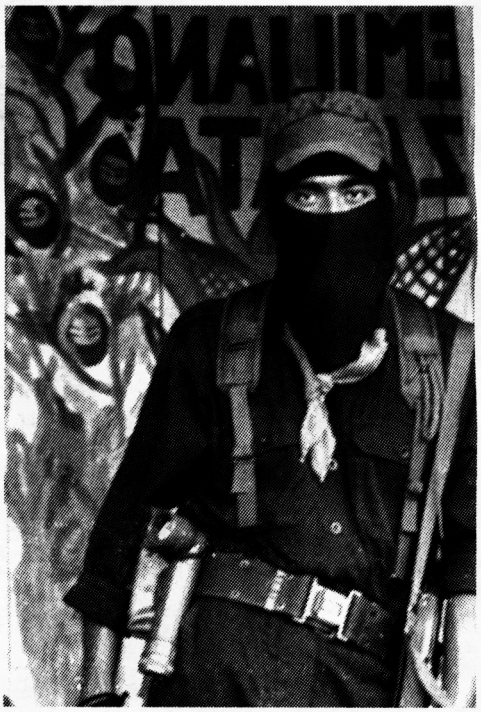
El diálogo y la consulta, particularmente, se convirtieron en formas de resistencia de los oprimidos[14], en medios del pensar y decidir colectivos, en vías de acceso a la política y a la ciudadanía por parte de los excluidos. Lo social y lo político se hermanaron otra vez, vinculando nuevamente reivindicaciones materiales (múltiples y diversas) con propuestas políticas vitales como la autonomía y la autoorganización de los pueblos indios y en general la independencia y democracia de los de abajo.

Pero la repercusión de la revuelta del EZLN y las comunidades mayas de Chiapas rebasó el conjunto de los alcances aparentemente posibles y las expectativas más optimistas. La solidaridad que cosechó de entrada internacionalmente como un movimiento indio enfrentado al neoliberalismo, se fortaleció, reprodujo y consolidó gracias en particular a distintas iniciativas que convocaron y suscitaron la consulta y el diálogo también a numerosos núcleos organizados o personalidades de renombre provenientes de países de todo el planeta. Los zapatistas ampliaron su horizonte, bregando por oponer al proyecto excluyente y disgregador del capitalismo globalizado, el de un mundo "donde quepan muchos mundos"[15]. Asumieron su desafío como un "desafío mundial"[16], planteando la necesidad de "levantar la internacional de la esperanza" contra "la internacional del terror que representa el neoliberalismo"[17].

En el Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, efectuado del 27 de julio al 3 de agosto de 1996 en los distintos *Aguascalientes* de la selva chiapaneca, con la intervención de representantes de más de cuarenta países, se concluyó declarando: "Que haremos una red colectiva de todas nuestras luchas y resistencias particulares. Una red intercontinental de resistencia contra el neoliberalismo, una red intercontinental por la humanidad. Esta red intercontinental buscará, reconociendo diferencias y conociendo semejanzas, encontrarse con otras resistencias de todo el mundo. Esta red intercontinental de resistencia será el medio en que las distintas resistencias se apoyen unas a otras. Esta red intercontinental de resistencia no es una estructura organizativa, no tiene centro rector ni decisorio, no tiene mando central ni jerarquías. La red somos todos los que resistimos"[18].

El EZLN se convirtió de hecho en precursor y promotor de lo que, en el cambio de milenios, se configurará como un extenso, diversificado y difuso movimiento social (y político) de resistencia a la mundialización y a la hegemonía del neoliberalismo. Un movimiento al que los zapatistas apoyarán y con el que se sentirán identificados. Las reuniones de instituciones económicas que simbolizan el poderío y la prepotencia de la mundialización neoliberal, como la OMC, el BM y el FMI, o del G8, fueron bloqueadas y desorganizadas por poderosos movimientos ciudadanos de carácter mundial, en particular desde finales de noviembre de 1999 en distintas partes del mundo, de entrada en Seattle, donde el gobierno estadounidense impuso el estado de urgencia, y Washington DC, pero enseguida en Davos, Quebec, Niza, Barcelona, Gotenburg, Génova, Praga, Seúl, Cancún. Reuniones alternativas a las del Foro Económico Mundial y encuentros, como el del Foro de Porto Alegre, Brasil, facilitaron el desarrollo de la coordinación y en especial el repunte del debate, del diálogo en términos de los zapatistas, sobre grandes temas relacionados con la mundialización y las posibilidades de alternativas.

En el Norte como en el Sur, brotaron y se tejieron incontables redes de resistencia de los oprimidos, de sus muy diversas luchas específicas, que muchas ocasiones incluyeron a fuerzas de las organizaciones sociales y políticas tradicionales, como los sindicatos, redes asociativas y hasta partidos, pero igualmente jóvenes —muchos jóvenes—, intelectuales, mujeres, desempleados, sin techo, sin tierra, migrantes, ecologistas, ONG, etcétera. Nuevas y viejas formas de solidaridad entre los oprimidos se restablecieron e impulsaron entre las distintas redes de resistencia a la mundialización excluyente que amenaza con devastar al mundo, reanudando la tradición del internacionalismo de los de abajo, de los desheredados, de los excluidos. Muchas de esas redes nacieron o se desarrollaron, en una u otra medida, bajo el impacto y la influencia de la rebelión zapatista y las iniciativas articuladoras e insólitas del EZLN. La reunión del Foro Social Mundial en Porto Alegre, realizada a principios del 2001, casi al mismo tiempo que arrancaba la Marcha por la Dignidad Indígena rumbo a la Ciudad de México, congregó a más de 20 mil participantes, provenientes de todos los rincones de la Tierra, bajo la consigna de inspiración zapatista: *Otro mundo es posible*.



Resistir a lo irresistible

La invención y renovación de la política por lo social que caracteriza la política del oprimido, y que no ha dejado de producirse bajo el influjo zapatista, se dirige a reparar el tejido social desgarrado por la acción corrosiva de las políticas neoliberales del mercado a ultranza y a restablecer las solidaridades. Asimismo, puede posibilitar la construcción y reconstrucción de las identidades colectivas y de los actores por medio de las múltiples y recurrentes resistencias de la sociedad, de la afirmación de sus autonomías, convergencias y movilizaciones. De los "puntos de resistencia" (Foucault) o de las "bolsas de resistencia" (Marcos) podría pasarse a tejer *redes de resistencia* de más en más extensas, tupidas y complejas de manera que la sociedad se revitalice, se reorganice, se reconstituya como comunidad y que ésta se transforme realmente en la esfera de lo político, esto es, en el ámbito del pensar, decidir y hacer en colectivo.

Por eso la política del oprimido, asumida en tanto resistencia, en lugar de aparecer solamente como una manera de sobrevivir, de ultimar la resignación, de aguantar las consecuencias económico-sociales, las exclusiones y las opresiones de todo tipo que acarrea la mundialización capitalista, emerge como una forma de vida, de revertir las relaciones de fuerza desventajosas, de invadir y de disputarle los espacios de la política a los actores "institucionales" que la monopolizan, de reconquistar la dignidad frente al poder y de rehacerlo desde abajo (transformar instituciones, condiciones y relaciones). La política del oprimido necesita desarrollar —por medio de la experiencia, de las participaciones multiformes e imaginativas, del debate, la consulta, la crítica, el conflicto, etcétera— una verdadera *cultura de la resistencia*, una cultura democrática de los de abajo.

Ésta puede permitir recuperar también la resistencia como *estrategia*, es decir concebirla como la posibilidad de preparar la contraofensiva y revertir las relaciones de fuerza. En este sentido, debe quedar claro que la resistencia y la lucha van de la mano: se resiste precisamente para estar en condiciones de luchar, de rebelarse, de trascender la inmediatez y la soledad. Resistir en el espacio reivindicativo, sí, pero no sólo, hacerlo en colectivo, deliberar, movilizarse, luchar, romper cercos y derrumbar murallas. No limitarse a registrar las innumerables y múltiples resistencias localizadas, inmediatas, sino articularlas, coordinarlas, anudando las redes y bolsas de resistencia en vistas al largo plazo, para acumular fuerzas y estar en posibilidad de relanzar en mejores términos las distintas luchas sociales específicas (de asalariados, campesinos, indígenas, mujeres, colonos, inmigrantes, artistas, estudiantes, chavos rebeldes, ecologistas, etcé-

tera) en la perspectiva de su politización, del desaire a la fatalidad económica animada por el neoliberalismo, del reto de cuestionar el orden o desorden existente y conquistar las libertades. Hay que entender *la* resistencia como *proceso* contradictorio, transformarla en *movimiento* social y político que se auto organiza bajo sus propias reglas, saberes y objetivos, criticando todo lo existente, sembrando nuevas solidaridades que comprendan y trasciendan lo sectorial, local, nacional, para desenvolverse en el contexto global que facilita la mundialización. La resistencia requiere una *perspectiva:* redimir la utopía que aparentemente implica en esta época luchar por la libertad, la democracia, la justicia, la equidad y la autogestión.

Como escribe Daniel Bensaïd, "es resistiendo a lo irresistible que se deviene revolucionario sin saberlo"[19]. La política asumida como resistencia puede convertirse en el campo de la rebelión y la emancipación de los oprimidos. De la resistencia y la crítica al poder se puede desembocar en la lucha por la destrucción del orden existente, por la reestructuración y rearticulación del poder y la sociedad desde una óptica libertaria y autogestiva, sustentados en la igualdad y la democracia. La política se ha comprendido muchas veces como el "arte de lo posible", pero para los oprimidos puede igualmente consistir en *perseguir lo imposible*, haciendo factibles utopías preñadas de realismo. "Otro mundo es posible", como lo postula el Foro Social Mundial, "un mundo donde quepan otros mundos", enfatizan los zapatistas.

* Presento aquí una versión resumida del trabajo publicado en Gerardo Ávalos Tenorio (coordinador), *Redefinir lo político*, UAM-X, México, 2002. Suprimí la mayoría de las referencias y notas a pie de página.

[1] Véase Daniel Bensaïd, *Éloge de la résistance à l'air du temps*, Les Éditions Textuel, Paris, 1999, pp. 14-15). Para Michel Foucault, "el conjunto de relaciones de fuerza existente en una sociedad constituye el dominio de la política, y [...] una política es una estrategia más o menos global que intenta coordinar y darles un sentido a estas relaciones de fuerza..." *(Microfísica del poder*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992, pp. 168-169).

[2] Michel Foucault, *Genealogía del racismo*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992 y especialmente *Microfísica del poder, op cit.*

[3] Daniel Bensaïd, *Le pari mélancolique*, Fayard, Paris, 1997, p. 84.

[4] Véase Subcomandante insurgente Marcos, "7 piezas sueltas del rompecabezas mundial", en *Desde las montañas del sureste mexicano*, Plaza & Janés Editores, México, 1999, p. 260.

[5] EZLN. *Documentos y comunicados*, Era, México, 1994, pp. 175-177.

[6] Fue sin duda Karl Marx quien primero que nadie intentó formular una *política del oprimido*; concebida como resistencia, como lucha por la autoemancipación de los desheredados de la tierra y en tanto posibilidad de alternativa a la explotación y la opresión capitalista.

[7] "Bajo la pena de ser pura y simplemente aplastado, el oprimido está condenado a resistir" (Daniel Bensaïd, *Le sourire du Spectre*, Éditions Michalon, Paris, 2000, p.81).

[8] Para James C. Scott se trata de una "infrapolítica de los desvalidos" (*Los dominados y el arte de la resistencia*, Era, México, 2000, p. 22).

[9] Subcomandante insurgente Marcos, "Ponencia a 7 voces 7. Las políticas y las bolsas (las nuestras y las de ellos)", en EZLN. *Documentos y comunicados*, 3, Era, México, 1997, p. 328.

[10] Subcomandante Marcos: "Como nuestros antepasados resistieron guerras de conquista y de exterminio, nosotros hemos resistido las guerras del olvido" (*La Marcha del color de la Tierra. Comunicados, cartas y mensajes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional*, Editorial Rizoma/Causa Ciudadana, México, 2001, p. 86).

[11] "Somos producto del encuentro de la sabiduría y la resistencia indígena con la rebeldía y la valentía de la generación de la dignidad que alumbró con su sangre la oscura noche de las décadas de los sesenta, setenta y ochenta" (EZLN. *Documentos y comunicados*, 2, Era, México, 1995, p. 437).

[12] "Lo que nos hace diferentes es nuestra propuesta política [...] Nosotros *no luchamos por tomar el poder*, luchamos por democracia, libertad y justicia [...] ("Detrás de nosotros estamos ustedes" (30 de agosto 1996), Sucomandante Marcos, *Desde las montañas del sureste mexicano*, Plaza & Janés, México, 1999, pp. 122-123.

[13] Véase por ejemplo "7 preguntas a quien corresponda (imágenes del neoliberalismo en el México de 1997)", *Idem*, pp. 171 y ss.

[14] Los zapatistas propugnaron "El diálogo como parte de un movimiento nacional y racional de resistencia" (EZLN..., *3*, cit., p. 303).

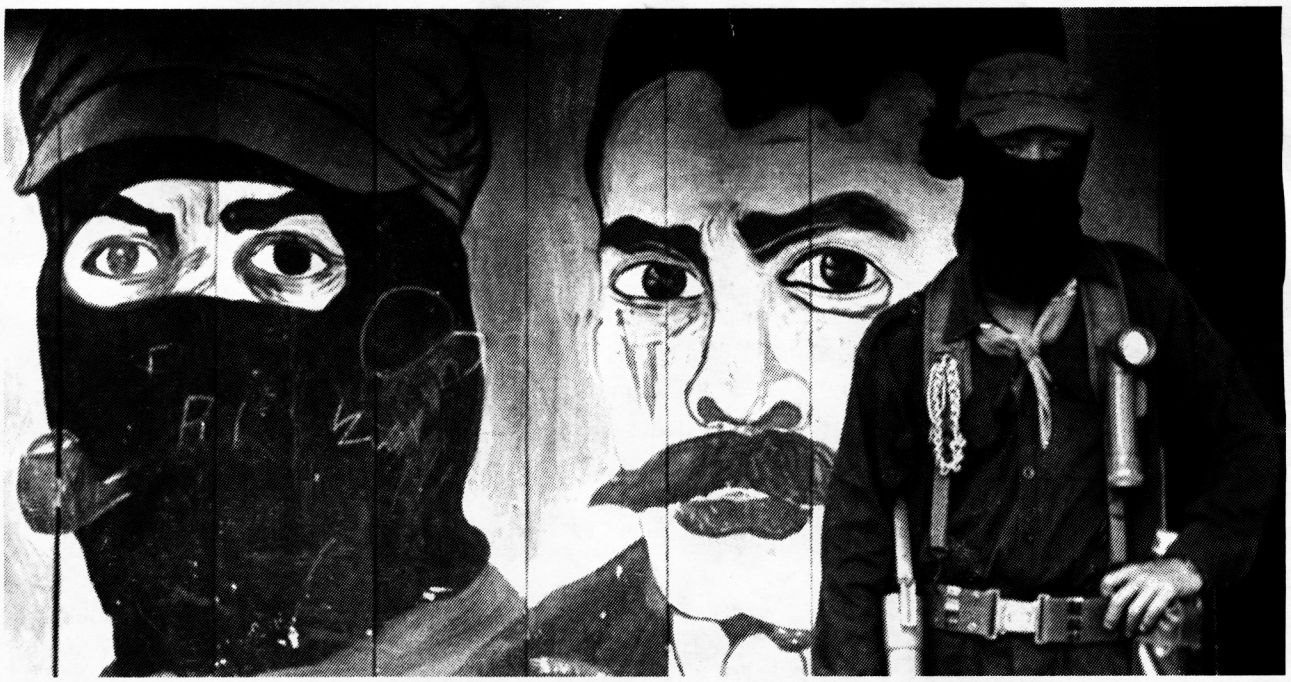
[15] "Cuarta Declaración de la Selva Lacandona" (1 de enero de 1996), EZLN..., *3*, cit., p. 89.

[16] "Los poderosos del mundo se molestan por nuestra existencia y nos honran con su amenaza. Aciertan, el desafío zapatista es un desafío mundial. Nunca lo pretendimos, jamás lo imaginamos. Pero puestos en ese papel, seremos lo más incómodos que nos sea posible". (Inauguración de la Reunión Preparatoria Americana del Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, 6 de abril de 1996, en *Idem.*, pp. 206 y 213).

[17] "Primera Declaración de La Realidad contra el Neoliberalismo y por la Humanidad", EZLN..., *3, op cit.*, p. 126.

[18] "Segunda Declaración de La Realidad por la Humanidad y contra el Neoliberalismo", *Crónicas intergalácticas.* EZLN. *Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo*, México, 1996, p. 276. También en EZLN..., *3, op cit.*, p.349.

[19] *Éloge de la résistance..., op cit.*, p.77.



La rebeldía en el tiempo de la guerra:

apuntes desde el laboratorio Madrid

Ángel Luis Lara

0. Bienvenidos a Matrix.

Una fecha en el calendario señalada por encima de las demás. Un día que a juicio de no pocos analistas y movimientos marca nuestras vidas y nuestro futuro. El 11 de septiembre de 2001: el desplome de las Torres Gemelas en la ciudad de Nueva York convertido en espectáculo, en imagen fija aún en nuestras retinas, abre una nueva página, inaugura una nueva época. Después del 11 de septiembre la irrupción de la guerra no solamente como instrumento de gobierno, sino sobre todo como instrumento ordenador del nuevo poder soberano sobre los procesos de globalización: la guerra como órgano constituyente. Si el neoliberalismo había operado un ataque sin tregua a esa experiencia neurótica de reformismo capitalista que fue el denominado Estado de bienestar en el norte del planeta, ahora impone la guerra como aparato de regulación y captura. Del *welfare state* al *warfare state*. Ante nosotros la dramática transición en curso.

Esa fecha supuso por su alcance y significado la apertura de un segundo ciclo de luchas globales. Si hasta entonces el movimiento de movimientos había crecido en torno a la constitución de eventos de protesta con un alto valor simbólico contra las multinacionales y las grandes instituciones mundiales de gobierno real (Fondo Monetario, Banco Mundial, G 8, Organización Mundial del Comercio, etc.), la oposición y alternativa a la guerra se convierten ahora en los elementos fundamentales de este nuevo ciclo de luchas planetarias. Las movilizaciones en la ciu-

dad italiana de Génova marcan el último e intenso momento de una época de antagonismo que debe analizar el camino recorrido, sacar conclusiones y activar toda la inteligencia posible para cartografiar las rápidas mutaciones políticas, económicas y sociales que se suceden en el seno de los procesos de globalización. Ahora la guerra es el dáto relevante.

En este contexto se ha producido la emergencia de un movimiento global contra la guerra que ha conmocionado a todo el mundo. Grandes e impresionantes manifestaciones, acciones de desobediencia civil y un consenso desconocido hasta la fecha en la oposición al ataque contra Irak son el paisaje de los últimos meses, un paisaje comunicado en tiempo real en todas partes del planeta por primera vez en la historia.

Una nueva época de oposición masiva a la barbarie y la necesidad de una nueva rebeldía capaz de preguntarse sobre sí

misma, capaz de fugarse de la imposición de la lógica de la guerra, de cambiar las reglas del juego y moverle el tablero al poder. Por el camino la necesidad también de un léxico común a los movimientos, de un código compartido que haga posible las discusiones y los espacios de acción y enunciación colectiva. Atravesar democráticamente el movimiento con una matriz analítica que aporte contenido y capacidad estratégica de gestión y desarrollo de los conflictos es una tarea fundamental para los hombres y mujeres rebeldes. La rebeldía debe abrirse, escuchar, contaminarse, pero debe también mantener alta su capacidad propositiva y su determinación de búsqueda de nuevas formas de hacer política desde la radicalidad e inteligencia que exigen los tiempos en que vivimos.

Se terminó definitivamente la supuesta época dorada de la globalización tal y como nos la contaban los poderosos mercaderes del planeta. Ahora la guerra descarnada y evidente. *Matrix* luce altanera su hegemonía y su fuerza. Ese monólogo permanente que construye la realidad al mismo tiempo que habla de ella ocupa ya todo el planeta. Su producción de pánico, el despliegue de su inmensa paranoia, amenaza con borrar el futuro en una repetición ininterrumpida del presente. Pero en el mismo terreno que *Matrix* se agita también la rebeldía: una multitud en marcha para hackear el código fuente del sistema.

1. De qué guerra hablamos.

¡Por fin una guerra mundial totalmente total!
Subcomandante Insurgente Marcos

Cuando en el seno de los movimientos se habla de la guerra se la define como global y permanente, señalando un cambio de paradigma bélico que se acompaña de una mutación fenomenológica y estructural importante. En los últimos años parece que se ha consumado la transición del modelo moderno de guerra a la denominada *guerra global permanente*.

La categoría de guerra moderna hace referencia a una guerra entre Estados soberanos. Se trata de conflictos que se desarrollan en el estricto marco del Derecho Internacional. Ese marco tiene como fundamento el llamado *Derecho de Gentes* europeo, cuyo origen se remonta a la necesidad de frenar y reconducir la peligrosa deriva bélica que asoló al viejo continente fundamentalmente durante el siglo XVI a través de numerosas guerras civiles y de religión. El antiguo *Derecho de Gentes* logró acotar la guerra dotándola de un espacio formal de principios y reglas de obligado cumplimiento que, entre otras cosas, censuraba toda discriminación moral entre los contendientes. A partir de entonces la neutralidad fue reconocida como institución y opción legítima, las partes en litigio protagonizaron relaciones formalmente simétricas y la guerra, además de carecer de un carácter penal y punitivo, se limitó a enfrentamientos militares reglados entre ejércitos estatales. Dichos enfrentamientos se desenvolvían en escena-

rios concretos y en lapsos de tiempo determinados que finalizaban con la concreción de tratados de paz entre Estados soberanos.

En nuestros días la guerra se mueve en un paradigma bien diferente que pone en cuestión y señala la crisis absoluta de los principios que gobernaban el modelo moderno. Es una guerra que desde el punto de vista geopolítico aparece como desterritorializada: su ámbito se extiende al conjunto del planeta. Desde el punto de vista normativo, se trata de una guerra que no se desarrolla entre Estados y no se circunscribe a las reglas que marca el Derecho Internacional. Su dimensión temporal, como la espacial, es ilimitada: asistimos a un proyecto bélico que se define como permanente al colocar en su punto de mira un supuesto enemigo perverso y difuso que se reproduce sistemáticamente y frente al que sólo caben medidas represivas de orden preventivo. La noción de "guerra preventiva" contra cualquier posible enemigo hace precisamente que toda perspectiva bélica se salga del estrecho marco del Derecho Internacional y que vulnere la propia Carta de Naciones Unidas, en la que en ningún caso se reconoce y recoge una noción de este tipo.

Por un lado, la guerra se mueve en una lógica de corte netamente moral y se presenta como "lucha indefinida contra el mal". Por otro lado, el enemigo que se propone tiene una naturaleza interna y está por todas partes. Es interno porque en cierta medida es sujeto activo de los procesos de globalización: Bin Laden y Sadam Hussein, por citar los casos más significativos, han sido creados y alimentados por las potencias occidentales y comparten el terreno de juego del mando neoliberal de la globalización, ya sea porque controlan fuentes y recursos energéticos vitales o porque son dueños de grandes capitales transnacionales. Está por todas partes porque el enemigo a combatir espectacular y formalmente es el llamado "terrorismo internacional": éste se presenta como una red global desterritorializada que excede y supera las fronteras de los Estados-nación.

Esta guerra, que como los procesos de globalización mismos y las nuevas modalidades de soberanía que los acompañan, no posee un afuera, presenta en el fondo sus intervenciones como acciones policiales de carácter quirúrgico. En este sentido, resulta conveniente señalar como dato relevante que en los últimos años la administración norteamericana no solamente ha desarrollado proyectos militares ligados a la denominada "Guerra de las galaxias", cuyo eje es la construcción de su famoso escudo espacial, sino que además ha llevado a cabo la transformación de su ejército en tropas de fácil utilización y con capacidad para desplazarse rápidamente por el planeta, algo que también ha desarrollado la Unión Europea con la creación de la llamada

Fuerza Europea de Intervención Rápida. De esta manera, se dibuja un horizonte de intervenciones continuas a través de un ejercicio de la fuerza proyectado desde un paradigma de legitimación basado en la existencia real de un estado de excepción permanente.

Aunque las intervenciones se sucedan continuamente siempre se presentan como excepcionales. Esta excepcionalidad que tiene carácter normativo no solamente disloca y excede al Derecho Internacional, sino que instituye al mismo tiempo una nueva forma de derecho que se inscribe en los paradigmas clásicos que sustentan la acción policial usual: despliegues de fuerza preventiva y represiva cuyo objetivo es la salvaguarda de un orden. La nueva forma de autoridad que ejerce el comando sobre los procesos de globalización se articula sobre este modelo, definiéndose en la práctica como poder de mando sobre la excepción y capacidad de despliegue de fuerza policial a nivel planetario. De Hecho, el carácter preventivo, deslocalizado y policial de las intervenciones nos habla de un verdadero y permanente estado de excepción y de emergencia. En este pun-

to lo relevante es que dicho estado de emergencia permanente, que se enmarca en el ejercicio de una nueva autoridad que suspende la historia y que no conoce fronteras, es sistemáticamente justificado apelando a valores esenciales de justicia, es decir, que son valores universales los que subyacen a los procesos de legitimación de las intervenciones.

Como señalan Hardt y Negri, la centralidad discursiva y retórica de valores universales y patrones morales renueva y redefine la vieja categoría de "guerra justa" (bellum justum). Un proceso de redefinición de dicha categoría iniciado efectivamente con la llamada Guerra del Golfo y que señala otra de las rupturas importantes con las concepciones modernas de la guerra. El concepto tradicional de guerra justa, que se remonta a los antiguos órdenes imperiales y que descansa en la idea de que cuando un estado se halla enfrentado con un peligro de agresión tiene derecho a hacer la guerra (jus ad bellum), pone sobre la mesa dos elementos que el pensamiento político moderno y la comunidad internacional de Estados-nación se han negado a reconocer sistemáticamente: la banalización de la guerra y su celebración como instrumento ético. Precisamente estas dos características aparecen en nuestros días con una fuerza inusitada. Por un lado, el recurso a las intervenciones militares de naturaleza policial se banaliza porque pese a enmarcarse en una realidad de emergencia, constituye un verdadero procedimiento de carácter ordinario. Por otro lado, el recurso a un uso de la fuerza de índole preventiva encuentra su fundamento en la necesidad de salvaguardar valores universales, en la protección y constitución de la libertad y la democracia, es decir, que tal y como nos es presentada posee formalmente una naturaleza profundamente ética.

Si la guerra como elemento permanente de las relaciones entre los seres humanos fue definida por Hobbes como estado de naturaleza, como condición caótica que precede al orden de la soberanía y que se resuelve con el monopolio estatal de la violencia, por el contrario la guerra global permanente de nuestros días no antecede a la soberanía sino que es su forma de ejercicio, no es tanto la restauración del derecho y el orden sino el mecanismo mismo de su producción. En este sentido, es fundamental señalar una inversión importante: la conocida fórmula de Clausewitz que definía la guerra como continuación de la política por otros medios se ve completamente alterada. La guerra contemporánea es presentada como condición misma de la política, construyéndose la intervención militar como instrumento para posibilitar y activar la democracia y el espacio público. El caso de la agresión contra Irak o la devastación de Afganistán son evidentes en este sentido: aparecen directamente como precondiciones para la constitución de la democracia y el ejercicio de la política, no sólo porque aparentemente derrocan regímenes dictatoriales en aquellos territorios, sino porque construyen un supuesto ámbito de seguridad que permite precisamente el desarrollo de las llamadas democracias occidentales.

Desde este punto de vista, la guerra no aparece como acción simplemente destructiva, por el contrario es fundamentalmente una guerra que ordena: procedimientos efectivos de corte policial que sirven a la construcción de un orden moral, normativo, institucional y económico, es decir, que tienen carácter performativo. La guerra de nuestros días es una guerra constituyente, una guerra que reorganiza y reordena, una guerra capaz de proponerse como normalidad.

Esta naturaleza constituyente de la guerra contemporánea afecta a los campos de la subjetividad y la vida, es la guerra de un *biopoder* que pretende la consecución de un mando efectivo sobre toda la vida de la población, que persigue el permear y ordenar los modos de vida mismos. El sargento Sprague del ejército de EEUU expresaba su angustia los primeros días de la intervención en Irak: "me he tragado todo el desierto de camino hasta aquí desde Basora y no he visto todavía ni un centro comercial ni un restaurante donde comerme una hamburguesa. Esta gente carece de lo más elemental. Hasta en un pueblecito como el mío, de 2500 habitantes, tenemos nuestro McDonald's a un extremo del pueblo y nuestro Hardee's en el otro". Ordenar la vida significa necesidad de sujetarla a parámetros definidos, controlables, el desarrollo de una adecuación antropológica a los cánones de la vida según el mando occidental y neoliberal sobre los procesos de globalización. Junto a la globalización de los intercambios económicos y culturales, junto al mercado global y a los circuitos globales de producción emerge un nuevo orden, una nueva lógica y estructura de mando, una nueva forma de soberanía que opera sobre todos los registros del orden social. No sólo maneja

territorios y poblaciones, sino que también crea el mundo que habita. Ahí también reside el sentido y la pertinencia de las intervenciones.

Como señalara hace años el Subcomandante Marcos hablando de la "bomba financiera" como la nueva maravilla bélica de nuestros tiempos, en el fondo y en realidad su resultado no es solamente "un montón de ruinas humeantes, o decenas de miles de vidas inertes, sino una barriada que se suma a alguna de las megápolis comerciales del nuevo hipermercado mundial (...)". Su acción no consiste tanto en la anexión de territorios al modo del imperialismo colonial europeo, como en ordenarlos y sujetarlos en el ámbito geopolítico de los Estados dominantes y de la nueva forma de soberanía global encarnada en los capitales transnacionales y en los diferentes organismos nacionales y supranacionales que se movilizan bajo una lógica de mando común. No hay nada que anexionar porque en la globalización ya no existe un afuera. Como el propio Marcos señala, "en la globalización todo el mundo es el patio del poder, todo lo que acontece en cualquier parte del mundo puede ser considerado una amenaza directa a la seguridad interna".

Esta característica de interioridad global alrededor de la reunificación del planeta en torno a un mercado mundial globalizado, materializado plenamente a partir del colapso de los regímenes del llamado socialismo real, hace que resurja con fuerza la temática de la guerra civil como categoría de referencia. Es precisamente el escenario actual de reunificación absoluta del espacio mundial el que hace que a toda guerra desarrollada en su seno sea posible aplicarle el concepto de guerra civil. Por eso hay quienes hablan en nuestros días de *guerra civil planetaria*, una modalidad de guerra civil que se separa significativamente de su concepción clásica y que señala otra ruptura con el concepto moderno de guerra.

La guerra civil en su acepción moderna aparece ligada al concepto de Estado-nación, entendido como una entidad que teóricamente goza de una autonomía y una soberanía susceptibles de ser conquistadas. Desde este punto de vista, se trata de un conflicto que se desarrolla dentro de ese espacio estatal, en un interior delimitado, y que se diferencia plenamente de las guerras entre diferentes Estados. En los últimos dos siglos esta idea tradicional de guerra civil ha coincidido en no pocas ocasiones con la idea de revolución: el desarrollo de una alternativa de sistema a partir de la conquista del poder soberano. Si este modelo moderno de guerra civil reconoce la consecución de la paz como resultado de su culminación, una paz que tiene como condición el mantenimiento o la conquista del poder estatal, por el contrario la guerra civil planetaria no termina nunca, se convierte en la matriz del ejercicio contemporáneo de gobernabilidad y se confunde con la acción policial. Esta guerra de nuestros días, presentada como operación policial interna, contribuye a redefinir ella misma el espacio supranacional global como un interior unitario. Es calificada como guerra civil por muchos porque se desarrolla en el espacio interno de un plane-

ta conectado enteramente en torno a un mercado mundial y regido por el mando de una nueva soberanía global.

Un espacio total en el que todo queda dentro, ese es el territorio de una guerra que no solamente es permanente, sino que aparece como eje de la gobernabilidad global. Su carácter de fenómeno total significa que no sólo tiene como dimensión espacial todo el planeta, sino que además posee una dimensión molecular, es decir, una suerte de "frente interno" compuesto de estrategias de control y de prácticas policiales aplicadas permanentemente contra las nuevas "clases peligrosas" y en particular contra la población migrante en Europa y Estados Unidos. La guerra global permanente posee una dimensión doméstica de la operación *Enduring Freedom* enunciada por George Bush que se define como avanzada de una guerra nunca declarada desarrollada en el propio territorio físico de las potencias occidentales, una guerra de baja intensidad: la guerra a la criminalidad difusa, a los migrantes y a los movimientos de contestación y disidencia.

En este sentido, es importante resaltar la existencia de una relación intensa entre las tecnologías de guerra y las prácticas de control social. Los nexos que ligan las estrategias de intervención militar global y las prácticas de control policial de carácter local son básicamente dos: el ya resaltado paso de la intervención bélica de la esfera semántica de la guerra a la de la policía internacional y el proceso paralelo de militarización de la policía y de las prácticas de control de los territorios locales. El primer momento de visibilización de este nexo se produjo a comienzos de los años noventa en dos escenarios distintos: la intervención de corte policial en el Golfo Pérsico en 1991 y la intervención militar de los Marines y de la Guardia Nacional norteamericana en la revuelta de Los Angeles tan sólo un año después. Devenir policial de los militares y devenir militar de los policías se sobreponen conjugando directamente seguridad interna y orden global. Guerra global permanente: nueva forma de *gobernance* que inaugura el siglo XXI.

2. Consenso, desobediencia, éxodo.

Creo que la rebelión es un recurso enorme para la humanidad que pide justicia. Mi problema es evitar que sea transformada en guerra por el Imperio, porque ahí es donde se derrota a la humanidad, porque ese es el territorio de los criminales que nos gobiernan.
Luca Casarini

La premisa fundamental del actual movimiento global contra la guerra es la producción responsable de un consenso a partir y en el seno del cual construir y afrontar el conflicto. Las enormes movilizaciones contra la invasión de Irak que han sorprendido a propios y a extraños han sido posibles precisamente por la existencia de este consenso que ha aglutinado a muy diversas fuerzas políticas y sociales con sectores y espacios de la sociedad civil que han jugado un papel simbólico fundamental. Las históricas manifestaciones que sacaron a la calle a millones de personas los pasados meses de febrero y marzo en la ciudad de Madrid, por ejemplo, no hubieran sido posibles sin la movilización activa del mundo de la cultura, especialmente del sector cinematográfico. Este consenso, propio del ciclo de luchas globales y que se plasmó inicialmente en los Foros Sociales como espacios de convergencia pero también mucho más allá de ellos, toma cuerpo a través de políticas de alianzas inteligentes y necesarias ante la coyuntura mundial que se ha abierto en los últimos años. En este sentido, la guerra global permanente como nueva forma de gobernabilidad exige la apertura de un arco extenso de cooperación social y política entre diferentes, un espacio de comunicación y alianza capaz de resistir y cortocircuitar su lógica.
Nuestro tiempo es el tiempo de cataclismos sociales y ambientales terribles, de guerra total, de producción de pánico, de

estado de excepción permanente, de erosión y fuerte virtualización de la democracia formal, de marcos de decisión global sobre nuestras vidas de carácter no electivo. La forma en la que la guerra se desarrolla en nuestros días no es más que la expresión de un estado de cosas general cuya última vuelta es el golpe de estado global que ha destrozado la ONU, ha convulsionado la Unión Europea, ha derrocado el Derecho Internacional y ha establecido el unilateralismo como elemento constitutivo de la concentración de los poderes globales en las manos monárquicas de Estado Unidos. Como señala Wu Ming, "hay momentos en la historia en los que el límite que separa al rebelde del democrático es sutil, casi transparente. Cada rebelde lucha por la democracia. Para afirmarla, cada demócrata deviene rebelde. Hoy, el objeto "democracia" es más débil que nunca, hasta el punto de que muchos, de modo más o menos explícito, están postulando su fin incluso en su dimensión ilusoria y formal. El rebelde y el demócrata deben hoy hablarse, discutir, encontrarse. Para mantener abierto el espacio de las propias diferencias, investigarlo, defenderlo y, finalmente, afirmarlo como forma y sustancia de la democracia misma". Aquí reside precisamente la importancia de la constitución de un fuerte consenso en el conflicto.

Los rebeldes deben impulsar, habitar y atravesar activa y responsablemente ese consenso, escuchando a los diferentes, contaminando democráticamente el espacio público de conflicto y aportando claves analíticas y propuestas políticas. En este sentido, la rebeldía en el seno del movimiento global contra la guerra toma cuerpo en la práctica de la desobediencia civil y social. Su acción política incide en el bloqueo de las estrategias de criminalización y mando sobre el movimiento a través de la deconstrucción política de las dos dicotomías clásicas con las que el poder fractura y separa los movimientos: violencia / no-violencia y legalidad / ilegalidad. Su papel es también enunciar y dar expresión política a las formas difusas con las que la multitud anuncia informal y subterraneamente elementos constituyentes de articulación de nuevas instituciones, gestos desobedientes y prácticas que desbordan el simple marco semántico de las enunciaciones y de la producción de opiniones de protesta. Las multitudinarias movilizaciones que hemos vivido en la ciudad de Madrid han puesto en el centro de los repertorios de acción colectiva la cuestión de la desobediencia de manera espontánea y sin mediaciones. Muchas de las manifestaciones han bloqueado durante horas el centro de la ciudad de manera ilegal y han intentado violar las "zonas rojas" establecidas por las autoridades locales en torno al Parlamento, algunos ministerios o la sede del partido en el gobierno. De manera espontánea hemos vivido acciones de ilegalidad de masa que no se han estructurado o planificado por ningún centro rector, sino que han sido desarrolladas por la multitud de manera democrática y descentralizada. En este sentido, la rebeldía es una rebeldía sentida y compartida, la expresión de un deseo colectivo de cambio: una especie de *¡ya basta!* que ha encontrado en la protesta contra la guerra en Irak un elemento dinamizador y de condensación de todos los malestares sociales acumulados en los últimos años.

Frente a las protestas, las estrategias de bloqueo del movimiento ya ensayadas repetidas veces contra el movimiento global en otras citas y momentos concretos: criminalización, producción de pánico en la población mediante duras acciones policiales con el fin de desmovilizar a través del miedo, intento de fractura del movimiento a través del fantasma de la violencia, etc. Las fuertes y multitudinarias manifestaciones que hemos vivido en la ciudad de Madrid se han encontrado con el despliegue de una estrategia de desestabilización y represión policial que, afortunadamente, ha sido identificada y bloqueada eficazmente. Las citas y protestas que conforman el calendario de las resistencias globales en torno a las contracumbres de los poderosos en los últimos años, han sido también escuelas de gestión del conflicto y de discusión sobre las dinámicas capaces de escapar a las estrategias represivas y desmovilizadoras. Esta experiencia empapa los análisis y las propuestas de los rebeldes en el seno del movimiento actual contra la guerra, fundamentalmente en lo que atañe a la cuestión de la violencia y la no-violencia.

El horizonte contemporáneo de las posibilidades en que se mueve la acción política se encuentra determinado por la producción sistémica del fantasma espectacular del terrorismo a escala planetaria. En nuestros días los repertorios de acción colectiva parecen condenados a moverse sobre el simulacro de dos únicos supuestos polos de actividad: el terrorismo y la no-vio-

lencia. Obligados a mirarse en el espejo de estas dos opciones, el carácter suicida y contraproducente del terrorismo, así como un necesario posicionamiento ético sobre el ejercicio de la acción política, lleva en no pocas ocasiones a los activistas y a los movimientos a aceptar la lógica de mando que se expresa en la dicotomía violentos / no-violentos. A esto ayuda la tradición de una práctica de no-violencia que, desde un eje de carácter netamente moral, presupone la injusticia inherente a la violencia y la pureza de los militantes y los actos no violentos. Sin embargo, toda pretensión de crítica a la violencia que pretenda situarse más allá o fuera de ella es, cuando menos, precaria desde el punto de vista teórico. Un buen número de autores han señalado y teorizado a lo largo de los años formas de violencia escurridizas y difícilmente identificables, pero que atraviesan todo nuestro mundo. En este sentido, la cuestión de la violencia es inaprehensible sin adentrarse en la temática del poder. Pese a que la tradición jurídico-institucional hegemónica ha impuesto la generalización de una concepción del poder como una propiedad, como una realidad sustancial localizada que se detiene o se delega, el poder no es una entidad que pueda ser entendida en esos términos. Su inteligibilidad pasa por una búsqueda que no se centre tanto en el plano de la autoridad y de la ley, como en un seguimiento a nivel molecular, en la pluralidad de relaciones de fuerza caracterizadas por algún tipo de asimetría que están diseminadas por toda la sociedad. La tradición materialista se ha ido conformando históricamente conceptualizando el ejercicio del poder como una forma de violencia. Como apuntan Hardt y Negri, hay toda una lista de autores que desde diferentes prismas han seguido el rastro de la violencia: "James Baldwin y Franz Fanon en lo que se refiere a la raza, Marx en lo referente a la clase, Ivan Illich en relación a la pobreza, Catherine MacKinnon en lo que se refiere a la sexualidad, etc. (...) En autores como Spinoza o Nietzsche la vida misma implica violencia y no tiene ningún sentido situar noción alguna del bien, de lo justo o de lo bueno más allá del contexto del ejercicio de nuestro poder. Todo lo que puede resultar de la proclamada extrañación de la violencia es, por lo tanto, una suerte de moral ascética que niega la vida". En este sentido, toda crítica a la violencia no puede ser concebida como una operación que circunscriba de forma preliminar los límites de la violencia, sino como una actividad de distinción de los diversos tipos de violencia y de ejercicio del poder. Distinguir se hace un ejercicio vital que es necesario comunicar ampliamente en el seno de los movimientos: distinguir las toneladas de bombas y misiles que los señores de la guerra y del dinero han arrojado a la población irakí, de las decenas de huevos que la sociedad civil ha lanzado a los diputados que han votado a favor de la guerra; distinguir la muerte diaria de hombres, niños, mujeres y ancianos por hambre y enfermedades curables como resultado directo de las políticas que implementan los señores de la guerra y del dinero, de las acciones puntuales contra restaurantes McDonalds desarrolladas por manifestantes en el curso de las protestas contra la guerra; distinguir la contaminación de los mares y el aniquilamiento de la fauna marina, del lanzamiento de un bote de pintura contra la sede de un partido que apoya la guerra o de una insignificante piedra para defenderse de un policía que dispara balas de goma provisto de escudo, porra, casco y protecciones por todo el cuerpo.

En cualquier caso, es obvio que se han operado cambios importantes que están condicionando las maneras de afrontar el conflicto y señalan la imposibilidad del sabotaje en términos clásicos. Frente a la guerra global permanente no vale esgrimir el lema de "guerra a la guerra" que atravesó a gran parte del movimiento obrero europeo durante la Iª Guerra Mundial. Es necesario pensar repertorios de acción colectiva y prácticas eficaces desde el punto de vista estratégico y comunicativo que estén a la altura de los tiempos y sean capaces de escapar a la criminalización. Cuando la guerra misma se convierte en tecnología política de control social, se torna guerra del imaginario y en el imaginario, atraviesa el conjunto de las relaciones sociales y se despliega molecularmente por toda la sociedad. Cuando la guerra no tiene límites ni espaciales ni temporales, es decir, no da lugar a un afuera, la deserción se convierte en el elemento central de la acción política rebelde. La rebeldía en el seno del movimiento de movimientos contra la guerra se expresa en una simple y sencilla proposición: *contra el arte de la guerra, el arte de la deserción*. En el marco del contexto bélico que hemos dibujado, la deserción pierde su carácter de simple rechazo a las armas y se despliega como conflicto social cuyo sentido es la producción colectiva y comunitaria de

ejercicios de sustracción a la lógica que impone la máquina bélica. Precisamente este es el horizonte en el que los rebeldes plantean la desobediencia como el elemento fundamental que permea sus acciones y lo ligan indefectiblemente al concepto de éxodo como lógica sustancial de sus propuestas.

La desobediencia no se plantea como una organización o una técnica, sino como el espacio político de encuentro entre los rebeldes y los demócratas. Existen dos tipos clásicos: una desobediencia de carácter liberal y otra de tipo radical. La primera se explica y circunscribe al enfrentamiento a leyes o actos de la autoridad que son considerados contradictorios con normas o principios de rango superior. La definición del denominado *derecho de resistencia* que protagonizó John Locke, decisiva en la fundamentación teórica de la rebelión de los colonizadores de Norteamérica contra las cargas tributarias de la corona inglesa que culminó con la Declaración de Independencia de los EEUU en 1776, es considerada como uno de los elementos más relevantes en este sentido. A través de ella el liberalismo político da lugar a la definición de un concepto de desobediencia civil que parte de la posibilidad de rechazo de toda ley o iniciativa gubernamental que muestre una cierta incoherencia o contradicción con otras normas fundamentales, reconociendo de esta manera la pertinencia de la resistencia frente a lo que se denomina "mal gobierno o legislación injusta" en relación a un dictado constitucional o una norma jurídica superior. Por el contrario, la concepción radical de la desobediencia pone en cuestión la propia facultad de mandar del Estado, se despliega contra una norma fundamental no escrita que establece la aceptación incondicional del mando como presupuesto. Hobbes de nuevo lo deja meridianamente claro: "la obligación de obedecer, según la cual son válidas las leyes civiles, precede a toda ley civil". En este sentido, la desobediencia radical precede a las leyes civiles porque no se limita solamente a violarlas, sino que cuestiona el fundamento mismo de su validez.

La desobediencia civil es uno de los elementos fundamentales presentes en el movimiento contra la guerra. Su acepción de corte liberal se desarrolla ampliamente incluso por los rebeldes: frente a la ilegalidad de la figura de "guerra preventiva" y la vulneración de la Carta de Naciones Unidas y de los principios fundamentales del Derecho Internacional, la desobediencia aparece como una práctica legítima de acción política. La paradoja reside en el hecho de desobedecer a ley para hacer que esta se cumpla, en desarrollar acciones de desobediencia que precisamente pretenden reintegrar un orden. La tarea de los rebeldes en este sentido reside en proponer acciones y gestos desobedientes concretos adecuados en términos estratégicos, éticos y comunicativos. Obviamente es un asunto complejo. Los antiguos *mo-*

nos blancos europeos se referían a ello después de las históricas jornadas de protesta contra la reunión del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en la ciudad de Praga en septiembre de 2000: "la desobediencia civil no es un asunto sencillo. Necesita mantener unido el justo y apremiante problema del enfrentamiento físico, del uso de la fuerza, con la práctica social de la multitud. Necesita conciliar las formas más eficaces de la acción directa con la necesidad de ser incluyente, de ampliarla y no restringirla tan sólo a la acción de unos pocos. Tiene que producir efectos concretos y, al mismo tiempo, no dar la idea ni de "escena" ni de ser un hecho crudo, aislado y sin perspectivas. Tiene que transformar la ilegalidad en legalidad, necesita conseguir que el enemigo pierda su consenso y acrecentar el suyo. Y, en fin, necesita mantener siempre la situación bajo control, es decir, tiene que ser organizada y no abandonada a las pulsiones, legítimas pero individuales. Tal desobediencia civil necesita lle-

var consigo redes sociales que no se disocien de lo que se hace, sino que lo aprueben, lo sostengan, lo reivindiquen y lo defiendan". Los rebeldes deben proponer ejercicios de desobediencia civil que respeten los principios del consenso general que ha dado lugar al movimiento contra la guerra y que, al mismo tiempo, sepan escapar eficazmente a los procedimientos de criminalización y a los aparatos de captura en las lógicas que se fundamentan en una supuesta escisión entre violentos y no-violentos. Sus manifestaciones concretas deben ser sentidas como propias por todos o, al menos, encajar plenamente con los análisis y discursos básicos de conjunto, impidiendo que se conviertan en patrimonio de grupos concretos o que den lugar a espacios identitarios cerradas, separados y autorreferentes: hacer de la desobediencia el sustrato y la praxis común del movimiento.

La práctica rebelde de la desobediencia es un híbrido entre su concepción liberal clásica y su deriva radical. Desde este punto de vista, cuando se desobedece colectiva y públicamente a una ley o a un dispositivo de autoridad no sólo se está empujando el límite entre legalidad e ilegalidad, sino que además se está enunciando una sustracción que implica deseo y construcción de una nueva legalidad desde abajo: la desobediencia posee un carácter constituyente que pone en cuestión el monopolio de la decisión política. Este juego rebelde de sustracción y constitución hace que el conflicto no sólo se manifieste como protesta, sino que lo haga fundamentalmente como defección. Como señala Beppe Caccia, es necesario "pensar en la práctica de la desobediencia como algo que ciertamente resiste, rechaza, pone en discusión cuanto de odioso e inaceptable hay hoy en el poder imperial y en sus articulaciones locales, territoriales y sociales, pero que al mismo tiempo es algo inmediatamente productivo y creativo, inmediatamente constitutivo de una nueva realidad". La práctica política zapatista resulta paradigmática en este sentido, constituye un interesante espejo en el que mirarse. El levantamiento armado del EZLN en enero de 1994, que se legitima formalmente en la propia Constitución mexicana, expresa la necesidad y la pertinencia de desobedecer a un mal gobierno. La construcción y articulación de los Municipios Autónomos en Rebeldía supone una realidad tangible de nueva legalidad desde abajo y una experiencia material y real de nueva vida en el territorio chiapaneco. Esta doble articulación zapatista entre acto ilegal y producción de nueva legalidad de base es el elemento fundamental de la concepción rebelde de la desobediencia. Ésta no constituye una línea política para los rebeldes, sino la manera de pensar y construir un conflicto que ya no tiene como eje programático la toma del poder, sino la construcción material de nuevas realidades sociales y políticas que se sustraigan a los designios y las lógicas que éste impone y activa: un verdadero éxodo constituyente.

En este campo de la acción política rebelde la temática de la violencia sufre una redefinición absoluta: en el marco de un éxodo que significa sustracción emprendedora, el hipotético recurso a la violencia únicamente puede aparecer como acción de salvaguarda de las formas de vida, las instituciones y las relaciones comunitarias experimentadas a lo largo del camino. Como escribió Lawrence, "las viejas armas ya no sirven, rehacedlas y apuntad bien". La rebeldía en el tiempo de la guerra global permanente es un éxodo que inevitablemente implica conflicto: los poderosos del planeta no renunciarán fácilmente a imponernos la permanente obediencia a sus designios.

La democracia ¿un gobierno del pueblo o un arma del poder?

Adriana López Monjardin

Declaramos que en este territorio gobierna y gobernarán siempre nuestras autoridades autónomas, porque a ellos los necesitamos, porque nos respetan, porque los conocemos y nos conocen, porque nos obedecen y los sabemos obedecer [...]

Nosotros que ya decidimos luchar, sabemos muy bien que nuestra lucha es justa y necesaria para todos los pobres, que aunque nieguen y lo renieguen, la lucha será para los hijos y su futuro, y es nuestra tarea ganarla, para dejarles un mundo más justo, que ahorita no hay, pero que estamos aprendiendo a construir. Por eso tenemos problemas y por eso luchamos.

Ahorita para nosotros que estamos luchando, sólo nos queda la cárcel y la muerte, ahí lo demuestran las acciones de los poderosos ¿y ustedes hermanos? ¿Qué están haciendo? ¿Dónde están dirigiendo su lucha? Luchar junto al poderoso los llevará siempre a un camino más cómodo y menos cansado, sin tantos sufrimientos, pero luchar al lado del pueblo, hay muchos sufrimientos, tristezas y cansancios porque allí hay rebeldía y resistencia, pero con la esperanza de un nuevo amanecer de libertad, justicia y democracia.

Discurso de *Claribel* durante la manifestación en defensa del municipio autónomo Tierra y Libertad, 11 de mayo de1998.

La democracia es inseparable de la ética, la libertad y la justicia. Sin embargo muchas veces, a lo largo de su milenaria historia, ha sido degradada, restringida y aprisionada por los poderosos, que la esgrimen como un arma contra otros seres humanos hasta hacer estallar sus sentidos más elementales: cuando el ejército más terrible del planeta lanza bombas de fragmentación sobre el pueblo de Bagdad, envía misiles contra los periodistas y condena a una muerte lenta, dolorosa y prematura incluso a niños que todavía no nacen, al sembrar de municiones de uranio empobrecido los campos y los barrios de su patria.

En nombre de la democracia se libran y enmascaran todo tipo de batallas en todo el mundo. "La democracia sería una palabra muy pobre si no fuera definida por los campos de batalla en los que tantos hombres y mujeres combatieron por ella", dice Alain Touraine. Se trata de una palabra, una idea, una utopía cargada de significados. La historia de la ambigüedad y la *polisemia* del término (es decir, su capacidad para contener múltiples sentidos) es tan antigua como el concepto mismo. No obstante, sus significados no flotan libremente. Si bien flotan, naufragan y chocan entre sí, lo hacen atados a los intereses, los agravios y las esperanzas de muy variados pilotos y tripulantes.

Ya decía Aristóteles que la democracia es el gobierno del pueblo y suena bien siempre y cuando uno se olvide de que ese supuesto *pueblo* se reducía a un puñado de ciudadanos libres que creían tener el derecho de ser propietarios de otros seres humanos; de los que eran arrancados por la fuerza de sus pueblos, hablaban otras lenguas y vivían otras culturas: los esclavos, quienes no eran considerados como parte del pueblo ni tenían derecho a formar parte de la ciudadanía.

Desde entonces quedó abierta una interrogante sobre el sentido ético de la democracia y, desde entonces, la democracia ha

servido tanto para liberar como para oprimir: para constituir ciudadanos guiados por la búsqueda de la libertad y la justicia y para armar y encubrir a los tiranos que esclavizan. Los pueblos han emprendido batallas en su nombre, buscando conquistar la autonomía y la libre determinación. Los poderosos han buscado reconstruir la opresión y la exclusión, simulando que siguen arropados bajo el manto prestigioso de la democracia.

Francisco Pineda nos recuerda que a principios del siglo XX, al inicio de la Revolución Mexicana, cuando se decía que Gustavo Madero, *"el apóstol de la democracia"*, había ganado las elecciones por "unanimidad", en realidad obtuvo menos de 20 mil votos en un país de 14 millones de habitantes, porque los iletrados, los desposeídos, los hablantes de lenguas indígenas, las mujeres y los jóvenes no formaban parte de la ciudadanía.

A finales del siglo XX y bajo la doctrina única de la política neoliberal, Enrique Krauze resumió en pocas palabras el programa de las élites políticas y culturales mexicanas: "una democracia sin adjetivos". Así, alegando la simplificación del debate y haciendo eco del reclamo popular en torno a la urgente necesidad de contener los fraudes electorales, se oscureció el hecho de que el mismo calificativo *sin adjetivos* estaba destinado a convertirse en uno de los adjetivos más restrictivos y totalitarios que han acompañado la larga historia de la democracia. Se trata también de un proyecto y una manera de hacer y concebir la política encaminados a disociar a la democracia de la ética y a cancelar los derechos sociales, comenzando por el derecho de los ciudadanos a construir sus propias formas de organización, expresión y lucha, que son condenadas a subordinarse y encuadrarse en un espacio único: el de los partidos políticos.

Esta interpretación restringida de la democracia corresponde a los tiempos en los que el neoliberalismo en ascenso buscó reducir a los ciudadanos a la sola condición de individuos y trató de disolver las identidades, historias y redes colectivas. Se propuso también separar los derechos sociales del quehacer político y orientar cada vez más las acciones estatales al campo de la vigilancia, el control y el castigo. Estas propuestas se abrieron paso, en parte, gracias al estrepitoso fracaso de las "democracias proletarias", convertidas en elaborados sistemas de opresión. En Europa, dicen que tantas decepciones llevaron a muchas personas, incluso de buena fe, a refugiarse en una versión muy modesta de la democracia. Los teóricos italianos Norberto Bobbio y Giovanni Sartori fueron algunos de los principales exponentes de esta concepción restringida, que define la democracia como un conjunto de garantías contra el ascenso o el mantenimiento del poder de dirigentes contrarios a la voluntad de la mayoría.

Según Sartori, la democracia se funda en la concurrencia de los partidos, así como la economía de mercado se funda en la

concurrencia de los productores. Pero él mismo admite que si bien los consumidores están en condiciones de apreciar las mercancías, la concurrencia entre los partidos políticos está sometida a un examen menos eficaz, "ya que los bienes no son muy tangibles ni de rápido consumo". De todos modos, el sistema funciona independientemente de la voluntad de los ciudadanos, porque el consenso, a juicio de Sartori, no requiere de la aprobación; le basta la aceptación. En esta versión estrecha del consenso, ni siquiera se necesita el acuerdo o la aceptación de los valores últimos de la democracia, sino que es suficiente la aceptación de las reglas del juego: el consenso *procedimental*, el que estipula el cómo decidir[1].

En todo caso, fue desde el poder, más que en las academias, donde se proclamó la "modernización" encaminada a vender o imponer una democracia diseñada a imagen y semejanza del mercado, reducida al establecimiento de los procedimientos legales para elegir a los gobernantes. Si la competencia económica está destinada a configurar los mercados, donde con-

fluyen distintas marcas que producen variantes menores de un mismo artículo, el mercado político se tendría que diseñar a través de la competencia de nuevas empresas eficientes y profesionales, basadas en la publicidad de sus ofertas y que ofrecieran también variantes menores de un mismo programa político. Así como en los mercados, supuestamente libres, prevalecen los dictados de las grandes empresas trasnacionales, y la capacidad de compra de los consumidores se impone sobre las necesidades de las personas, también en los mercados políticos se ha buscado consolidar el predominio de los grandes partidos, por encima de las necesidades de los ciudadanos.

Un arma del poder

El neoliberalismo va vaciando la democracia desde sus dos extremos: por arriba, resulta que los sistemas nacionales de gobierno y representación han perdido capacidad de decidir acerca de las cuestiones centrales que afectan a los ciudadanos: el empleo, el desempleo y las condiciones de trabajo; la existencia o la destrucción de los campesinos; la depredación o la conservación de los recursos naturales; la salud o las enfermedades; la paz o la guerra. Las decisiones relevantes las toman las instituciones económicas llamadas mundiales, pero que representan los intereses de los grandes capitales y no los de la gente que habita este mundo.

Por abajo, la democracia se vacía en la medida en que no está funcionando como un mandato de los gobernados sobre los gobernantes, de los representados sobre quienes debían representarlos. Al contrario: las élites políticas tienden a convertirse en una casta privilegiada y pendiente, ante todo, de su propia reproducción. Al grado que el gobierno de José Aznar puede mantener su complicidad con el genocidio del pueblo iraquí y el asesinato de periodistas, desafiando el rechazo de la abrumadora mayoría de los ciudadanos del estado Español. Al grado que los senadores mexicanos pueden imponer una ley de guerra que cancela los derechos indígenas, en contra de la voluntad de la abrumadora mayoría de los pueblos indígenas.

Por eso hace falta recuperar y profundizar la discusión sobre la democracia desde esos dos extremos —el de arriba y el de abajo— preguntando no sólo cómo se decide, sino también sobre qué se decide; y no sólo cómo compiten entre sí quienes pretenden decidir, sino cómo obligarlos a escuchar y a obedecer el mandato de los ciudadanos, porque no podemos renunciar a que el sentido mínimo de la democracia gire en torno al gobierno del pueblo y no alrededor de la aceptación de los procedimientos para elegir a quienes toman las decisiones, como condición única o suficiente.

Las prácticas contemporáneas de la democracia y el concepto mismo han sido secuestrados por dos tipos de personajes, que inundan los medios masivos de comunicación con las anécdotas de sus pleitos de familia. Cuando se mira con un poco de cuidado, más allá de los escándalos cotidianos, se descubre lo evidente: que están emparentados. Uno de estos personajes es el tecnócrata, que presenta la situación actual como la única posible, inevitable y natural; y el otro es el demagogo, que atiende y manipula el *marketing*, donde la opinión pública no es algo que se escucha sino algo que se promueve desde el poder. Aunque no convenzan a los ciudadanos —y ya sabemos que no hace falta, dicen sus teóricos: basta la "aceptación"— ambos diseñan espejos para consumo del mismo poder y conspiran para ocultar las causas sociales del sufrimiento humano.

"Es verdad que podemos votar" —sostiene Saramago—, "es verdad que podemos, por delegación de la partícula de soberanía que se nos reconoce como ciudadanos con voto y normalmente a través de un partido, escoger nuestros representantes en el Parlamento; es cierto, en fin, que de la relevancia numérica de tales representaciones y de las combinaciones políticas que la necesidad de una mayoría impone, siempre resultará un Gobierno. Todo esto es cierto, pero es igualmente cierto que la posibilidad de acción democrática comienza y acaba ahí. El elector podrá quitar del poder a un Gobierno que no le agrade y poner otro en su lugar, pero su voto no ha tenido, no tiene y nunca tendrá un efecto visible sobre la única fuerza real que gobierna el mundo, y por lo tanto su país y su persona: me refiero, obviamente, al poder económico, en particular a la parte del mismo, siempre en aumento, regida por las empresas multinacionales de acuerdo con estrategias de dominio que nada tienen que ver con aquel bien común al que, por definición, aspira la democracia. Todos sabemos que

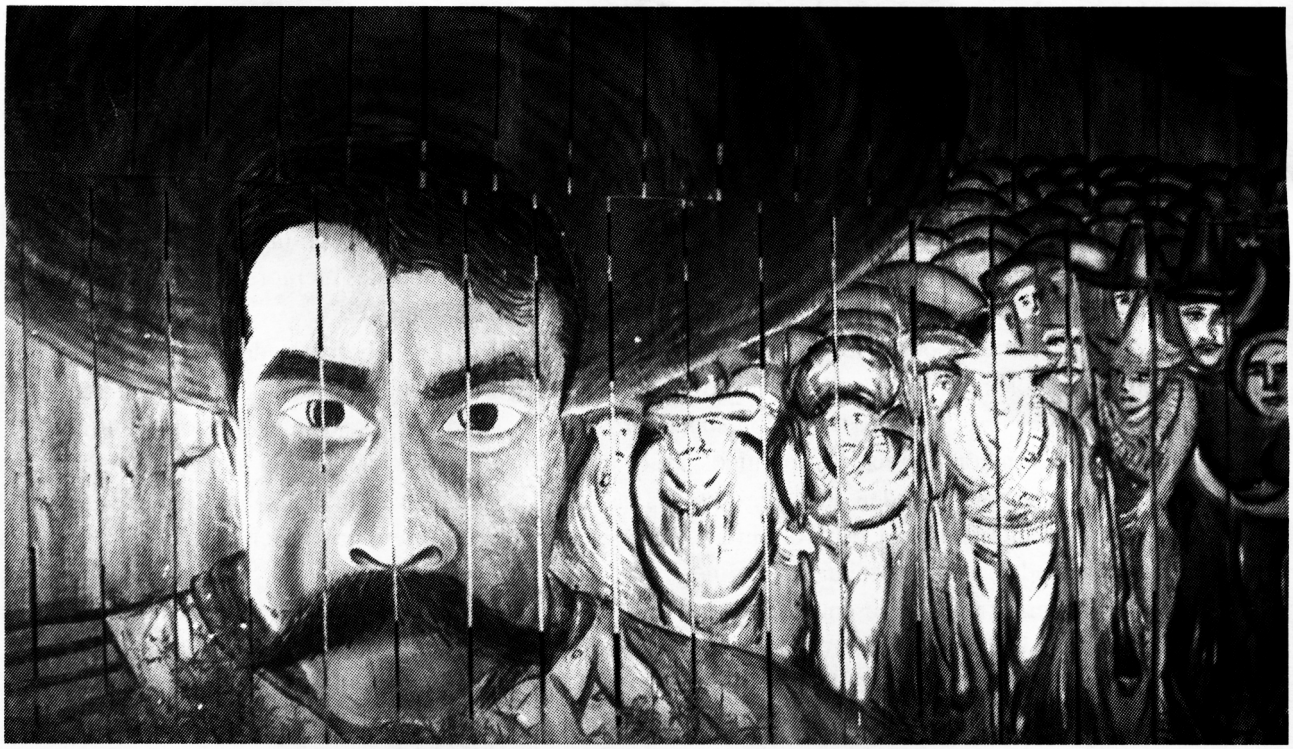
así y todo, por una especie de automatismo verbal y mental que no nos deja ver la cruda desnudez de los hechos, seguimos hablando de la democracia como si se tratase de algo vivo y actuante, cuando de ella nos queda poco más que un conjunto de formas ritualizadas, los inocuos pasos y los gestos de una especie de misa laica. Y no nos percatamos, como si para eso no bastase con tener ojos, de que nuestros Gobiernos, esos que para bien o para mal elegimos y de los que somos, por lo tanto, los primeros responsables, se van convirtiendo cada vez más en meros comisarios políticos del poder económico, con la misión objetiva de producir las leyes que convengan a ese poder, para después, envueltas en los dulces de la pertinente publicidad oficial y particular, introducirlas en el mercado social sin suscitar demasiadas protestas, salvo las de ciertas conocidas minorías eternamente descontentas..."[2]

Mientras los teóricos neoliberales postulan una democracia "sin adjetivos" o "procedimental", vale la pena recuperar la metáfora de Samir Amin, quien define los sistemas políticos contemporáneos como una "*democracia de baja intensidad*" que alterna con las intervenciones y los conflictos militares, también de "baja intensidad". En la medida en que la globalización no puede conducir hacia un nuevo orden mundial, sino a la profundización de las desigualdades entre las diferentes regiones y naciones del planeta, la estrategia del capital imperialista apunta hacia una permanente *gestión del caos*, encaminada a contener las aspiraciones democráticas de los pueblos y a desmantelar las capacidades de resistencia que podrían representar los Estados nacionales[3].

Separada de la justicia, la versión de la democracia que fuera domesticada y colocada en el mercado por el poder se separa también de la libertad. La "administración del caos" a la que se refiere Amin no sólo tiene como escenarios Irak, el Congo o Colombia. Por el contrario: es la práctica cotidiana de los gobernantes en las grandes ciudades, lo mismo en Nueva York que en París o en la ciudad de México. En la lógica del neoliberalismo, el Estado tiene que atender, sobre todo, las tareas de policía y control. Los problemas sociales se abordan, entonces, como problemas de "seguridad". Las viejas nociones elitistas del siglo XIX acerca de los "barrios peligrosos" y las "clases peligrosas" vuelven a inundar los discursos de los gobernantes, los periodistas y la más variada gama de "especialistas": abogados, criminólogos, psicólogos o pedagogos que elaboran y justifican una doctrina que va cercando a los pobres urbanos con una visión imaginaria sobre su "peligrosidad social". Como dice Michael Taussig, en esta doctrina de la seguridad nacional, del conflicto de baja intensidad, el poder promueve la paranoia como práctica social: no se puede confiar en nadie[4]. Las ciudades son imaginadas como un sitio pantanoso, cubiertas por una atmósfera nebulosa de inseguridad, en un estado de emergencia permanente. En las representaciones del poder, los barrios populares se convierten en espacios del crimen, el desorden, la suciedad y la infección. La tarea de los gobernantes es limpiar, reprimir y encarcelar.

Esta doctrina no sólo orienta las llamadas políticas de "cero tolerancia", que castigan con más rigor a los más pobres, sino que define también la gestión cotidiana del espacio urbano. Es la doctrina que criminaliza y persigue a los vendedores callejeros; la que promueve la construcción de rejas y casetas de vigilancia en los barrios de los ricos; la que privatiza las calles y las aceras; la que envía a la policía contra los jóvenes, para impedir que se reúnan en las calles y plazas públicas; la que pretende acuartelar a los llamados "niños de la calle"; la que interroga y expulsa de los lugares públicos a las personas que no tienen el color de piel o el tipo de ropa previsto por los policías. En las grandes ciudades, la gestión del caos se traduce, literalmente, en la administración del miedo. Y aquí confluyen las derechas y las izquierdas gobernantes.

Durante muchos años, los grupos y los partidos de izquierda, incluyendo a los parlamentarios, habían reivindicado la libertad frente a los llamados de la derecha a reforzar una doctrina elitista de la seguridad. Ahora, en los tiempos del neoliberalismo, resulta que la mayor parte de los partidos de izquierda, afanados en el mercado electoral, tienden a usurpar los tópicos de campaña y los referentes ideológicos tradicionales de la derecha. Si las diferencias entre los partidos, sus programas y sus candidatos se desdibujan, el mismo acto de elegir pierde sentido: las elecciones dejan de ser un espacio en el que, como su nombre lo indica, la gente tendría que poder escoger entre alternativas diferentes. Por otra parte, el retroceso de los Estados en el ámbito social entraña una disminución de la participación y una



crisis de la representación política. Si los problemas de la gente no pueden ser resueltos por el Estado y las políticas públicas están constreñidas por lo que dictan los mercados, las razones para votar se desvanecen.

La democracia corre el riesgo de convertirse en un mero ritual, en esa "misa laica" de la que habla Saramago. Dejar de ser un espacio en el que puedan surgir, expresarse y resolverse pacíficamente las demandas sociales, las reivindicaciones y las esperanzas. El mandato del pueblo es suplantado por una práctica gerencial, de cooptación y administración de las crisis, que atrapa a los segmentos institucionalizados de la sociedad civil para incorporarlos a un creciente y costoso ejército de "gestores", especializados en el "cabildeo" con los gobernantes y los legisladores; y como de costumbre, los más ricos suelen tener más éxito en su misión de persuadir, cuando se trata de aprobar o vetar determinadas leyes o políticas. Todo esto es lo que está detrás de la abstención, que está creciendo en todo el mundo hasta poner en peligro a la democracia incluso en su sentido más estrecho: el de un procedimiento acordado para elegir a los gobernantes, y que pierde su función cuando la mayoría no participa. Finalmente, al mismo tiempo que se reduce el ejercicio de la democracia en su sentido original, de gobierno del pueblo, se está extendiendo el lado oscuro del sistema político que inventaron los griegos, a medida que una parte cada vez más grande de los habitantes del planeta carecen de derechos ciudadanos: son, por ejemplo, los mexicanos en Estados Unidos y los guatemaltecos o salvadoreños en México; pero también los mixtecos y los triquis en las ciudades o en los campos agrícolas del norte, y los tabasqueños o los veracruzanos en Cancún.

Un gobierno del pueblo

No se trata de renunciar a la democracia, no se trata de restaurar dictaduras o monarquías, sean proletarias o provengan del mandato divino. No se puede renunciar al derecho de todos los seres humanos a ser ciudadanos en el aquí y el ahora, en el lugar donde viven. No se puede renunciar a buscar una manera racional y pacífica de resolver los conflictos que atraviesan la sociedad. Y así como no se puede renunciar a elegir, tampoco se puede renunciar a la ética, la justicia y la libertad.

Si es cierto, como dice Touraine, que "la mejor forma de definir la democracia en cada época es mediante los ataques que sufre"[5], la deliberada profundización de las desigualdades, la explotación y la exclusión social se han convertido en el principal obstáculo para la democracia. En las sociedades contemporáneas, los

partidos políticos se están distanciando cada vez más de las fuerzas sociales y del compromiso con la justicia. El mismo concepto de justicia se degrada, cuando se separa de lo social y se restringe a una doctrina policíaca de gestión del caos y a un aparato de vigilancia y castigo. Cuando los partidos políticos se convierten en meros equipos de gobierno situados en el interior de la élite dominante, cuando no están sometidos a las demandas de los actores sociales y pierden su representatividad, se pierde también una de las primeras condiciones de la democracia, que es la limitación del poder. Surge entonces la *partidocracia*, ya que los actores sociales quedan reducidos al estado de "masa", de mero recurso político. La acción social termina subordinada a la intervención política. Los políticos, así desvinculados del mandato popular, pueden disponer de todas las armas del poder en el momento del triunfo, sin encontrar una fuerza social organizada capaz de limitar su omnipotencia.

No puede haber democracia representativa si los actores sociales no son capaces de dar sentido a su acción, en lugar de recibirlo de los partidos. La representatividad de los actores políticos sólo puede existir cuando los grupos sociales son capaces de organizarse de manera autónoma en el nivel mismo de la vida social. Para que haya representatividad, es preciso que exista una fuerte agregación de las demandas provenientes de personas y grupos muy diversos; y se requiere una correspondencia entre las demandas sociales y las ofertas políticas. Cuando persiste el desencuentro, los partidos se convierten en coaliciones de grupos de interés minoritarios, mientras las acciones colectivas se originan en las demandas que no encuentran respuesta en el sistema político.

La existencia de los conflictos sociales entre los actores sociales constituye la base más sólida de la democracia, afirma Touraine: "El problema más urgente es dirigir hacia el sistema político las reivindicaciones, las impugnaciones y las utopías que harían a nuestras sociedades más conscientes, a la vez, de sus orientaciones y sus conflictos. Sufrimos en casi todas partes una carencia de conflictos, lo que crea un cinturón de violencia en torno a un sistema político que se cree pacificado porque transformó sus reivindicaciones internas en amenazas exteriores y porque está más preocupado por la seguridad que por la justicia y por la adaptación que por la igualdad. La democracia sólo es capaz de defenderse a sí misma si incrementa sus capacidades de reducir la injusticia y la violencia".

La democracia exige tanto la representación de los intereses de la mayoría como la libertad de las elecciones políticas; la construcción de una comunidad universal y el respeto a la pluralidad. Es vano y peligroso dar prioridad a uno u otro de estos elementos, advierte Touraine: "Ni la unidad, sin la cual la comunicación se torna imposible, ni la diversidad, sin la cual la muerte se impone sobre la vida, deben ser sacrificadas la una a la otra. Es preciso definir la democracia, ya no como el triunfo de lo universal sobre los particularismos sino como el conjunto de *las garantías* institucionales que permiten combinar la unidad de la razón instrumental con la diversidad de las memorias, en intercambio con la libertad".

Las libertades democráticas se degradan cuando ya no sirven para tratar los problemas sociales agudos: los de la guerra y la paz; los del mundo del trabajo; los de los excluidos y los migrantes; los que se refieren a los derechos colectivos. Para no perder sentido, la acción democrática tiene que ser definida por la liberación de las personas y los grupos dominados por la lógica del poder; de los convertidos en meras "masas de maniobra" de los partidos y los candidatos; de los sometidos al control que ejercen los dueños y los gerentes de los sistemas políticos cuando abandonan la representación de los actores sociales y se empeñan, por todos los medios, en destruir y subordinar sus formas de organización autónoma.

El abandono de los ideales democráticos, la ficción de una "democracia sin el pueblo" conduce a una crisis profunda y de larga duración de los sistemas políticos, carentes de legitimidad popular, afirma Anne-Cécile Robert[6]. Dicha crisis proviene de la limitación de la acción pública, invocada, teorizada y organizada por los partidos gobernantes, y que acompaña el debilitamiento de los Estados nacionales. Un supuesto "realismo", un llamado a "aceptar los retos que imponen los duros tiempos" se opone sistemáticamente a todas las movilizaciones y luchas sociales. Los gobernantes y los legisladores se atan las manos deliberadamente al admitir tratados, acuerdos y compromisos que los despojan de toda capacidad de acción; traicionan la representación popular en beneficio del mercado. Los políticos alegan que "no pueden hacer nada" frente a

los problemas sociales: no se puede modificar el Tratado de Libre Comercio; no se puede impedir la "fuga de capitales"; no se puede dejar de pagar la deuda externa; no se pueden atender las necesidades de salud y educación; no se puede aminorar el desempleo, por más que disminuyan los salarios y se imponga una férrea disciplina laboral.

Al postular su impotencia, el poder político atenta contra la democracia: el principio mismo de la representación y el sufragio universal pierden sentido si las alternativas están clausuradas de antemano. La violencia de la dominación se abre caminos insospechados, condenando a la sociedad a perpetuar el sufrimiento. No podemos subestimar la responsabilidad de un gran número de fuerzas y partidos de izquierda de todo el mundo en la destrucción de la democracia, conforme suscriben y gestionan esta visión fatalista que acompaña la imposición de políticas antisociales. El campo político, abandonado por los demócratas, ha sido ocupado por los programas de regresión social y cultural que antaño fueron patrimonio de la extrema derecha y que ahora son compartidos por muchos grupos gobernantes que provienen de la izquierda.

Los ideales y las prácticas democráticas se derrumban cuando la izquierda resulta incapaz de imaginar siquiera un "*afuera*", lejos de un capitalismo cada vez más desigual, sostiene Robert. La única manera de luchar contra la fatalidad tiene como punto de partida la negativa a integrarse a ella, como ideología y como práctica. El saber es un elemento de lucha al que también se renuncia cuando se acepta la idea de que no se puede hacer nada contra los dictados de la globalización neoliberal. Necesitamos recordar que la sociedad vive a través de los principios que se da a sí misma y rechazar la regresión provocada por un poder que impone de antemano las respuestas, aun antes de que podamos plantear las preguntas.

En efecto, concluye Robert, la devaluación del poder político y el retorno de la fatalidad social avanzan hacia la destrucción de un elemento consustancial a la democracia: la existencia de un "afuera" posible o utópico, que cree en la posibilidad de superar los sufrimientos del presente; que rechaza la dictadura de hecho instaurada por el neoliberalismo, acompañada por la retórica de la "aldea global", que en su engañosa neutralidad trata de ocultar que los intereses económicos y sociales de corto plazo de un pequeño grupo se imponen sobre los intereses de largo plazo de la colectividad. La reconstrucción de un proyecto político sólo puede surgir de la reconquista de ese "*afuera*" fundado en un análisis crítico del mundo y de las relaciones de dominación. Y esto implica, sobre todo para la izquierda que rechaza la asimilación, superar el miedo que inspira el recuerdo de los sistemas totalitarios que se opusieron a la lógica capitalista.

En todo el mundo, más allá de los partidos políticos y del sindicalismo tradicional y corporativo, emergen nuevas movilizaciones sociales contra el neoliberalismo y contra la guerra. En las calles y las plazas se descubren los trabajadores aprisionados por los empleos precarios, las mujeres, los jóvenes, los migrantes; y descubren una nueva fuerza. No buscan gestionar ni contener los conflictos sino construir, desde la sociedad, espacios para que se expresen; buscan imaginar nuevas soluciones. Arundhati Roy afirma que contra "esta obscena acumulación de poder, esta distancia creciente entre aquellos que toman las decisiones y aquellos que las tienen que padecer [...] nuestra lucha, nuestra meta debe ser eliminar esa distancia". "¿Qué podemos hacer?" —se pregunta. "Podemos afilar nuestra memoria, podemos aprender de nuestra historia. Podemos seguir construyendo opinión pública hasta que se vuelva un rugido ensordecedor. Podemos reinventar la desobediencia civil en un millón de maneras distintas. Es la hora de contar nuestras propias historias" [7].

"¿Qué hacer?" —se pregunta también José Saramago. "De la literatura a la ecología, de la guerra de las galaxias al efecto invernadero, del tratamiento de los residuos a las congestiones de tráfico, todo se discute en este mundo nuestro. Pero el sistema democrático, como si de un dato definitivamente adquirido se tratase, intocable por naturaleza hasta la consumación de los siglos, ése no se discute. Mas si no estoy equivocado, si no soy incapaz de sumar dos y dos, entonces, entre tantas otras discusiones necesarias o indispensables, urge, antes de que se nos haga demasiado tarde, promover un debate mundial sobre la democracia y las causas de su decadencia, sobre la intervención de los ciudadanos en la vida política y social, sobre las relaciones entre los Estados y el poder económico y financiero mundial, sobre aquello que afirma y aquello que niega la democracia, sobre el derecho a la felicidad

y a una existencia digna, sobre las miserias y esperanzas de la humanidad o, hablando con menos retórica, de los simples seres humanos que la componen, uno a uno y todos juntos. No hay peor engaño que el de quien se engaña a sí mismo. Y así estamos viviendo"[8].

Desde abajo y desde otra utopía

Una voz imprescindible en este urgente debate sobre la democracia es la de los pueblos indígenas de México, que también viven en el tiempo de contar sus propias historias y tienen una larga experiencia de democracia directa que incluye otras formas de relación entre gobernados y gobernantes.

Al comenzar los Diálogos de San Andrés, cuando el comandante tzotzil *Javier* dio la bienvenida a los asesores e invitados del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el grupo de trabajo sobre *Participación y representación políticas de los indígenas*, señaló que el EZLN había convocado a todas las fuerzas políticas y a las organizaciones independientes, y que les tocaba hablar, con ánimo y decisión, para buscar la forma de detener la guerra y ver si había la posibilidad de avanzar por la vía política para lograr la democracia, la justicia y la libertad. "No sólo estamos dispuestos a matar y morir" –dijo— "sabemos hablar y no discutir entre nosotros mismos, si somos un pueblo y tenemos el oído para escuchar".

"Estamos en este espacio –en los Diálogos de San Andrés— para hablar de la democracia y la justicia como un asunto de vida, como un asunto que tiene qué ver con el pan y la sal, con la alegría y la tristeza de los que estamos aquí, y de los que afuera, ahora mismo, caminan, venden elotes o buscan empleo", dijo Eliazar Velázquez, integrante del grupo musical Leones de la Sierra de Xichú. Los totonacas de la Sierra de Puebla expusieron la concepción indígena del poder, tradición y utopía a la vez: "Entendida por los mayores, la autoridad tiene su razón de ser en la palabra antigua que aún existe entre nosotros. Una de las grandes verdades que dicen sobre la autoridad los ancianos es que la autoridad debe ser servidora, debe cargar con el pueblo, debe ser padre y madre. Y cuando una autoridad ya no es servidora, es porque se le ha metido otro pensamiento en su mente. Para la autoridad el valor más preciado es: su pueblo, las personas, la comunidad".

Uno de los temas más debatidos en los Diálogos de San Andrés fue el de las formas de participación política y de elección de las autoridades. Un comunero del municipio de Nicolás Ruiz, Chiapas, planteó que "las demandas indias no tienen solución dentro del sistema político actual, sino en un nuevo orden político, con toma de decisiones de toda la población, sin verticalidad ni discriminación y con respeto a todos. Hay una historia de derechos indígenas negados. El estado centralista no nos permite decidir nuestras formas de participación; por eso queremos que se reconozca la existencia de los pueblos indios, y queremos impulsar los procesos organizativos autónomos, desde las bases,

y buscar un federalismo acordado con los pueblos en las regiones y los municipios. Los espacios de participación no deben ser reducidos a lo electoral, cuando sólo los candidatos y un puñado de individuos participan. En las elecciones, los indígenas sólo sirven como escalera y otros son los que suben; además, los plazos y los ritmos electorales no corresponden a las formas de organización en las comunidades, donde se elige a las autoridades por asamblea de todo el pueblo. Por eso es necesaria una vía directa de ejercer los derechos y retomar la experiencia de participación independiente, sin tutela del gobierno y los partidos, fortaleciendo los procesos autogestivos".

Enviados de una comunidad zapoteca, con una larga y dolorosa tradición de lucha por la autonomía, reclamaron "el respeto íntegro a la elección de autoridades municipales en los municipios indígenas. Debe haber respeto irrestricto y los pue-

blos sabrán cómo elegirlas, también en el caso de que decidan *partici*par con los partidos. No estamos en contra de que existan los partidos políticos" –explicó—, "pero los partidos deben aprender de los pueblos y respetarlos. Para las elecciones municipales, no hay necesidad de los partidos pero no es que se les rechace; es que las comunidades ya tienen su forma de elegir a sus autoridades y de ocupar los cargos como una forma de servicio y con tiempos propios". Sobre todo, "debe ser respetada una concepción distinta del poder de los pueblos indígenas, que no es de cuotas o de botín sino de servicio; y que busca la construcción de consensos a través del diálogo comunitario, y no necesariamente a través de la división entre mayorías y minorías".

La participación desde abajo, el respeto a los derechos colectivos y a las formas colectivas de organización constituye uno de los contenidos centrales de la propuesta de autonomía que se desarrolló a lo largo de los Diálogos de San Andrés, y que no se agota en el mundo indígena. Desde la experiencia de Tepoztlán, en el estado de Morelos, un integrante del Concejo Municipal denunció la pretensión de despojarlos de sus tierras comunales y de afectar el entorno ecológico en aras "de un proyecto de diversión para los ricos". Relató cómo destituyeron a las autoridades municipales que los habían traicionado y cómo integraron un Concejo que "retomó los usos y costumbres sin gastar en campañas". "Es necesario" –dijo— "el reconocimiento de los derechos de todos los mexicanos: indígenas y no indígenas, y revisar la Constitución para incluir estos derechos. Eso significa, simplemente, pedir que se reconozca la vida que se está viviendo todos los días en la comunidad. En cambio, se quiere cuadrar la participación de los indígenas en una ley que desde su inicio no los ha tomado en cuenta y que además el mismo gobierno la viola; y cuando los indígenas quieren retomar sus tradiciones, se les dice revoltosos, ilegales y se les reprime".

Si bien la representación plural de los ciudadanos es irrenunciable, pierde sentido cuando se hace recaer en la participación de corrientes ideológicas o partidos políticos que, pese a ser ajenos a la vida cotidiana en muchas partes, suplantan la representación de las personas de carne y hueso que habitan en un cierto territorio. Los participantes en los Diálogos de San Andrés explicaron que las tradiciones, las experiencias y las necesidades de los pueblos indígenas no admiten el "presidencialismo" municipal previsto por las leyes vigentes, sino que suponen estructuras más colegiadas de integración de los cabildos o *Concejos* municipales. En ellos, resulta indispensable facilitar la participación de todas las localidades que integran ese espacio territorial: ejidos, comunidades, parajes, agencias municipales o poblados. Sin embargo, en muchos estados de la República, es atribución del presidente municipal designar a los agentes locales, y las cabeceras municipales se han erigido en pequeñas "capitales" controladas por los caciques y los grupos locales de poder, que acaparan los recursos y la toma de decisiones. Las leyes vigentes en México, que suponen la integración "plural" de los Ayuntamientos, sólo benefician a los partidos políticos, pero no existe ninguna forma de representación territorial de los poblados o los barrios que integran el municipio.

También en los municipios autónomos zapatistas se está desplegando un proyecto que permite pensar el futuro desde el "afuera" de la opresión. Al mismo tiempo que organizan la vida de cada día y trabajan para el aquí y el ahora —que requiere tanto de las actividades heredadas de los antepasados como de un sinnúmero de acciones emergentes— los municipios rebeldes trabajan para construir "ese futuro que ya es nuestro", como dicen los habitantes de Flores Magón. En sus comunicados públicos reiteran unánimemente los objetivos de su proyecto. En primer lugar: "una vida digna para todos". Proponen un mundo en el que nadie "los venga a cuidar", ya que los pueblos, a diferencia de los ricos, siempre han sabido cuidarse solos y no necesitan policías ni soldados. Quieren diseñar y aplicar sus propios proyectos de desarrollo "para salir de la pobreza en que vivimos", sin necesidad de ser dependientes ni de pedir permisos o limosnas. Quieren una nueva relación con sus gobernantes y los quieren elegir directamente, porque así "nos respetan y los respetamos, nos obedecen y los sabemos obedecer".

Los Diálogos de San Andrés contribuyeron, de una manera extraordinaria, a comunicar, potenciar y sistematizar las reflexiones sobre las experiencias de las comunidades y los pueblos indígenas; no en un proceso fundamentalista de rescate literal del pasado sino en un reencuentro de la flexibilidad que ha caracterizado sus historias y que las hace pertinentes para afrontar los grandes problemas contemporáneos. No se trata de una vuelta a los orí-

genes. Es, sobre todo, un diálogo: entre indígenas y no indígenas, mestizos y no mestizos. Un diálogo desde la propia voz: la nueva, la recuperada, la que siempre estuvo ahí. La emergencia de los indígenas como actores sociales y políticos es una cuestión nacional y, a la vez, inseparable de la especificidad de cada uno de sus pueblos. Tiene que ver con la persistencia de sus culturas y es, al mismo tiempo, algo nuevo: la actualización de sus experiencias históricas y culturales, interrogadas desde los problemas contemporáneos y en la búsqueda de horizontes de futuro. Es lo que ocurre en las pequeñas aldeas, pero también lo que atraviesa los medios masivos de comunicación y los espacios de debate nacionales e internacionales. Al constituirse y cobrar fuerza como actores sociales, las personas y los colectivos que provienen de los pueblos indígenas conservan y resaltan su pluralidad, ya que sus identidades incorporan, explícitamente, dos dimensiones de alteridad: la que los distingue de los mestizos y la que se refiere a cada uno de sus pueblos. Los procesos que conducen a las formulaciones unitarias resultan entonces siempre provisionales, sujetos a la revisión y al refrendo de los pactos.

Neil Harvey llama la atención sobre la necesidad de rediscutir la relación entre lo social y lo político al abordar la construcción de la democracia desde abajo, desde las experiencias de los pueblos zapatistas, que se preguntan, sobre todo, cómo se ejerce el poder y no únicamente quién lo ejerce. Porque se trata, nos dice, de una lucha de resistencia contra el poder del mercado y del Estado que conlleva la politización de los espacios sociales, donde la democracia se convierte en una tarea colectiva que permite a los pueblos definir y cumplir las tareas comunes, en el marco de un proceso conflictivo de enfrentamiento con el poder. Más que una prerrogativa individual, la democracia reclama el disfrute colectivo de la justicia social. Involucra un proceso, una historia, y no sólo un momento al que se llega de una vez y para siempre cuando, como dicen los liberales y los neoliberales, se establecen un conjunto de reglas del juego aceptadas por la mayoría. Según Harvey, no bastan las definiciones universales de la ciudadanía sino que se requiere del seguimiento cuidadoso de los procesos sociopolíticos a través de los cuales se construye la ciudadanía como un concepto culturalmente significativo, y no como una consecuencia casi inevitable de la modernización[9].

Por último, un debate sobre la democracia que permita escuchar las voces indígenas obliga a rediscutir los conceptos de "tradición" y "modernidad", hondamente anclados en el sentido común que heredamos del siglo pasado —o antepasado— y que han vuelto a colonizar el pensamiento de nuestros días. La dicotomía simple y simplificadora, en la que subyace una concepción evolucionista de la sociedad, se esgrime como clave explicativa. Desde esta perspectiva se considera, por ejemplo, que la "transición a la democracia" y la "globalización" constituyen procesos irreversibles, que avanzan sobre una autopista pavimentada y de un solo sentido, y que están destinados inevitablemente a atropellar a quienes estorben su paso: a los indígenas, entre otros. Antropólogos como George Balandier han advertido con insistencia sobre los peligros totalitarios de estas ideas de "progreso". Es necesario contar con modelos teóricos más flexibles, abiertos a la posibilidad de investigar tanto las continuidades como las inestabilidades y los quiebres catastróficos que interrumpen o modifican las tendencias previas. Hace falta "diferenciar las diversas manifestaciones actuales del tradicionalismo", sin reducirlas a una vaga idea de permanencia y sin identificarlas con un "fijismo" o una vuelta al pasado. Los tradicionalismos no son transparentes ni unívocos —como tampoco lo son los sentidos de la modernidad— y pueden tener un funcionamiento estratégico y semántico: como claves explicativas que hacen comprensibles los cambios[10].

[1] Sartori, Giovanni. *¿Qué es la democracia?* Ed. Nueva Imagen, México, 1997, Segunda Edición.
[2] Saramago, José. *Este mundo de la injusticia globalizada.* Texto leído en la clausura del Foro Mundial Social reunido en Porto Alegre, Brasil, febrero de 2002.
[3] Amin, Samir. "Capitalisme, impérialisme, mondialisation". www.nordsud21.org/PDF/cahier/mondialisation/ samiramin11.pdf –
[4] Taussig, Michael. *Un gigante en convulsiones. El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente.* Ed. Gedisa, Barcelona, 1995.
[5] Touraine, Alain. *¿Qué es la democracia?* FCE, Buenos Aires, 1994.
[6] Robert, Anne-Cécile. "Retrouver la volonté d'agir. Vive la crise politique!". *Le Monde Diplomatique,* junio de 2002.
[7] Roy, Arundhati. "La hora de contar nuestras propias historias. Cómo enfrentar al Imperio". Intervención en el Foro Social Mundial, en Porto Alegre, Brasil, enero de 2003.
[8] Saramago, José. *Este mundo de la injusticia globalizada.* Texto leído en la clausura del Foro Social Mundial, en Porto Alegre, Brasil, febrero de 2002.
[9] Harvey, Neil. *La rebelión en Chiapas. La lucha por la tierra y la democracia.* Ediciones Era, México, 2000.
[10] Balandier, George. *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales.* Ed. Gedisa. Barcelona, 1990.

Nuestra América:

entre el racismo y la liberación

Francisco Pineda

En memoria
de Ruy Mauro Marini

Y del partido PAN, les digo que de por sí sabíamos que iban a votar en contra de los pueblos indios porque es un partido racista.

Porque el PAN sólo le gusta ver a los indígenas como sirvientes en sus grandes casas o pidiendo limosna.

Por eso no pueden respetar los derechos y la cultura indígenas. Porque los panistas son los herederos de aquellos conquistadores españoles que sembraron el terror y la muerte en las tierras indias de México.

Comandante Tacho,
Ejército Zapatista de Liberación
Nacional, 2003.

I

Cuando aquella famosa expedición marítima llegó a la pequeña isla Guanahaní, el 12 de octubre de 1492, el almirante Cristóbal Colón bajó de una barcaza armada, en un paraje de las Bahamas, con árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. De inmediato, como símbolo de poder, clavó tres banderas con insignias de Castilla y pidió a sus escribanos que dieran fe de cómo él tomaba posesión de dicha isla a nombre del rey y la reina. Luego, cuando se juntó la gente del lugar, se registró la primera imagen de los nuevos "indios". Sus cuerpos, sus corazones y su potencial defensivo fueron los objetos primordiales de la representación originaria. Y con esa imagen de "indio" se trazó una estrategia de poder de larga duración. Como apuntó Eduardo Galeano, el 12 de octubre de 1492 América descubrió el capitalismo.

Colón conoció pronto que ésta era gente amistosa y franca. "Mas me pareció que era gente muy *pobre de todo*". Les ofreció unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se pusieron al cuello, y otras cosas muchas de poco valor que aceptaron con mucho placer. Más tarde, dice, los habitantes de aquella isla llevaron a nado hasta las barcas de los visitantes, papagayos e hilo de algodón en ovillos y azagayas que trocaban. Todo tomaban y daban de buena voluntad.

Estos hombres y mujeres de buenos gestos y bien hechos —"de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras; los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballo"— no eran los monstruos que, según la fantasía europea, habitaban en la India. "En estas islas hasta aquí no he hallado hombres *mostrudos* como muchos pensaban", escribió. Pero en ello, estaba atemorizado y se mantuvo alerta; creyó entender que más allá de esas islas "había hombres de un ojo y otros con hocico de perro que comían los hombres".

Poco a poco, la narración de quien será el primer almirante, virrey y gobernador de la era colonial descubrirá los propósitos de poder que se perseguían en aquel viaje. "Porque esta gente es muy *simplice* en armas, como verán Vuestras Altezas... porque con cincuenta hombres los tendrán todos sojuzgados y les harán hacer todo lo que quisieren... Ellos no traen armas ni las conocen". Al siguiente día, abundó en la descripción de los cuerpos, entre otros motivos, porque ahí encontró rastros de aquello que más le interesaba. "Luego que amaneció vinieron a la playa muchos de estos hombres, todos mancebos, como dicho tengo... Y

yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vi que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el *Sur, que* estaba allí un rey que tenía grandes vasos de ello, y tenía muy mucho".

Así, buscando encontrar el codiciado metal, el 17 de octubre de 1492, por primera vez en su diario de viaje, Colón les llamó "indios" a los habitantes de estas tierras. Al mediodía, partió hacia el sitio donde esperaba encontrar ese elemento denso, blando y amarillo, "porque aquella parte (indicaron) todos estos *indios* que traigo y otro de quien hube señas en esta parte del Sur a la isla a que ellos llaman Samoet, adonde es el oro". Quinientos años después, Galeano observará que, en su diario, el almirante escribió 139 veces la palabra oro y 51 veces la palabra Dios o Nuestro Señor.

El despojo

> Vinieron. Ellos tenían la Biblia y nosotros teníamos la tierra. Y nos dijeron: "Cierren los ojos y recen". Y cuando abrimos los ojos, ellos tenían la tierra y nosotros teníamos la Biblia.
>
> Desmond Tutu.

El 12 de noviembre de 1492, ya Colón sacaba sus conclusiones para la sujeción y el despojo: "Así que deben Vuestras Altezas determinarse a hacerlos cristianos, que creo que si comienzan, en poco tiempo acabarán de haberlos convertido a nuestra Santa Fe multidumbre de pueblos, y cobrando grandes señoríos y riqueza todos sus pueblos de la España, porque sin duda hay en estas tierras grandísimas sumas de oro".

Sólo seis meses después de aquella representación de poder, efectuada con banderines en Guanahaní, la usurpación territorial será santificada por Rodrigo de Borgia en el Vaticano. Este otro personaje, nacido en Valencia, padre de Lucrecia y de César Borgia, afamado por su vida licenciosa y corrupta, había ascendido al trono de San Pedro por medio de sobornos, en el mismo año de 1492. Investido con el título de Alejandro VI expidió la bula papal *Inter Caetera* (Entre otras cosas), el 3 de mayo de 1493, para el "queridísimo hijo en Cristo Fernando y a la queridísima hija en Cristo Isabel, ilustres reyes de Castilla, León, Aragón y Granada". En ese documento el Papa pontificó que, haciendo uso de la plenitud de la potestad apostólica y con la autoridad de dios omnipotente, supremo poder celeste que él decía detentar en la tierra, y a tenor de las presentes: "os donamos, concedemos y asignamos perpetuamente, a vosotros y a vuestros herederos y sucesores en los reinos de Castilla y León, todas y cada una de las islas y tierras predichas y desconocidas que hasta el momento han sido halladas por vuestros enviados y las que se encontrasen en el futuro y que en la actualidad no se encuentren bajo el dominio de ningún otro señor cristiano, junto con todos sus dominios, ciudades, fortalezas, lugares y villas, con todos sus derechos, jurisdicciones correspondientes y con todas sus pertenencias; y a vosotros y a vuestros herederos y sucesores os investimos con ellas y os hacemos, constituimos y deputamos señores de las mismas con plena, libre y omnímoda potestad, autoridad y jurisdicción. Declarando que por esta donación, concesión, asignación e investidura nuestra no debe considerarse extinguido o quitado de ningún modo ningún derecho adquirido por algún príncipe cristiano."

Por más omnipotente que se creyera (tal discurso manifiesta una angustia de impotencia), Rodrigo de Borgia nunca supo que esa apropiación territorial sumaría aproximadamente 42 millones de kilómetros cuadrados, la segunda masa continental más grande del planeta. Borgia debería, por ello, ser venerado por el poder, igual que Colón, y ostentar el record de Guiness, en la categoría de usurpaciones. Pero el poder prefiere no hablar de Ro-

drigo de Borgia y esa empresa le ha dado dos records, por otros motivos: por ser el Papa más corrupto y escandaloso de la historia y —equivocadamente— por haber sido el primero en designar como "indios" a los habitantes de este continente. Según Rodrigo de Borgia, "los indios, como se suele decir", eran "una inmensa cantidad de gente que según se afirma van desnudos y no comen carne... y parecen suficientemente aptos para abrazar la fe católica y para ser imbuidos en las buenas costumbres".

Los argumentos del histórico discurso alejandrino fueron doctrinales y jurídicos, pero también contenían aquel sentido militar que involucra todo imperio, el de batir y reducir a la población que será sojuzgada por "el honor del mismo dios y propagación del imperio cristiano"; para "reducir a sus pobladores a la aceptación de nuestro redentor y a la profesión de la fe católica", y para "que se procure la salvación de las almas y que las naciones bárbaras sean abatidas y reducidas a dicha fe".

En las costas de Colombia —relató Martín Fernández de Enciso en *Summa Geográfica*— cuando los españoles exigieron la rendición a los caribes, arguyendo que el Papa era señor de todo el universo y que él había hecho merced de aquella tierra al rey de Castilla, los caribes respondieron: "que el Papa debía estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el rey, que pedía y tomaba tal merced, debía ser algún loco, pues pedía y ofrecía lo que era de otros. Y que fuese allá el rey a tomar la tierra, si se sentía capaz, que ellos le pondrían la cabeza ensartada en un palo".

Los caribes manejaban la canoa con destreza y sus flotas a veces llegaron a tener hasta cien piraguas dotadas de velas, por lo cual, también lograron poblar islas del mar que lleva su nombre. Hicieron una tenaz resistencia a la invasión colonial armados de cerbatanas, mazas, hachas de piedra, arcos y flechas con la punta envenenada con curare. En el siglo XVII, los caribes fueron exterminados y su nombre, no el genocidio, se usó como sinónimo de barbarie. Los exterminadores se autonombraron salvadores.

La fuerza de la resistencia a la invasión explica el empeño colonial en ganar la guerra de los corazones y las mentes. La doctrina es, desde entonces, que los cautivos de la guerra también sean cautivados en el alma, para mejor provecho económico y militar del poder. Las órdenes de religiosos y soldados coloniales extendieron su rango de poder y se hicieron de las dos fuentes de riqueza: la tierra y la fuerza de trabajo. Según esto, los emperadores tuvieron a bien mandar que no matasen a los indios, sino que los guardasen y se sirviesen de ellos.

Como resultado de la guerra colonial con armas, música y símbolos se produjo el despojo, la explotación, el sometimiento y la esclavitud, junto con el genocidio. El Consejo Indígena Misionero, CIMI, por ejemplo, ha estimado que antes de la ocupación europea, en tierras brasileñas vivían más de cinco millones de personas, pertenecientes a 970 pueblos diferentes. Actualmente, ahí la población indígena no alcanza el medio millón de habitantes. La eficacia del poder racista consiste en que, en muchos casos, logró imponer además una imagen de "superioridad moral" de los opresores. Sólo con la rebelión, los humildes se hicieron fuertes y los poderosos débiles.

> Estoy muy contento por haber recibido la carta que mandaste y también el venerable papel de mi señor el santo Obispo. Una sola cosa digo a ustedes y a los venerables santos curas. ¿Por qué no se acordaron o se pusieron alerta cuando nos empezó a matar el señor gobernador? ¿Por qué no se ostentaron o se levantaron en nuestro favor, cuando tanto nos mataban los blancos? ¿Por qué no nos tuvieron lástima cuando esto sucedió? ¿Y ahora se acuerdan, ahora saben que hay un verdadero Dios? Cuando nos estaban matando, ¿no sabíais que hay un Dios verdadero?
>
> Ahora no acertáis ni tenéis ánimo para recibir el cambio de vuestros azotes. Porque si os estamos matando ahora, vosotros primero nos mostrasteis el camino. Si se están quemando las casas y las haciendas de los blancos, es porque habéis quemado antes el pueblo de Tepich, y todos los ranchos en que estaban los pobres indios, y todo su ganado lo comieron los blancos. ¡Cuántas trojes de maíz de los pobres indios rompieron, para comer, los blancos, y cosecharon las milpas los mismos blancos, cuando pasaban por ellas, buscándonos, para matarnos con pólvora!
>
> Veinticuatro horas os damos para que nos entreguéis las armas...
>
> Capitanes Caamal, Hau, Chim y Poot,
> rebelión maya, 1848.

Manufactura de la imagen

Inicialmente, la imagen de "indio" se produjo en discursos del poder y para el poder: del almirante hacia los reyes y del Papa *hacia* los reyes; un triángulo conformado por el monopolio de la fuerza, la riqueza y la verdad. En los dos acontecimientos originarios de la indianidad, "pobres de todo" significa despojados de todo, de sus tierras, de sus cuerpos, de sus almas. La designación racista de "indio" será también un designio colonial: el despojo de todo.

Más tarde, también será un discurso dirigido a los propios pueblos sojuzgados, con representaciones religiosas, indianistas, raciales o étnicas que buscan clasificar, jerarquizar y volver aceptable la imagen que se ha producido desde el poder y para el poder.

Con la indianización original de toda la población, tras la derrota militar y el genocidio, aquel fue un discurso que hablaba de la "salvación" por medio de evangelizadores, encomenderos y corregidores. Más tarde, el medio privilegiado será la castellanización y, el objetivo manifestado, no la "salvación" sino la desaparición del indio. Tal propósito también dio lugar a una reificación del indio muerto. En el siglo XIX, el genocidio se cometió junto con loas dedicadas al pasado arqueológico de quechuas, mayas, zapotecos, mexicas o teotihuacanos.

Esta vez se completó el despojo de casi todo el territorio (con campañas militares desde Canadá, el *western,* Yucatán o el Caribe hasta la Araucanía) y se realizó el sometimiento de casi toda la población como fuerza de trabajo. Los nuevos recursos tecnológicos de las potencias dominadoras —barcos de vapor y ferrocarriles o fusiles de repetición y dinamita— junto con un racismo febril y la ahora llamada "fiebre del oro", propulsaron el nuevo genocidio al que se llamó cínicamente "pacificación".

> La "Pacificación de la Araucanía" nombre con que la historia oficial recuerda una operación militar que se caracterizó por su carga de muerte y destrucción, marca el fin de la Independencia de la nación mapuche, la cual desde entonces es obligada a vivir en pequeñas "reducciones" para facilitar *así la* entrega de sus fértiles tierras a colonos chilenos y extranjeros que impulsarían el tan ansiado progreso. Concluido este proceso, los distintos gobiernos chilenos se encargan de promulgar una serie de "leyes indígenas" que tenían como único objetivo reducir al máximo las pocas tierras habitadas por los mapuche, a favor de la explotación agrícola y ganadera de los grandes terratenientes. Por ello, para comprender la lucha que desarrollan hoy las distintas comunidades mapuche en demanda de sus tierras, es necesario considerar que fue el Estado chileno quién ocupó el territorio de la nación mapuche a través de la fuerza... Esta situación ha traído graves consecuencias, siendo la principal de ellas la violación del derecho de autodeterminación del pueblo mapuche por parte del Estado chileno.
>
> Coordinadora Mapuche Arauco-Malleco, 1999

A la par se produjo un enorme flujo migratorio hacia América, principalmente con aventureros pero, también, con los pobres y rebeldes expulsados de Europa, Asia y Medio Oriente, incluso con esclavos chinos. En casi todos los países del continente se promovió la idea de "blanquear al indio": hacerlo

blanco de los ataques militares y reducirlo demográficamente por medio de batallas culturales, la eliminación de las lenguas propias, la inmigración europea, la fe en las estadísticas y la "ciudadanía".

El deslizamiento del discurso público del poder, hacia el exterminio —en lugar de la "vida eterna"— y hacia la lengua —en lugar del alma— formó parte de la modernización cuando, tam-

bién, en América la figura del rey-dios fue actualizada con la figura del contrato social. Hasta ese momento, los principios rectores tuvieron una manufactura romana —exterminio, ley, fe y civilización— en mezcla con aquellos otros, como el progreso, que florecieron durante el iluminismo y la Revolución Francesa. "Es la civilización que avanza contra la barbarie. Es un pueblo ilustrado que va a llevar la luz de la civilización a un pueblo en tinieblas. Somos los griegos del mundo. Nos toca, pues, iluminarlo", dirá Víctor Hugo.

Con el racismo moderno, los infieles transitaron al estado de incivilizados y la "inmensa cantidad de gente" empezó a ser transformada en "grupos minoritarios", por medio de la imaginería y la guerra. La síntesis se hizo dilema para los pueblos y emblema para los oligarcas: civilización o barbarie.

Como observó David Viñas, "la integración que corre por cuenta del 'civilizador' se desplaza hacia el 'bárbaro' que debe convertirse o desaparecer; adscribirse a los valores del conquistador, en identificatoria sumisión, o perecer. La misión del blanco explicita así su privilegio carismático: rendición incondicional o aniquilación".

El efecto de poder de esa táctica fue la construcción de una nueva mayoría sometida, el "mestizo". En este caso, clave para la explotación capitalista, el racismo opera como justificación ideológica de la jerarquización de la fuerza de trabajo. Tal como señala Immanuel Wallerstein, una de las funciones principales del racismo moderno es alegar a favor del reparto diferencial de las posiciones en las estructuras económicas, con rasgos "genéticos" y culturales. Pero el racismo siempre es *post hoc*, agrega. "Se ha afirmado que aquellos que están económica y políticamente oprimidos son culturalmente 'inferiores'... El racismo ha servido como ideología global para justificar la desigualdad". Además, sostiene, el término mestizo proclama una ausencia de identidad y, en este sentido, corresponde a las relaciones sociales capitalistas que son un "disolvente universal". Todo se reduce a una forma de mercancía, cuyo único criterio de valoración es el dinero. Quizá por esto la invención del "mestizo" fue tan exitosa.

> Siempre luchamos por cambiar esto. Hemos realizado marchas, papeleos, diálogos, comisiones técnicas, defensa con abogados, etcétera. En este trajinar por carreteras, pasillos y oficinas, hemos entendido mejor al país. Hemos hallado que aun los que se sienten dueños de sus vidas y de las nuestras, ellos también son discriminados por otros más poderosos. Hemos encontrado que su democracia es sumamente limitada. Las mayorías no tienen real acceso a las decisiones a los momentos importantes.
>
> Cada cinco años se repite la caravana de promesas y ofertas, se vota por quien ofrece mejores cosas y luego las cosas siguen igual para los de abajo: hambre, crisis y más miseria y así, hasta cinco años después. Entonces la democracia no se aplica por igual para todos. Los grandes marginan a los medianos, éstos a los más pobres y éstos a los invisibles, a nosotros.
>
> Tal vez esa condición de estar al final de la cadena, nos hace ver más claro: el sistema está mal.
>
> Pablo Rivero, pueblo Weehnayek, Bolivia, 2002

Además, bajo esa figura de apariencia "genética", la mayoría mestiza, se trató de reforzar la idea de que, si los antiguos dueños ya no existen, tampoco hay lugar para reclamación alguna. Apareció simultáneamente la figura de "indio puro" y con la pureza de la sangre —que antes fue un recurso de autentificación aristocrática— se trató de autentificar la idea de la desaparición de los pueblos originarios y de sus legítimos derechos. Ambas figuras, "mestizo" e "indio puro", avaladas por una "verdad científica", las apariencias, son piezas clave para sostener y extender el despojo de los territorios. El proceso se continuó del siguiente modo: "Todo individuo que no tenga propiedad legítima de qué subsistir, será reputado en la clase sirviente" (Bando sobre policía de la campaña, Argentina, 1815). Luego vino la maquila de la imagen y el poder racista habló de indígena como "discapacitado", migrante "ilegal" o como enemigo interior.

> Poder necesitas de odio, temor, divisiones. Colores y castas: herencia de segregaciones. Miedo a los otros, a costumbres distintas. Poder necesitas de nombres, disfraces y reglas.
>
> Barzino con india: calpamulato, mestizo con blanca: castizo, mestiza con blanco: castizo cuatralbo, china con lobo: jíbaro, indio con loba: tente en el aire, indio con negra: zambo, blanco y albina: saltapatrás, cambujo con india: zambaigo. Indio y mestiza: coyote, mestizo con india: cholo, negro con zamba: zambo prieto, blanco y mulata: morisco, blanco con negra: mulato, lobo con

negra: chino, negro con india: jarocho, indio con negra: lobo.
Sangre con sangre, mujeres y hombres. Nuestras diferencias somos, no hay pureza. No hay pureza.

Maldita Vecindad y Los Hijos del 5° Patio, México, 1996

En conjunto, considerando su variabilidad histórica, el discurso del poder que habla de "indio" es un mecanismo de colocación en la posición de pobres de todo-despojados de todo: incivilizados, infieles; pueblos sin territorio, sociedades preestatales, ágrafas, grupos minoritarios; o en notas actuales de la prensa mexicana, por ejemplo: desalojado, desamparado, desaparecido, descalzo, desconfiado, desconocedor, desfalcado, desgraciado, desigual, desnutrido, despiadado, desplazado, desprotegido, desterrado, disfuncional, disímil, disipado, disminuido, disparatado, distante, ignorante, iletrado, ilícito, impúdico, impune, inalcanzable, incapaz, inconstante, incontrolable, indefenso, indolente, indomable, infantil, inocente, insensible... entre más formas de representar e instituir relaciones de poder y despojo.

Tales representaciones históricas del racismo son diversas pero también son semejantes de aquella que produjo la indianización original. Constituyen formaciones imaginarias cristalizadas de los cinco siglos de colonialidad; partes del todo semejantes al todo. Son dispositivos isomorfos que operan como pedazos de un espejo, con la posibilidad de generar en cada fragmento una imagen completa, semejante y diferente a las demás.

En la colonialidad, la imagen racista de "indio" busca hacer comprensible cómo batir y reducir a hombres y mujeres, así como también derrotar y maravillar, cautivar, por medio de placeres ofrecidos en cosas de poco valor, como cuentas de vidrio, "proyectos" y changarros. El racismo instituye diferencias jerárquicas para fundar un poder, donde unos son los despojados y otros son los despojadores de todo.

Pero cuanto más simple parece la noción de "indio", en realidad es más compleja, por la cantidad de significaciones implícitas; por las múltiples posibilidades de uso flexible, incluso rebelde; por la polifonía del "retrato" y su carácter metafórico; por la posibilidad de una realización visual del concepto. Se aplica al quechua, maya, apache, vietnamita, argelino o congoleño, por ejemplo, pero nunca se aplica a los nativos de las metrópolis. Siempre tiene el sentido que marca la colonialidad del poder, concepto que acuñó el peruano Aníbal Quijano. En el discurso de los opresores, a partir de la puesta en escena de muchos rostros en un solo rostro "indio", se traza una especie de partitura racista, dispuesta para ejecuciones múltiples. Por eso, observar el choque de lo "uno" y lo "múltiple" ayuda a comprender el movimiento de esa noción en su "inmovilidad", es decir, sus significaciones diversas y a la vez duraderas a lo largo de los cinco siglos.

II

La otra cara del espejo

No estaban solos, desde el origen de la colonialidad. El 15 de septiembre de 1505, Fernando el Católico implantó la esclavitud africana en estas tierras. El primer contingente de hombres y mujeres secuestrados llegó, ese mismo año, a la segunda isla más grande del Caribe (Haití-Dominicana), para el trabajo, por supuesto, en las minas donde se esperaba encontrar el dios verdadero y codiciado metal. Y en esa acción se instauró otra estrategia de poder de larga duración. Con la esclavitud africana en América se realizaba la dominación simultánea de dos continentes. Nacía un poder mundial y el racismo estaba en el centro, como principio organizador del sistema.

Es esto lo que nos identifica a los pueblos negros de las Américas: hambre, miseria, desempleo, violencia, exterminio de niños y jóvenes, esterilización de mujeres negras y pobres y, en medio de esta caótica realidad, la continua determinación y lucha, por la sobrevivencia y cultura de todo un pueblo.

I Congreso Continental de los Pueblos Negros de las Américas, Brasil, 1995

Se sabe que al comienzo hubo desacuerdo en la cuestión de traer esclavos secuestrados en África. Había temores e intereses diversos. Colón, por ejemplo, fue partidario de hacer los esclavos entre los pueblos originarios de América y propuso exportar los cautivos a Europa. Así, "su descubrimiento" sería renta-

bilizado al máximo. Dado el caso, pidió que sólo se trajeran "si fueren esclavos negros u otros esclavos que hayan nacido en poder de cristianos"; es decir, esclavos adoctrinados en la aceptación del poder.

Francisco Jiménez de Cisneros explicó los temores en 1516. Este cardenal consideraba a los africanos como "hombres sin honor y sin fe y, por lo tanto, capaces de traiciones y confusiones, capaces de imponer a los españoles las mismas cadenas que ellos han llevado". Temía que la fuerza de trabajo notable de los africanos se transformara en fuerza rebelde, igualmente notable, militar y cultural.

> Se habla mucho desde hace tiempo de la autocrítica: ¿se sabe acaso que primero fue una institución africana?
> Frantz Fanon, Martinica-Argelia, 1961

La historia vino a confirmar su notable fuerza rebelde también en el plano militar. El ciclo insurgente del siglo XIX, se abrió con la victoria del pueblo haitiano y llegó a la cima con la batalla de Ayacucho, en que tuvieron una participación destacada, también, los haitianos libertarios.

> En 1803 los negros de Haití propinaron tremenda paliza a las tropas de Napoleón Bonaparte, y Europa no perdonó jamás esta humillación infligida a la raza blanca. Haití fue el primer país libre de las Américas. Estados Unidos había conquistado antes su independencia, pero tenía medio millón de esclavos trabajando en las plantaciones de algodón y de tabaco. Jefferson, que era dueño de esclavos, decía que todos los hombres son iguales, pero también decía que los negros han sido, son y serán inferiores.
>
> La bandera de los libres se alzó sobre las ruinas. La tierra haitiana había sido devastada por el monocultivo del azúcar y arrasada por las calamidades de la guerra contra Francia, y una tercera parte de la población había caído en el combate. Entonces empezó el bloqueo. La nación recién nacida fue condenada a la soledad. Nadie le compraba, nadie le vendía, nadie la reconocía. Ni siquiera Simón Bolívar, que tan valiente supo ser, tuvo el coraje de firmar el reconocimiento diplomático del país negro. Bolívar había podido reiniciar su lucha por la independencia americana, cuando ya España lo había derrotado, gracias al apoyo de Haití. El gobierno haitiano le había entregado siete naves y muchas armas y soldados, con la única condición de que Bolívar liberara a los esclavos, una idea que al Libertador no se le había ocurrido. Bolívar cumplió con este compromiso, pero después de su victoria, cuando ya gobernaba la Gran Colombia, dio la espalda al país que lo había salvado. Y cuando convocó a las naciones americanas a la reunión de Panamá, no invitó a Haití pero invitó a Inglaterra.
>
> Eduardo Galeano, Uruguay, 1996

Aquel cardenal Cisneros que temía la capacidad rebelde de los esclavos, al inicio de la colonización, fue confesor y albacea testamentario de Isabel la Católica; inquisidor general del reino, miembro de la regencia provisional a la muerte de Felipe el Hermoso (el yerno de los reyes católicos, esposo de Juana la Loca); gobernador de Castilla, León, Granada y Navarra; fue el principal promotor de la conversión religiosa forzada y de los bautismos masivos. Este príncipe de la iglesia, a quien se alaba por su "ardiente piedad militante" y su "humanismo", envió, financió y dirigió personalmente operaciones militares en el norte de África; fomentó la artillería y la marina; asimismo, creó el cuerpo paramilitar llamado "gente de ordenanza".

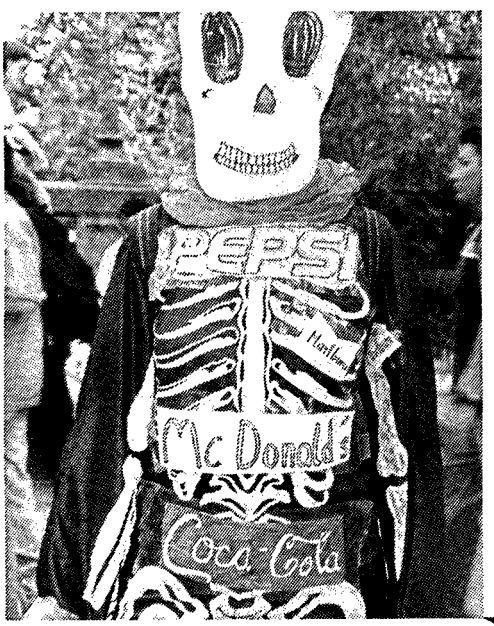
Fray Bartolomé de las Casas fue uno de los promotores de la esclavitud africana. El mismo relata que viajó a Barcelona para pedir al rey que cada uno de los colonos de Castilla pudiera llevar consigo diez "negros esclavos para su servicio en la dicha tierra, la mitad hombres y la mitad mujeres", para que se multipliquen. En los Archivos de Indias, por otra parte, consta que ese fraile pidió 20 esclavos para cualquier español que hiciese un ingenio azucarero. Argumentó así, quizá porque su padre era mercader: "le certificamos a Vuestra Majestad que si la dicha pestilencia dura dos meses o más, el año presente no se sacará oro ninguno en dicha Isla Española (Haití-Dominicana), y si algunos indios pocos quedasen, han de ser para guardar los ganados y sostener las haciendas, y Vuestra Alteza perderá en esta Isla más de 53.000 castellanos (monedas de oro), y se acabará de despoblar la tierra".

Finalmente, como tales argumentos eran de peso, la disputa fue ganada por los que estaban a favor de traer esclavos de África. La Hacienda Real aumentaría sus ingresos expidiendo licencias para secuestrar, esclavizar y matar.

> Somos pueblo, y por tanto sujetos de autodeterminación y autonomía para definir nuestro proyecto histórico de vida legado por nuestros ancestros, con el objetivo de edificar la vida con dignidad y libertad en nuestros territorios.
>
> I Conferencia Nacional Afrocolombiana, 2002

Los negreros y el rey parecían más astutos que los alquimistas, haciendo oro aparentemente de la nada. El monopolio de ocho años para introducir cuatro mil esclavos en Cuba, Haití-Dominicana, Puerto Rico y Jamaica, por ejemplo, se revendió a genoveses y capitanes negreros, por lo que las ganancias de los primeros saltaron de 32 mil a más de 280 mil ducados (monedas de oro) en sólo un año, según calculó Bartolomé de las Casas. Negocios semejantes se hicieron con la introducción de los esclavos en México, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y, por supuesto, Brasil.

Grandes fortunas brotaban de un día para otro, a costa de millones de hombres, mujeres y niños secuestrados. "Vos el dicho Francisco Solórzano del Hoyo habéis de ser obligado de darme y pagar por cada pieza de esclavos negros que capturéis por mi industria y solicitud, y de todas las demás que en cualquier manera hiciereis en Berbería... a seis reales de plata viejos... excepto de las criaturas que mamaren, que de éstas no me habéis de pagar cosa alguna". Los dineros de esas licencias fueron asignados, en parte, para edificar el Alcázar de Madrid y el de Toledo, escribió fray Bartolomé. La guerra española contra los musulmanes, también se costeó así. Más tarde, Inglaterra obtuvo el derecho de suministrar a las colonias españolas 4 800 africanos por año, hasta 1743. Tal tráfico, observó Marx, daba cobertura oficial al contrabando británico y Liverpool creció considerablemente gracias a eso; la trata de esclavos constituyó su método de acumulación originaria.



> México es más negro de lo que acostumbra admitir. En 1640 había cerca de 116 mil esclavos en el país, y durante un siglo ese número aumenta por lo menos mil a cada año. Cuando comienza la lucha por la independencia, en 1810, los esclavos nacidos en México sumaban 624 mil, formando el tercer grupo étnico más numeroso, después de indígenas y de mestizos. Teniendo en cuenta los prejuicios contra los mexicanos de piel más oscura, es bueno recordar que por lo menos dos padres de la patria —José María Morelos y Vicente Guerrero— eran descendientes de africanos.
>
> John Ross, 1998

El racismo es mucho más que prejuicios, es un despojo de la condición humana. En la compra-venta, al esclavo se le observaba la dentadura o se le lamía el sudor, para calcular el precio de la "pieza". En ocasiones se les herraba con un sello candente o calimbo: "negra de nombre Mónica, de tierra de Biafra, alta de cuerpo, con letras en la cara que dicen doña 'Francisca Calderón' (propietaria) y su hijo mulato de 10 meses", vendidos en la ciudad de México por 471 pesos de oro, en 1563. Un estudio de Lourdes Mondragón recuerda que las primeras marcas candentes fueron cruces y jesuses. Poco después, fueron estigma: "porque como el hierro en la cara del esclavo muestra que es fugitivo, así las floridas pinturas del rostro son señal y pregón de rameras" (Fray Luis de León).

Al trabajador esclavo, *instrumentum vocale*, apenas se le distingue del animal, *instrumentum semivocale*, y de la herramienta, *instrumentum mutum*, según expresiones antiguas. Pero él mismo, en su rebeldía —escribió Marx— "hace sentir al animal y la herramienta que no es su igual, sino hombre. Adquiere el sentimiento de la propia dignidad, de la diferencia que lo separa de ellos, maltratándolos y destrozándolos *con amore*."

> En Colombia, se llamaban *palenques* los poblados de negros libres que escapaban de la esclavitud para, ahí, vivir vida de gen-

te y cultivar a gusto por las raíces africanas. En Venezuela, esos poblados de "salvajes no domesticados" recibieron el nombre de *cumbes* y, en Brasil, *quilombos*.

El 20 de noviembre de 1695, en Brasil, era destruido el quilombo de Palmares, la República libre de rebeldes negros liderados por Zumbi.

Zumbi y Benkos Biohó ni de lejos fueron los únicos. La historia de la resistencia negra en el continente americano recuerda otros nombres famosos, como Bayano (Panamá), Ventura Sánchez (Cuba), Cudjoe y Nanny (Jamaica), Andresote (Venezuela), Yanga (México), Nat Turner (Estados Unidos), Dessalines, Henry Christophe y Toussaint L'Ouverture (Haití), Francisco Congo (Perú).

Revista *Sem Fronteiras,* Brasil, 1997

Durante todos esos años los pueblos de África fueron devastados. En el norte y en la costa atlántica la cacería de esclavos se ejecutó masivamente. El impacto fue inmenso, incuantificable el dolor y el odio. Recientemente se ha estimado que fueron 200 millones de hombres, mujeres y niños africanos los que perdieron la vida, durante el desplazamiento forzado o anteriormente, en la resistencia al secuestro. La *Enciclopedia Británica* expone que solamente en el Congo —entre 1886 y 1908— desaparecieron de 12 a 22 millones de personas a causa de la brutalidad imperialista y la esclavitud. El genocidio de los africanos despobló el continente y esto tuvo un impacto devastador que se prolonga a la época contemporánea, en África y en América.

El sistema colonial, las deudas públicas, impuestos modernos, proteccionismo, guerras, fueron los vástagos del capitalismo y el gran robo herodiano de los inocentes. "Estos métodos —agregó Marx— se fundan sobre la violencia más brutal. Pero todos ellos recurren al poder del Estado, a la violencia organizada y concentrada de la sociedad... El trato dado a los aborígenes alcanzaba los niveles más vesánicos, desde luego, en las plantaciones destinadas exclusivamente al comercio de exportación, como las Indias Occidentales, y en los países ricos y densamente poblados, entregados al saqueo y el cuchillo, como México... Si el dinero, como dice Augier, 'viene al mundo con manchas de sangre en una mejilla', el *capital* lo hace chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies."

También en los bateyes tenemos el sistema de los jefes, que se componen del superintendente, mayordomo, jefe-campo y capataz, más la Guardia Nacional que es una fuerza muy represiva que está en nuestras comunidades. Esta estructura militar y represiva es más violenta hacia las mujeres. Sienten a las mujeres como su propiedad y por eso las violaciones a las mujeres en nuestras comunidades son muy altas.

En la última deportación tenemos más de 150 niños que quedaron sin madre, ya que fueron deportadas a Haití. Otros tantos pequeños murieron, aún las madres gritando a los militares que por favor las dejaran llevar sólo a sus hijos. Y los militares les negaban.

También en una comunidad en la zona de Santiago, en el norte, quedaron una gran cantidad de niños de meses, sin familia; no sabemos qué pasa con esos niños porque jamás los encontramos. No podemos afirmar que esos niños hayan sido tomados para venta de órganos. Pero sí sabemos que no han aparecido.

Solain Pier, Haití-República Dominicana, 1997

Actualmente, se estima que hay entre 75 mil y 150 mil esclavos en Haití y de 300 mil a 500 mil en Brasil. En todo el mundo podrían ser 27 millones, según cifras cotejadas en diversas fuentes por Kevin Bales. Pero la esclavitud contemporánea es diferente de la pasada en algo muy importante. En 1850, en Alabama, se vendía un esclavo a un precio equivalente de 30 mil dólares actuales; hoy se puede vender un esclavo en cien dólares, por deudas de esta magnitud que son impagables para millones de personas. Al abaratarse, esta forma de sujeción se ha propagado rápidamente por todo el planeta. Las políticas neoliberales han engendrado un nuevo tipo de negrero. Los tecnócratas y la clase política, que administran los intereses de los poderosos, ya no tienen que expedir licencias para el secuestro-esclavitud-muerte, sólo dejan hacer y dejan pasar.

En 1971, el obispo brasileño Pedro Casaldáliga denunció la esclavitud en su país, cuando recién se iniciaba la expansión capitalista en la selva amazónica, bajo el régimen militar. Investigaciones posteriores demostraron que ese no era un caso aislado, sino una práctica que se extendía en toda la región y que se

hallaban comprometidos los grandes grupos económicos de Brasil, como Bradesco, BCN o Bamerindus. Una de las denuncias más famosas, a finales de la década de 1980, fue en contra de Volkswagen, por la esclavitud que ejercía en la hacienda del *Valle* del Río Cristalino, en Pará. En esto, es útil tener presente lo que destacó Ruy Mauro Marini al elaborar la teoría de la superexplotación: que la producción capitalista supone la apropiación directa de la fuerza de trabajo y no sólo de los productos del trabajo; en este sentido, la esclavitud es un modo de trabajo que se adecúa más al capital que la servidumbre.

Según cifras recientes, la población de origen africano en el subcontinente suma aproximadamente 150 millones, entre "negros y mulatos", sin considerar los datos de naciones como México, Perú o Panamá. Los países en donde es mayor la presencia de la población de origen africano son: Brasil con 75 millones; Colombia, 31 millones; Venezuela, 17.4 millones; Haití, 7.6 millones; República Dominicana, 6.9 millones; Cuba, 3.7 millones y Jamaica, 2.4 millones.

> Nosotros, pueblos indígenas, movimiento negro, movimientos sociales y entidades articuladas en el movimiento Brasil: 500 años de Resistencia Indígena, Negra y Popular hacemos una lectura de nuestra historia a partir de un lugar bien definido: el de los que sufrieron y lucharon contra la expoliación colonial y la explotación de clase, el de los condenados de la tierra, el de las periferias de las ciudades y de la historia oficial...
>
> Vamos conmemorar sí, las victorias y las derrotas de una lucha siempre desigual: de un lado la riqueza, el poder, las armas, el desprecio por la vida y la arrogancia de clase, de otro lado, la vida colectiva, el trabajo humano, los desposeídos de todo, la solidaridad de clase, la humildad y generosidad anónimas, la infinita esperanza.
>
> En el marco de estos 500 años, vamos celebrar también el futuro. Herederos de un pasado de resistencia y lucha, tracemos la certeza de que, a pesar de tantas desigualdades e injusticias que permanecen, construiremos una sociedad libre y justa, marcada por la igualdad y por la fraternidad, sociedad soñada que tanto buscamos y que tantos buscaron antes de nosotros.
>
> 500 años de Resistencia Indígena,
> Negra y Popular, Brasil, 1992

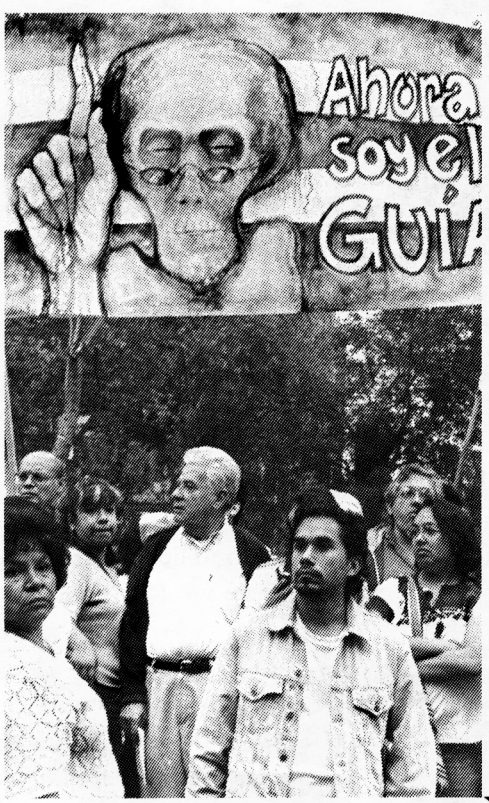
III
La centralidad del racismo

Una de las características del racismo en América es que el Estado, como también las bandas paramilitares que patrocina y encubre, ejercen su violencia organizada especialmente sobre los jóvenes y las mujeres. El exterminio de los "niños de la calle" en Brasil es una forma del genocidio "preventivo" que se ha propagado a otros países. Allá, la mayoría de los muchachos tienen la piel oscura; en Ciudad Juárez, México, además tienen el estigma del sexo femenino. Se les identifica por el color de la piel, la edad o el sexo, se les mata por ser pobres. En Honduras, 1 688 muchachos fueron asesinados impunemente de 1998 a finales de febrero de 2003. Y sobre la espalda se ha grabado con navaja la "función social" del crimen que se comete: "limpiando la ciudad". La prensa racista, para encubrir el carácter sistémico del genocidio, culpa a los propios jóvenes y a las mujeres.

En cuanto la resistencia y la rebeldía indígena cobran fuerza, en Guatemala, Perú, México, Ecuador, Bolivia, Chile o Colombia, aparece también la respuesta del poder racista: masacres, bandas paramilitares, militarización de los territorios indígenas. En Guatemala, por ejemplo, la campaña de tierra arrasada significó que, sólo entre 1981 y 1983, más de 400 poblados indígenas fueran exterminados. De acuerdo con un informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en la masacre de Plan de Sánchez —"dirigida a decapitar el movimiento insurgente a través de la erradicación estratégica de su base de apoyo civil"— 20 jóvenes indígenas entre 12 y 20 años de edad fueron llevadas a una casa donde fueron violadas y luego asesinadas. Se obligó al resto de la población a concentrarse en otra casa y el patio adyacente. Los soldados arrojaron dos granadas de mano al interior y luego dispararon a mansalva sus armas de fuego sobre la casa y el patio, matando a puntapiés o golpes a los niños pequeños. Unas horas más tarde los soldados incendiaron la casa en la que había sido ultimada la mayoría de las víctimas. Esa fue una de las 42 masacres del mes de julio de 1982, que llevó a cabo el ejército guatemalteco, adoctrinado por militares estadounidenses

e israelíes. Esta función homicida del Estado, observó Foucault, sólo puede ser asegurada por el racismo. Un Estado genocida necesariamente es un Estado racista.

> Hace tan sólo seis meses el gobierno dominicano *fue* a Haití a buscar 13 800 braceros. Entra un nuevo director del Consejo Estatal del Azúcar que se suponía progresista. Ese señor se acercó a nuestras organizaciones, y decíamos: por fin vamos a tener casa, escuela, servicios de salud. Le planteamos toda la situación y él nos dijo: lamentablemente ustedes no pueden aparecer en un documento propio o en acápite, ustedes tienen que aparecer a través de sus maridos, su expediente tiene que estar anexado al de sus maridos. Es decir que siempre continuaríamos en ese estado de invisibilidad y de indocumentación.
>
> Nuestras comunidades están separadas totalmente una de la otra. Existe un sistema político que nos ha dividido; por ejemplo a los recién llegados se los llama Congó y se los pone aparte, en casas peores que las que tienen los otros braceros. Cuando llega una epidemia, cobra más víctimas que en todas las otras comunidades, y dentro de esas víctimas están los niños y las mujeres.
>
> Nos han convertido en apátridas. Nos han tenido en una situación de invisibilidad, porque el gobierno alega que no ha traído mujeres, que sólo ha traído braceros.
>
> Solain Pier, Haití-República Dominicana, 1997



Desde el punto de vista del trabajador, la superexplotación se salda con el agotamiento prematuro y la muerte. Por medio de la intensificación del proceso de trabajo y la extensión desmedida y constante de la jornada laboral, que aceleran el desgaste de los trabajadores; por medio de remuneraciones ínfimas, que no alcanzan para reponer tal desgaste, se produce la enfermedad y la muerte. Esta función homicida del capitalismo dependiente, sólo puede ser asegurada por el racismo. El régimen de superexplotación de los trabajadores es necesariamente un régimen racista.

En Bolivia, por ejemplo, el trabajador que percibe el equivalente de dos salarios mínimos no puede alcanzar a cubrir los requerimientos nutricionales indispensables para él y su familia; el déficit salarial/nutricional constante es de 40 por ciento. En Venezuela, tampoco cubren las necesidades mínimas los salarios del maestro de primaria, peón, panadero, cortador textil, conductor de autobús, minero, cajero bancario o comercial, recepcionista de hotel o mecánico. Para el año 2001, en América Latina, se calcularon 317 millones de pobres e indigentes (CEPAL), esto es el 62 por ciento de la población total y siempre son mayoritariamente indígenas y afroamericanos.

En Sao Paulo, el 75 por ciento de las internaciones hospitalarias son causadas por enfermedades provocadas por agua no tratada, y en estos casos la mortalidad alcanza hasta un 50 por ciento. Se trata de "población no blanca", localizada en las áreas más pobres. Un hematólogo sostuvo que la disminución de glóbulos blancos en la sangre, padecimiento de los trabajadores en la siderurgia, obedece al "factor racial" (negro). Por su parte, un ingeniero de la Compañía Siderúrgica Nacional brasileña postuló impunemente tres condiciones del obrero en esa industria: "Fuertes, porque de lo contrario no se aguantaría el tranco. Prietos, porque ésta no es una ocupación para blancos. Y burros, porque si fuesen inteligentes se las arreglarían para hacer algo mejor en la vida". Ahí, en Brasil, el poder pregona que existe un "racismo cordial" y una "democracia racial". Pero, bajo tal cinismo, como dice Galeano, la llamada "democracia racial" se reduce, en los hechos, a una pirámide social: la cúspide es blanca, o se cree blanca, y la base tiene color oscuro.

> Nos oprimen como raza, nos explotan como clase... dado su carácter intrínsecamente ligado a la estructura de clase de la sociedad capitalista, como también por la utilización que el capitalismo hace de las diferencias raciales para superexplotar y oprimir, sostenemos que el racismo y todas las formas de prejuicio y discriminación —racial, de género, por orientación sexual, etcétera— sólo podrán ser totalmente eliminados en los marcos de construcción de una nueva sociedad... Luchar contra el racismo es luchar también contra el sistema que de él se beneficia.
>
> Sindicalistas de la CUT, Brasil, 2000

La otra faceta del régimen de superexplotación, contrainsurgencia y racismo —ahora encubierto como "cambio democrático" o "democracia racial"— es la centralización desenfrenada de la riqueza. La burguesía y la clase política detentan privilegios exorbitantes, lujos e impunidad cada vez mayores. En México, por ejemplo, el presidente gana en términos brutos 251 mil dólares al año. Un secretario de estado obtiene 242 mil dólares anualmente, cifra muy superior que uno de España (68 mil), Francia (82 mil), Italia (156 mil), Estados Unidos (167 mil), Gran Bretaña (189 mil) o Alemania (235 mil), según una investigación realizada por Laura Carrillo y Juan Pablo Guerrero.

Lo mismo sucede en el caso de subsecretarios y directores generales del sector público. Incluyendo las pensiones, a los seis años, el funcionario con nombramiento de director general, en México, sobrepasa ampliamente la percepción de un millón de dólares (1 265 200) y esto es superior que el burócrata de igual nivel en Estados Unidos, Francia, Alemania, Gran Bretaña o Italia. Este sistema de ratería fue creado por Ernesto Zedillo, al mismo tiempo que se ejecutó la masacre de Acteal, un montaje con paramilitares que estaba destinado a acabar con la rebeldía, mediante una ofensiva militar en contra de los pueblos indígenas y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

En el sector privado la rapiña es todavía mayor. En 1991, Carlos Fernández-Vega documentó cómo nació el neoliberalismo en México. De enero de 1983 a febrero de 1991, hubo tasas de crecimiento inverosímiles, hasta por 582 669 por ciento (tal cual), en rendimientos brutos de las acciones de algunas empresas. Actualmente, según *Worldwide Total Remuneration 2001-2002*, un alto ejecutivo empresarial (*chief executive officer*) obtiene ingresos por 867 mil dólares al año, en México, monto superior que el de España (430 mil), Alemania (455 mil), Francia (519 mil), Italia (600 mil) o Gran Bretaña (669 mil). Esto significa que en México, 100 individuos de ésos obtienen más ingresos monetarios que 66 mil trabajadores que perciben menos de un salario mínimo. Se calcula que en la actualidad más de 6 millones de asalariados mexicanos están en esa condición.

Con un salario mínimo, el trabajador mexicano puede comprar cinco litros de Coca Cola. Con la riqueza acumulada por Carlos Slim —11 500 millones de dólares, *Forbes* 2002— se podría aplicar por más de un siglo el programa indigenista del Estado, ejecutando 284 mil acciones, 211 mil proyectos productivos y 73 mil obras de infraestructura.

No hay capitalismo sin racismo, señaló Malcolm X. Ambas relaciones de poder operan conjuntamente y esto involucra un reto para la vida.

> También, piensan estos gobiernos racistas que nosotros los indios no conocemos el mundo. Sepan que nosotros sí conocemos y sabemos de los planes de muerte que se hacen en contra

de la humanidad y también sabemos y conocemos de las luchas de los pueblos por su liberación...

Por eso les decimos a los poderosos del mundo que si ellos se unen para globalizar con la globalización de la muerte, en*tonces* también nosotros vamos a globalizar por la libertad...

La rebeldía ha existido en toda la existencia de la humanidad. Está demostrado. Los zapatistas, nuestro deber es luchar por la humanidad y en contra de los planes y tratados del neoliberalismo del mundo, así como las injusticias de los poderosos del mundo que no conocen ni respetan fronteras. Entonces así tiene que ser nuestra lucha por la justicia y la libertad.

Por eso vamos a luchar por la vida y la humanidad y contra la muerte.

Comandante Mister, Ejército Zapatista de Liberación Nacional, 2003

IV

Sin fronteras

Cuando Ernesto Guevara denunció la intervención imperialista en el Congo, llevada a cabo por primera vez con la bandera de la ONU; cuando denunció los crímenes a mansalva de millares de congoleños y el asesinato de Patricio Lumumba, recordó que la otra cara de la moneda imperialista es un cuadro de hienas y chacales, que la "civilización occidental" esconde, bajo su vistosa fachada.

"Todos los hombres libres del mundo deben aprestarse a vengar el crimen del Congo", reclamó desafiante en el pleno de la Asamblea General de la ONU. Y pudo parecer que sólo era retórica. Pero él no era de ese tipo, sino del que sencillamente suele llamarse rebelde. Ese pronunciamiento fue un reto público y un giro de su carácter temerario. Poco después, el Che estaba combatiendo en el Congo por la liberación.

"Esta es la historia de un fracaso", escribió al iniciar el relato de esa experiencia. Grababa así las dificultades extraordinarias de esa gran alianza que se necesita para vencer al imperialismo. Pero también indicaba el alcance de esta lucha, más allá de las fronteras nacionales, en la escala de los continentes. Crear las condiciones de su posibilidad efectiva está, desde entonces, entre los retos mayores que tiene la liberación.

El problema de las alianzas posibles no es algo menor. Si se considera la cuestión de la unidad de la fuerza rebelde, en principio, parece más cercano imaginar la coordinación en los Andes, que entre los Andes y Brasil. El cuadro de dificultades se repite en el Pacífico, por ejemplo, entre los oprimidos de la costa, la cordillera y la selva. Pero si consideramos que resulta imperiosa esta gran alianza indígena y afroamericana, puede ser que su posibilidad esté, además del reconocimiento de las diferencias, en la semejanza de las condiciones de clase de los explotados. Y este camino no está desandado, es la senda que han recorrido los libertarios, desde Haití. La lección es que la bandera de los libres se alzó sobre las ruinas.

Fuimos derrotados y allí comenzó la más importante historia de nuestro movimiento (el Movimiento 26 de Julio, Cuba). Allí se mostró su verdadera fuerza, su verdadero mérito histórico; nos dimos cuenta de los errores tácticos cometidos y de que faltaban algunos factores subjetivos importantes; el pueblo tenía conciencia de la necesidad de un cambio, faltaba la certeza de su posibilidad. Crearla era la tarea.

Ernesto Che Guevara, Argentina-Cuba, 1963.

¿Cuál es la situación y cuáles son las prioridades de la "clase política" mexicana?

Luis Javier Garrido

El siglo XXI se ha iniciado bajo los signos más adversos para los pueblos del mundo, pues las políticas de la globalización se han transformado en dos decenios en una verdadera guerra económica, política y militar de los grandes intereses multinacionales, encabezados por el gobierno de Washington, contra los derechos fundamentales tanto de los individuos como de las comunidades. Y lo más significativo es que esta guerra de las grandes corporaciones en contra de las mayorías se hace en nombre de "la libertad" y de "la democracia", mostrando que las instituciones políticas euroccidentales, definidas desde el siglo XVIII (democracia representativa, división de Poderes, federalismo, autonomía municipal), operan de manera cada vez más abierta al servicio no de los intereses populares sino de las prerrogativas del capitalismo neoliberal, y ello por un hecho muy evidente: las élites políticas de la mayor parte de esos países están actuando de manera cada vez más funcional a dichos intereses. Y esto ha sido evidente lo mismo ante la imposición del Neoliberalismo en tanto que modelo económico único como de las renovadas ambiciones imperiales del gobierno republicano de Estados Unidos.

Las burocracias gobernantes de América Latina se negaron a debatir en los últimos años del siglo XX sobre el modelo neoliberal y los programas económicos impuestos desde Washington por los organismos financieros internacionales para alcanzarlo, y aunque en diversos sectores de los aparatos de gobierno se evidenciaron serias reticencias para aceptar tales imposiciones, ningún gobierno se ha opuesto oficialmente a los mismos, y sí por el contrario casi todos los han respaldado y han combatido el descontento popular incluso por la vía de la represión. Éste ha sido el caso no nada más de los partidos de la derecha latinoamericana, lo que a nadie extrañaría, sino de las fuerzas políticas que se han situado históricamente a la izquierda, tanto las populares como las socialdemócratas, y que hoy son también funcionales al modelo neoliberal. Lula, quien buscó la presidencia de Brasil en 1990, en 1994 y en 1998 con programas de lucha contra el neoliberalismo, fue electo en 2002 cuando ya había abandonado esa posición. Lucio Gutiérrez, electo presidente de Ecuador en 2002 con un programa antineoliberal, una vez presidente electo viajó a Washington, se plegó a las imposiciones del Banco Mundial y abandonó el discurso contra el neoliberalismo. Y hasta Hugo Chávez, que desde su primera elección en 1998 apareció encabezando una resistencia contra las políticas avasalladoras de Estados Unidos, terminó por centrar sus esfuerzos en la defensa del petróleo venezolano, codiciado por Washington, y toleró que prosiguiera la penetración de las trasnacionales en otros sectores de la economía venezolana. Las burocracias políticas latinoamericanas han tenido divergencias sobre la celeridad con la que deben reconvertirse los Estados nacionales para

dejar la vía libre a los intereses del exterior y con la que han de entregarse las riquezas básicas de sus países al capital foráneo, pero no se han opuesto a los esquemas fundamentales de la globalización neoliberal.

Las ambiciones hegemónicas del gobierno de Washington en el nuevo siglo, que violentan los derechos de los pueblos y trasgreden de manera abierta el orden legal internacional edificado tras la Segunda Guerra Mundial, no han sido tampoco motivo de protesta y ni siquiera de discusión por parte de quienes gobiernan los países del continente. El gobierno republicano de George W. Bush decidió mucho antes del 11 de septiembre de 2001 incumplir, desconocer o negarse a ratificar acuerdos bilaterales (como el NAFTA o TLC) o multilaterales (sobre desarme y crímenes de guerra e incluso en materia ecológica o comercial), cuando éstos pudieran coartar sus políticas de expansión, y negarse a aceptar la autoridad de Naciones Unidas cuando no pudiese controlar las decisiones de la organización internacional, y sin embargo las burocracias gobernantes de casi todos los Estados guardaron silencio ante este desafío al orden jurídico internacional. De la misma manera que cuando, tras el ataque al Pentágono y a las Torres Gemelas, el propio Bush anunció al Congreso estadounidense, el 23 de septiembre de 2001, su decisión de librar, al margen de Naciones Unidas, una serie de guerras contra aquellas fuerzas políticas o sociales estimadas por la Casa Blanca como "terroristas" o contra cualquier Estado sospechoso de encubrir estas actividades; o luego de que, con el pretexto de esa supuesta lucha anti terrorista, su gobierno decidiese coartar en Estados Unidos los derechos civiles de reunión y de asociación, la libertad de información o múltiples garantías procesales. Ni mucho menos cuando, contra la razón y contra el Derecho, iniciase en el otoño de 2001 una guerra genocida contra el pueblo de Afganistán.

La situación que vive el mundo en el nuevo siglo es de una enorme gravedad pues los derechos de las Naciones y de las comunidades, que se creía garantizados de manera universal e irreversible, se han ido tornando inexistentes en el proceso de globalización neoliberal, que busca hacer prevalecer los intereses de las multinacionales por sobre cualquier tipo de derechos, y la responsabilidad de que esto sea así no se puede ocultar: son las burocracias gobernantes de la mayor parte de los países, las que deberían actuar defendiendo los intereses de sus pueblos, y

que han adoptado por el contrario decisiones fundamentales para fortalecer el dominio de esas corporaciones controladas por el capital estadounidense, favoreciendo la consolidación de un estado de injusticia sobre la legalidad nacional e internacional. La pregunta sobre cuál es la situación y cuáles son las prioridades de la llamada "clase política" mexicana, que propone como reflexión la revista *Rebeldía*, es por lo mismo fundamental para determinar cuál es la naturaleza del poder político en la actualidad y cuáles son las posibilidades de los movimientos populares en su lucha democrática.

La primera cuestión sería por lo mismo la de determinar quienes son aquellos que en realidad toman las decisiones fundamentales en el Estado, las que afectan al destino de todos y quienes tienen poder de influir en las mismas: los integrantes de la que, en el habla cotidiana, en el periodismo y en la academia, se ha dado en llamar "la clase política", utilizando una noción del siglo XIX, que hoy día podría no designar a quienes deciden sino a quienes aplican las decisiones tomadas por otros. Habría que recordar que **a)** este concepto llegó a la sociología y a la política a través de las obras del filósofo político conservador italiano Gaetano Mosca (1858-1941), autor junto con Pareto de la teoría de las élites, y precursores ambos del fascismo, y **b)** que si ha prevalecido sobre otros, acaso más precisos, y que se han utilizado como sus sinónimos, como los de "burocracia política", "clase dirigente", "élite política", "burocracia gobernante", "oligarquía política" o "clase gobernante", es acaso debido a su leve caracter irónico. La llamada "clase política" no es desde luego una clase social, es decir un conglomerado humano que se identifica por el lugar que ocupa en el proceso de producción y por el monto que recibe de la riqueza social. La "clase política" sería el conjunto de individuos que, de manera permanente o temporal, asumen los cargos fundamentales de dirección en el Estado, y que, más allá del partido al que pertenecen, se identifican entre sí porque han hecho de la política su profesión, integrando la "alta burocracia política". No conforman toda la élite del poder, sino la que ocupa los cargos públicos, la minoría que gobierna y que no necesariamente es la que toma las decisiones, lo que excluiría a los dueños del capital, que pueden tener más poder de decisión que ellos mismos: a los propietarios de los bancos, a los concesionarios de los medios masivos de comunicación, a los grandes empresarios industriales, a los intelectuales del poder, a la alta jerarquía eclesiástica. Y desde luego a los poderes trasnacionales.

En México, sin embargo, en donde a lo largo de 72 años se consolidó un sistema político de Partido de Estado (1929-2000), la noción de "clase política" sirvió para designar a la burocracia priísta, a los políticos profesionales que hicieron de la política un modus vivendi, a los que sexenio tras sexenio saltaban de uno a otro cargo público, lo mismo los caciques, los líderes del sindicalismo oficial y los políticos mediadores, que los técnicos y profesionistas de presuntos merecimientos académicos que dirigían el sector financiero estatal, los organismos públicos y las empresas del Estado. Y por extensión, también, a los integrantes de los otros partidos políticos, que en los tres últimos decenios del siglo XX, tras las reformas electorales de 1977, 1987, 1989-1990 y 1996 fueron accediendo de manera gradual a cargos públicos legislativos y municipales y a algunos gobiernos estatales: a todos aquellos que, en mayor o menor grado, tuvieron poder de decisión.

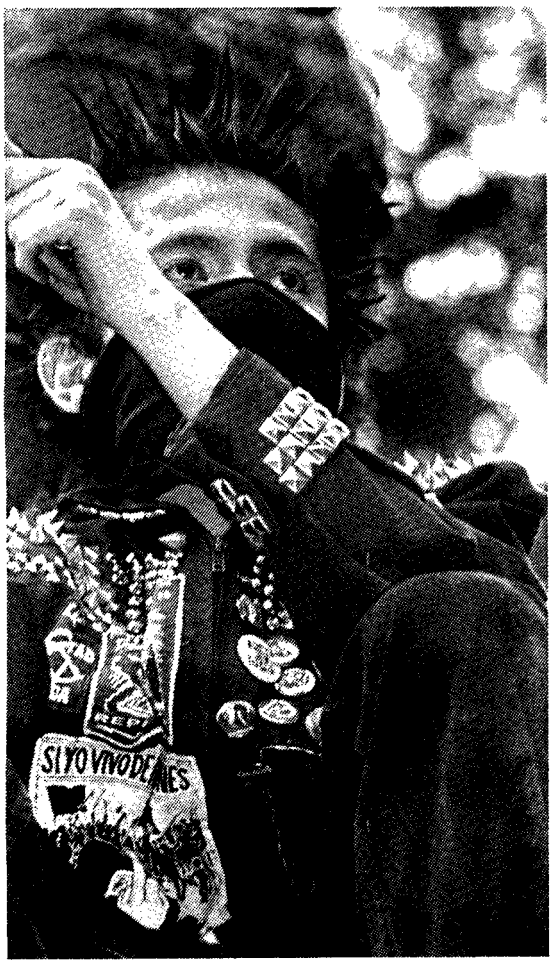
La "clase política" mexicana ha ido cambiando en consecuencia de manera acelerada en su composición y en su ideología en los últimos dos decenios, sin que muchos lo hayan entendido. El proceso de cambio político no se empezó a dar en México en el 2000 con la alternancia en la presidencia de la República, sino mucho antes, cuando los tecnócratas se fueron apoderando del aparato de Estado, de manera poco advertida desde los años setenta y más claramente a partir de 1982 a la llegada a la presidencia de Miguel de la Madrid. El PRI no fue históricamente otra cosa que una coalición de intereses privados, de individuos y de organizaciones vinculados al mundo de los negocios, que siempre antepusieron sus intereses facciosos, personales y de grupos, a la tesis de ir edificando al Estado benefactor surgido de la Revolución

Mexicana. Y cuando en los ochenta llegaron a ocupar los altos cargos del Estado, técnicos en la administración y en la economía que no tenían una trayectoria partidista, educados en su mayor parte en Yale, en Chicago, en Princeton y en otras universidades conservadoras de Estados Unidos y carentes de una vocación de lo social (los "tecnócratas"), ésto no pasó de suscitar un escándalo en los medios: buena parte de los integrantes del gabinete ya no eran militantes del PRI, aunque luego de ésto muchos corrieran a afiliarse. La llegada a la presidencia en 2000 de Vicente Fox, un ex empleado de las trasnacionales y más tarde empresario él mismo, no causó un trastocamiento en la burocracia oficial porque ésta ya se hallaba inmersa en un proceso de recomposición, y por ello la designación de sus colaboradores resultó congruente con la evolución que estaba teniendo la administración estatal, aunque no dejaron de sorprender a muchos dos factores: que hubiera en el gabinete más integrantes del PRI que del PAN y que ingresaran a éste un buen número de altos empleados de las trasnacionales y de gerentes de empresas. La razón de ello fue muy simple: Fox no hizo otra cosa que atender a la exigencia de Washington de copiar la forma de integrar la administración pública en Estados Unidos, en donde buena parte de la "clase política" estadounidense está formada por directivos de grandes consorcios que cada cuatro años pasan con tranquilidad del sector público al privado y viceversa. El sociólogo estadounidense C. Wright Mills ya lo había advertido desde los años sesenta al estudiar "la élite del poder", cuando entendió que los gobernantes de ese país funcionaban mejor para los intereses del gran capital cuando eran directivos o gerentes de los emporios comerciales e industriales, pues se originaban menos conflictos para dichos intereses privados que cuando el gobierno estaba en manos de políticos profesionales. El propio Fox no dudó por eso en definir su gobierno, desde los primeros meses de su gestión, como un gobierno "de empresarios, para los empresarios y por los empresarios" y en afrontar las exigencias de la burocracia panista, que le exigía mayores cuotas de poder, y de un sector del perredismo, que le demandaba "un gobierno plural". Cuando la primavera de 2003, Fox sancionó la ley sobre el servicio civil de carrera —el viejo proyecto de los tecnócratas—, oficialmente para evitar los despidos masivos de burócratas cada seis años y para darle mejor continuidad a las tareas y a los programas estatales pero de hecho para garantizar el proceso de reconversión de la burocracia estatal, el aparato de Estado mexicano se hallaba ya en consecuencia en manos de los integrantes de una burocracia gobernante muy diferente: una nueva "clase política", que se asume como funcional al proyecto de la globalización neoliberal, y para la que los programas del Banco Mundial, de la OCDE o del FMI, son de mayor jerarquía que las leyes mexicanas, y las decisiones de Washington tienen más relevancia que las de Los Pinos.

La nueva "clase política" mexicana fue acrecentando su poder de decisión en los últimos dos sexenios del PRI en detrimento obviamente del poder presidencial. El proceso de reconversión del aparato de Estado mexicano se dio desde los gobiernos salinista y zedillista atendiendo a las exigencias neoliberales de desmantelar al "viejo Estado intervencionista" y desregular la economía, y pasó por lo mismo, entre otras, por la tesis de que era urgente ir limitando las atribuciones presidenciales a fin de debilitar el poderío del Estado nacional en beneficio de los gobiernos estatales, no para hacer realidad el federalismo establecido en la Constitución mexicana sino para crear gobiernos estatales más autónomos (y facultados para negociar con los intereses trasnacionales) y "clases políticas" locales más independientes (con las que los grandes consorcios pudieran entenderse mejor sin necesidad de pasar por el gobierno central). Los poderes del Ejecutivo federal no se vieron por lo tanto reducidos de manera mecánica en 2000, como pretendería Fox, sino que habían ido siendo mermados por una serie de cambios políticos (la imposibilidad del Ejecutivo de dominar a varias gubernaturas estatales y gobiernos municipales, asi como al Congreso desde 1997) y por las reformas legales y de facto a la mecánica del poder. Los poderes presidenciales no eran tan omnímodos por lo tanto desde los años noventa

¿pues las decisiones que a mediados de siglo eran del Ejecutivo las iban ya tomando un número importante de funcionarios.

La primera de las prioridades de esta nueva "clase política" mexicana es desde luego la de preservar a toda costa el proceso de reconversión política del aparato de Estado, a fin de que en lo sucesivo el mismo no esté en la posibilidad de ser patrimonio de un solo partido, y pueda ser compartido por todos. La manipulación de la tesis sobre "la transición democrática" por parte de los miembros de los tres principales partidos (PRI, PAN Y PRD) asi como de los dirigentes del sector empresarial, se sustenta en la necesidad que tienen todos de no perder el control del Estado ante fuerzas emergentes, legitimándose al mismo tiempo como "demócratas" y relegando a todas las fuerzas políticas ajenas, y sobre todo a las situadas a la izquierda, al rango de "radicales", "ultras" o incluso "terroristas". Pero refleja también, y sobre todo, una de



las características de la sociedad política del México actual, y es que sus diversos grupos tienen ya un acuerdo "en lo fundamental", para utilizar la noción del liberal mexicano del siglo XIX Mariano Otero, y no guardan ya divergencias sino en lo secundario. Los integrantes de los tres partidos podrán diferir en cuestiones secundarias en torno a "la reforma del Estado" y magnificar esas mismas diferencias al combatirse en el terreno político electoral en la búsqueda de los mismos electores, pero han alcanzado también múltiples afinidades que no se ven desde la sociedad. Y así mientras un sector de los priístas busca acotar el presidencialismo estableciendo en México un régimen semi presidencial, y priístas y perredistas, sin cuestionar el fondo de la medida, difieren de Fox y de los panistas en torno a la velocidad con la que debe hacerse la privatización del sector energético, la mayor parte de los dirigentes de los tres partidos tienen una plena identificación en esa cuestión central: debe proseguirse la aplicación del modelo neoliberal. Eso explica que en 2001, miembros de los tres partidos decidieran en el Senado, con el aval de sus dirigencias nacionales y conforme lo demandaba el gobierno, modificar la legislación constitucional en materia indígena, haciendo a un lado la Ley Cocopa y traicionando el espíritu y la letra de los Acuerdos de San Andrés, mientras se decían defensores de los pueblos indios. Y que en 2003, al mismo tiempo que condenaban la guerra en Irak y preconizaban una paz que vieron siempre como una noción vacía de contenido, a fin de no situarse en oposición a la mayoría de los mexicanos y de legitimar su imagen de manera oportunista, se negaron a pedir el inmediato cese al fuego, la retirada de los ejércitos invasores y a condenar a George W. Bush y a sus colaboradores y exigir su procesamiento como criminales de guerra.

Los partidos políticos mexicanos, y quienes toman las decisiones al interior de éstos, no difieren en la mayor parte de sus tesis centrales, y sólo parecen distinguirse porque todos pretenden ser los mejores alumnos de los organismos financieros internacionales, y ésto no es ajeno al proceso en el que se vieron inmersos en los años

recientes. El nuevo "sistema político" mexicano se definió luego de las reformas político-electorales de los últimos cuatro sexenios, las que tuvieron un rasgo común: fueron hechas para los partidos políticos y no para los ciudadanos. Las modificaciones a las leyes electorales definieron a los partidos políticos ya no como organizaciones *privadas* sino como entidades de interés público, y les otorgaron un macrofinanciamiento del Estado sin por ello suprimir la posibilidad del financiamiento privado, lo que cambió de manera sustancial la vida política en México pues configuró a las burocracias partidistas como grupos mafiosos cohesionados ya no por principios sino por intereses y creó las condiciones para que se distanciaran de las bases partidistas y se imbricaran mejor con los grandes intereses privados, nacionales e internacionales.

No sorprende en consecuencia que la "clase política" mexicana, o mejor dicho las diversas fracciones de esa "clase política", den muestras todo el tiempo de no tener más prioridad que la de sus propios intereses. Vicente Fox, por ejemplo, ha consumido buena parte de sus discursos en hablar de si mismo y de sus problemas familiares o de su imagen pública, y su propaganda en los medios, hecha con los recursos del pueblo, va dirigida en buena medida a hacer el elogio del propio gobierno y de su gestión. La cultura política priísta marcó a las burocracias de los tres partidos, en su discurso y en sus prácticas políticas, y no es de llamar por ello la atención que estas burocracias hablen en nombre del pueblo pero actúen en función de sus intereses personales, de grupo o de partido y en contra de las mayorías. Los dirigentes de los partidos políticos, según el estudio clásico que hiciera el sociólogo alemán Roberto Michels a principios del siglo pasado (estudiando a organizaciones políticas y sindicales europeas, tanto democristinas como socialdemócratas), terminan siempre inevitablemente por anteponer sus propios intereses a los de las bases del partido o a los del pueblo, y forman en su interior grupos oligárquicos —la famosa "ley de acero" de los partidos—, lo que un siglo después se comprueba en México. La dirigencia del PRI ha estado más ocupada en evitar la desagregación de su partido, en reconciliar a los grupos de Labastida y de Madrazo, en mantener su vinculación con su sector corporativo y en negociar con el gobierno foxista las acusaciones de peculado en Pemex y otras tentativas de chantaje para subordinar su voto en las Cámaras, que en reconstruir a su organización sobre bases democráticas para defender al pueblo. Los jefes de Acción Nacional han tenido como prioridad exigir a Fox mayores espacios políticos en la administración pública, en la cual éste ha preferido a gente venida de las empresas privadas, en resolver su profunda división interna y en tratar de ocultar su responsabilidad delictiva por el turbio financiamiento proveniente del extranjero a la campaña electoral de Fox, que en tener una propuesta de gobierno. Y el PRD, lejos de plantearse la necesidad de elaborar una propuesta de trasnformación democrática para México y un proyecto alternativo al modelo neoliberal, no ha hecho otra cosa que hundirse más en una antidemocrática lucha interna por el poder, mientras busca hacia el exterior forjarse una imagen como partido "*de* gobierno", asumiendo que "la izquierda", que pretende representar, debe actuar como los otros partidos haciendo lo que es "políticamente correcto", lo que lo ha llevado a descalificar y a combatir a las fuerzas y organizaciones que no puede controlar y, haciendo a un lado los principios, a subordinarse a los programas neoliberales y a la práctica de negociarlo todo a espaldas de los mexicanos. Surgido de lo que fue el FDN de 1988 y del proceso de unificación de las izquierdas mexicanas, el PRD tiene en particular una grave responsabilidad por el proceso de involución que ha sufrido el país, pues dilapidó el capital político de esas organizaciones de la izquierda mexicana unciéndolas al aparato estatal y desmovilizando a sus militantes sólo para el beneficio personal de sus dirigentes.

La competencia político-electoral que aparece como una de las tareas esenciales de los partidos políticos se ha tornado por todo ello en una preocupación central de las "élites políticas", que no la ven sin embargo como un proceso para dialogar con la sociedad y recibir su mandato, sino como un período en el que buscan utilizar a los mexicanos como una "masa de maniobra" para sus fines electorales. A nadie extraña ya por

lo mismo que a pesar de los recursos multimillonarios de los que se les dota, los partidos no cumplan en México funciones de divulgación o de educación política ni les preocupe el sentir de las mayorías.

En ningún país hay una "clase política" homogénea, pero la burocracia gobernante de México, marcada por la cultura política patrimonialista de los siete decenios de priísmo, por las prácticas políticas de la tecnocracia neoliberal que asumió que todo se puede negociar a espaldas del pueblo e identificada por convicciones y por oportunismo con el proyecto monetarista del Banco Mundial y del FMI que impusieran a México los tres últimos gobiernos surgidos del PRI, tiene mayores afinidades que las que muchos analistas pudieran suponer. La composición de "la clase política" mexicana es muy diversa, como lo reconocía en 1998 la Quinta Declaración de la Selva Lacandona, e incluye desde líderes agrarios hasta empresarios, pero los hombres de buena fe que quieren la paz y el respeto a los derechos de todos, no son los que detentan los caragos de dirección del Estado y su voz no se escucha.

El nuevo modelo de dominación supone por otra parte que los empresarios, principales interesados en la imposición de los programas neoliberales y en la subordinación de México a Estados Unidos, deben dirigir directamente las instancias del Estado, y que los integrantes de la "vieja clase política", tanto del PRI como del PAN o del PRD, esos hombres que como decía Max Weber, "viven *de la política*", deben ocupar en lo sucesivo un lugar secundario, como meros operadores de decisiones que no han tomado, y a los que se les reconoce sin embargo que son de fundamental utilidad para controlar a la sociedad.

La "clase política" mexicana no tiene ya por lo mismo la importancia que tuvo en el pasado, y ésto tiene una trascendencia muy grande en la mecánica del poder. La privatización de lo público ha significado, por un lado, que buena parte de las tareas fundamentales del Estado no las realizan ya entidades públicas sino privadas, particularmente en materia educativa, de salud, de seguridad social, de comunicación y de otro tipo de servicios, lo que incluye a los llamados megaproyectos, y desde luego a muchas tareas de mediación social, y que sean los responsables de estas compañías privadas los que cumplan las funciones que otrora eran competencia de los burócratas del Estado. Y, por otro lado, lo que es más trascendente: los Estados nacionales se han ido desmantelando y han perdido soberanía, lo que significa que buena parte de las decisiones fundamentales en materia económica y social, ya no se toman por las burocracias gobernantes de cada país sino en Washington, y que las "clases políticas" locales hayan perdido su capacidad de decisión sobre cuestiones fundamentales.

En este escenario, en el que "los representantes del pueblo", representan más que nunca en los hechos a sus camarillas, a sus partidos, a Los Pinos o a los organismos financieros internacionales y no se atreven a tocar al gran capital, defendiendo a ultranza el modelo neoliberal, no puede haber más que una respuesta. Es una tarea de todos, a partir de las comunidades, el impedir que prosiga el deterioro de la vida nacional, la confiscación de los derechos colectivos y el desmantelamiento de la Nación, y que se siga comprometiendo el futuro de las nuevas generaciones de mexicanos.

* Luis Javier Garrido es licenciado en Derecho por la UNAM y doctor de Estado en Ciencia Política por el Departamento de Ciencia Política de la Sorbonne (Universidad de Paris I). En la actualidad es profesor por oposición de la Facultad de Derecho de la UNAM y de la División de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM e Investigador Titular "C" de Tiempo Completo Definitivo del Instituto de Investigaciones Sociales de la misma Universidad Nacional Autónoma de México, asi como Investigador Nacional Nivel III del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Obtuvo en 1990 la Beca Guggenheim. Es autor de *El Partido de la Revolución Institucionalizada* (Siglo XXI Editores, 1982) y de *La Ruptura* (Grijalbo, 1993), asi como de numerosos artículos en revistas especializadas. Colabora semanalmente en los diarios *La Jornada, El Diario de Yucatán y El Diario del Noroeste.*

Las luchas de las mujeres,

sus organizaciones y figuras históricas en México

Raúl Jardón

Tres ejes centrales caracterizaron las luchas y el surgimiento de organizaciones de mujeres a finales del siglo XIX y en el siglo XX. Hasta 1970 las demandas y acciones se concentraron:

1° en la participación organizada de las mujeres en las luchas revolucionarias y opositoras, rompiendo los esquemas que encerraban a la mujer en su papel tradicional, irrumpiendo en la actividad pública y levantando reivindicaciones sociales y políticas sobre todo de las obreras y campesinas; esta tendencia fue sostenida por las mujeres de izquierda, primero anarcosindicalistas y luego comunistas.

2° en la lucha por el sufragio universal y los derechos políticos de las mujeres, sostenida principalmente por organizaciones femeniles de capas medias y por las del partido oficial (Partido Nacional Revolucionario, Partido de la Revolución Mexicana, luego PRI), aunque en esta vertiente se inscribieron también de manera determinante en los años 30 las organizaciones de izquierda de mujeres, pero sin otorgarle un papel central en sus programas de lucha.

Aunque en ese primer periodo hay pronunciamientos aislados a favor del amor libre, contra la doble moral favorecedora del machismo, etcétera, es hasta la década de los 70 cuando cobran auge la organización y lucha de las mujeres con demandas en torno al 3er eje: el derecho a decidir sobre su propio cuerpo y la reproducción, el respeto a la diferencia sexual y otras que constituyen las luchas por los derechos de género.

En esta vertiente destacan organizaciones y publicaciones autónomas de mujeres de izquierda, principalmente de las capas medias, que tienen, primero, coincidencias y divergencias con los partidos de izquierda radical en torno al lugar que ocupa la lucha por la liberación de la mujer en la lucha por la revolución social y, a partir de la década de los 90, hay una relación a veces contradictoria y a veces coincidente con la izquierda parlamentaria y la izquierda social en torno al lugar de las luchas de género en el combate por lograr una transición democrática y en torno a lo necesario o innecesario de la concesión de porcentajes en los cargos partidarios y puestos de representación popular que garanticen espacios más o menos igualitarios para las mujeres.

El movimiento de las mujeres ha seguido una trayectoria de desarrollo con auges y descensos muy similares a los de la izquierda mexicana, aunque es significativo que el periodo de máximo ascenso de la organización y lucha de las mujeres se inició en 1931, adelantándose al de los movimientos obrero y campesino en la misma década; y su descenso también se anticipó a la corporativización de sindicatos y centrales campesinas, pero sin que surgiera una organización de mujeres amplia controlada por el gobierno.

Por desgracia, las ponencias, estudios y libros sobre el movimiento de las mujeres en México son pocos y hacen muy pocas alusiones a actos, movilizaciones y luchas concretas realizadas por las organizaciones de mujeres, sino que se refieren fundamentalmente a sus organizaciones y programas, aunque las referencias a estros dos últimos aspectos dan una idea más o menos precisa de lo amplio o reducido del movimiento de mujeres en cada periodo.

sociedad feminista Protectora de la Mujer (1904), dedicadas "al perfeccionamiento físico, intelectual y moral de la mujer".

Estas publicaciones son impulsadas por mujeres de clase media que demandan reformas que mejoren la condición de las mujeres para lograr la igualdad con los hombres.

En 1901, Juana Belén de Gutiérrez funda en Guanajuato el periódico *Vesper*, que, con diversas interrupciones en su publicación, se mantiene hasta 1935. Ella, Elisa Acuña de Rosseti y Dolores Jiménez y Muro, están ligadas al Partido Liberal de los hermanos Flores Magón. Apoyan las luchas de los mineros, van a la cárcel y ahí fundan el grupo "Hijas de Cuauhtémoc" que combina las demandas de igualdad y cambios políticos. Se suman la campaña anti-reeleccionista de Madero y, para respaldar a Zapata, forman la organización "Amigas del Pueblo", demandan el voto femenino al presidente provisional Francisco León de la Barra y organizan, en junio de 1911, una manifestación en la

Las precursoras, la revolución y luchas iniciales

En 1887 aparece el semanario *Violetas del Anáhuac*, editado por Laureana Wright y Mateana Murguía en el que, por primera vez, se insinúa la posibilidad del voto femenino y se aboga por la igualdad de derechos y la instrucción a las mujeres.

Otras publicaciones pioneras, pero no tan definidas en esos temas son el *Álbum de la Mujer* (1853-1924) y *La Mujer Mexicana, órgano de la*

colonia Santa Julia por esa demanda que es reprimida con un saldo de 9 muertos. Editaron también, en 1914, el periódico *La Reforma*, primero en reivindicar la causa de los pueblos indios.

Juana Belén estuvo presa bajo los gobiernos de Madero y Carranza. Elisa Acuña de Rosseti fue integrante del Centro Directivo de la Confederación de Clubes Liberales en 1903; junto con Juana Belén fue editora de *Fiat Lux*, Órgano de la Sociedad Mutualista de Mujeres. Dolores Jiménez Muro escribió en el opositor *Diario del Hogar* y fue encar-

celada en el porfiriato. Fue coronela zapatista y coautora del Plan Político-Social de la Sierra de Guerrero, antecedente del Plan de Ayala.

En 1906 surge la organización "Las admiradoras de Juárez", que lucha por el derecho al voto de las mujeres, mientras que en 1907 se forma, con obreras textiles de Tizapán, el grupo "Hijas de Anáhuac", que se adhiere al programa del Partido Liberal Mexicano de los Flores Magón y plantea ligar la lucha social y la de las mujeres.

Pese a estar encarcelada tras el enfrentamiento del 20 de noviembre de 1910, Carmen Serdán encabeza la Junta Revolucionaria de Puebla, formada el 10 de diciembre por un grupo de mujeres en el que destaca Guadalupe Narváez y que hace propaganda revolucionaria.

Entre 1911 y 1912 las mujeres maderistas sostienen en la publicación *Nueva Era*, que luchan contra la idea de inferioridad femenina, aspiran a tener acceso a la instrucción en todos los niveles y a ser útiles a sí mismas, a la familia y a la sociedad, pero no ambicionan posiciones igualitarias frente al hombre (Credo Feminista)

Luego del asesinato de Madero, Eulalia Guzmán, Inés Malváez, Dolores Sotomayor y otras mujeres forman el grupo "Lealtad" que, junto a las organizaciones Liga Feminista Anti-reeleccionista Josefa Ortiz de Domínguez, Liga Femenil de Propaganda Política y Club de Hijas de la Revolución hacen propaganda e incorporan mujeres a la lucha revolucionaria.

Contra lo comúnmente pensado, las mujeres se incorporan a la revolución mexicana no sólo como soldaderas que acompañan a sus hombres, sino que hay mujeres-soldado que pelean al mismo nivel de los hombres y llegan a obtener rangos militares. Algunos casos destacados son el de la subteniente María Encarnación Mares de Cárdenas "Chenita", la coronela zapatista Rosa Padilla y la coronela de caballería Amelia Robles.

Esa participación en la lucha armada, que involucra a familias enteras, junto con la incorporación de la mujer a las actividades productivas, sobre todo agrícolas, pero también en otros campos durante la revolución, rompe el patrón familiar.

En 1916 se forma el "Grupo de Mujeres Ácrata" de la Casa del Obrero Mundial, encabezado por la costurera Esther Torres, quien forma parte del Comité de Huelga que organiza la huelga general reprimida por Carranza ese año en la capital.

En enero y noviembre de 1916 el gobernador yucateco y general Salvador Alvarado convoca y organiza 2 Congresos Feministas en ese estado. Al primero (13-16 de enero) asisten unas 700 delegadas y al segundo (23 de noviembre-2 de diciembre) 234. En el primero se acuerda que "para manumitir a las mujeres del yugo de las tradiciones, se dé a conocer a las mujeres todas las facultades que poseen y cómo aplicarlas para desempeñar actividades que hasta el momento son realizadas sólo por los hombres". No se aprueba promover la "educación racionalista", ni el voto femenino. En el segundo se acuerda otorgar el voto a las mujeres en las elecciones municipales, pero negándoles el derecho a ser electas, lo que provoca el descontento del sector radical encabezado por Elvia Carrillo Puerto, misma que, al amparo del gobierno de su hermano Felipe Carrillo Puerto y del Partido Socialista del Sureste (primero llamado Partido Socialista Obrero), organiza de 1922 a 1924 las Ligas de Resistencia Feministas Campesinas, que llegaron a ser 45 en Yucatán y de cuya magnitud da una idea el que únicamente una de ellas tenía 5,500 afiliadas.

El Partido Socialista del Sureste incluyó en su programa la igualdad de derechos para ambos sexos, promovió la elección en 1922 de Rosa Torres como presidenta municipal de Mérida y las candidaturas triunfantes en 1923 de Elvia Carrillo Puerto, Beatriz Peniche, Raquel Dzib y Guadalupe Lara como diputadas locales.

Entre 1915 y 1919, Hermila Galindo, secretaria particular de Venustiano Carranza, publica la revista *Mujer Moderna*, desde la que promueve el derecho al voto de las mujeres. Ella misma, junto al general Salvador González Torres, envía una propuesta al Congreso Constituyente proponiendo que se consagre en la Carta Magna el derecho al voto femenino. La propuesta es rechazada por los constituyentes argumentando que: "El hecho de que algunas mujeres excepcionales tengan las condiciones necesarias para ejercer satisfactoriamente los derechos políticos no funda la conclusión de que éstos deben concederse a las mujeres como clase...las mujeres no sienten, pues, la necesidad de participar en los asuntos públicos, como

lo demuestra la falta de un movimiento colectivo en ese sentido". Aún sabiendo que no sería reconocida, Hermila Galindo lanzó en 1918 su candidatura para diputada por el 5° Distrito del DF.

Sin embargo, el Constituyente reconoció las diferencias sexuales en materia laboral, estableció la igualdad salarial para ambos sexos y la protección a la maternidad y, poco después, el gobierno expidió la Ley de Relaciones Familiares que establece por primera vez la igualdad de derechos de marido y mujer en el matrimonio y legaliza el divorcio. El Constituyente mantuvo la diferencia de derechos entre "hijos legítimos" y "naturales", mientras que las Leyes de matrimonio expedidas en 1915 tanto por la Convención de Aguascalientes como por Emiliano Zapata no hacían distingos entre ambos.

El 16 de agosto de 1918 se forma el Centro Radical Femenino, ligado a los anarcosindicalistas de la Casa del Obrero Mundial, que publica el periódico *El Iconoclasta*, y se auto caracteriza como "un periódico escrito por afanosas luchadoras y destinado a crear conciencia de la mujer esclavizada por el vampirismo romano" (en referencia al clero católico que chupa la sangre de las mujeres)

También en 1918 se constituye el grupo Alma Roja, formado por obreras textiles, bordadoras y telefonistas y, al año siguiente, se realiza una huelga magisterial en la que las jóvenes maestras forman el contingente principal.

Entre septiembre y octubre de 1919, Evelyn Trent Roy (esposa de Mahanabendra Nat Roy, uno de los fundadores del Partido Comunista), Juana Belén de Gutiérrez, Elena Torres, Refugio (Cuca) García y Elvia Carrillo Puerto crean la organización Consejo Nacional de Mujeres, o Consejo Feminista Mexicano o Consejo Mexicano de Mujeres (el nombre varía según diversas autoras), cuyo programa propone la emancipación económica (paga igual a trabajo igual, etc.), social (asociaciones libertarias en el campo intelectual y obrero, etc.) y político (derecho al voto y a ser electas) de las mujeres. Editan el periódico *La Mujer*, que en 1920 llegó a imprimir 4 mil 500 ejemplares.

En 1920 el líder campesino comunista michoacano Primo Tapia impulsa la organización de las Ligas Femeniles en las que destacan Estela Carrasco y Refugio (Cuca) García. En las comunidades agrarias esas ligas organizan la lucha anticlerical y agrarista, contra el alcoholismo, por la dotación de tierras y contra "los expoliadores de la clase indígena". Con base en ellas se realiza, el 1° de mayo de 1924 el Primer Congreso de Sindicatos Agrarios Femeninos de la Región Michoacana.

En 1922 surge la celebración del 10 de mayo como Día de la Madre promovido por el diario *Excélsior*, los comerciantes y algunas autoridades educativas.

Entre 1921 y 1924, las mujeres maestras juegan un gran papel en la gestión educativa de José Vasconcelos. Eulalia Guzmán es la Jefa de la campaña contra el analfabetismo de 1923 a 1924.

En 1923, se realiza el Primer Congreso Nacional Feminista (promovido por la Liga Panamericana de Mujeres) en la capital del 20 al 30 de mayo, con la asistencia de 100 delegadas de 20 estados. En él destacan como organizadoras las maestras comunistas Elena Torres y Cuca García. Resuelven luchar por igualdad civil para que la mujer acceda a cualquier cargo administrativo, que en todos los divorcios los hijos se queden con la madre, igualdad política y representación parlamentaria de las organizaciones sociales, una sola moral sexual para todos, cooperativas de consumo, igualdad laboral, protección a las trabajadoras domésticas, guarderías y comedores infantiles en las fábricas. Elvia Carrillo Puerto defiende el amor libre.

Distinta es la opción que plantea la sección mexicana de Unión de Mujeres Americanas, fundada el mismo año, que se concentra exclusivamente en la lucha por los derechos políticos de las mujeres.

Paralelamente, en 1923, por iniciativa del gobernador Aurelio Manrique, se concede el voto en las elecciones municipales a las mujeres alfabetizadas en San Luis Potosí (dura hasta 1928), y en Chiapas en 1925, el congreso estatal reconoce el derecho al voto y a ser electas para todo puesto de representación popular a todas las mujeres mayores de 18 años.

En 1925 se realiza el Congreso de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas.

En 1926 Elvia Carrillo Puerto lanza su candidatura a diputada y su triunfo es reconocido por las autoridades de San Luis Potosí, pero no por el Colegio Electoral del estado.

Durante la década de los 20 y principios de los 30 destaca el reto a las prohibiciones, prejuicios y convencionalismos que plantea la actividad pública de mujeres como Antonieta Rivas Mercado, Guadalupe Marín, Frida Kalho, María Izquierdo, Tina Modotti, Nahui Ollín, María Dolores Asúnsolo, Guadalupe Rivas Cacho, mujeres, en su mayoría identificadas con la izquierda, que influyeron en un cambio de actitudes sociales, aunque también provocaron escándalo en los sectores conservadores.

En 1929 las mujeres juegan un papel central en la campaña del Partido Anti-reeleccionista que trata de llevar a José Vasconcelos a la presidencia. Destacan en ella Adelina Zendejas, Eulalia Guzmán, Luz Vera y otras. Vasconcelos incluye en su plataforma electoral el derecho al voto de la mujer.

El auge de la década de los 30

La primer celebración pública del 8 de marzo como Día de la Mujer Trabajadora en México fue en 1931, o al menos no hay información de cualquier acto en años previos (día establecido por acuerdo de la Conferencia Mundial de Mujeres Socialistas en 1910 a propuesta de Clara Zetkin para rememorar la represión a las obreras textiles de Nueva York en 1907).

El llamado a la celebración fue hecho por el Departamento Femenino del Partido Comunista Mexicano (PCM) en el periódico ilegal *El Machete* considerando que esa fecha debía ser punto de partida para la organización de las mujeres en los sindicatos y en las (células) Locales del PCM en torno a sus reivindicaciones, entre las que incluía: igual salario por igual trabajo, dotación de tierra a las obreras agrícolas y campesinas pobres, ocho semanas de descanso antes del parto y 8 semanas después del mismo con salario íntegro, establecimiento de casas-cuna para los hijos de las obreras y apoyo en efectivo a las mujeres desempleadas.

En 1932 se realizan ya actos públicos el 8 de marzo en varias ciudades de la república, organizados por el Partido Comunista. En los 3 años siguientes los actos en esa fecha tienen como eje central la lucha por mejores salarios para las mujeres, aunque el último año se añaden los planteamientos de construir escuelas para atender a todos los niños y libros de texto gratuitos para los hijos de trabajadoras. En 1936 la conmemoración ya es por el Día Internacional de la Mujer, se celebra en el Palacio de Bellas Artes y en él intervienen Josefina Vicens, de la Confederación Campesina, Refugio (Cuca) García, comunista del Frente Pro Derechos de la Mujer, y Lombardo Toledano, de la CTM.

A principios de los años 30 grupos de mujeres del PNR piden que, como partido del gobierno, lleve a la cámara de Diputados la demanda del voto femenino, pero los legisladores penerristas responden: "La Constitución no niega a la mujer el voto; pero toda vez que el PNR desea introducir a la mujer paulatinamente en la vida cívica, conviene no festinar el asunto".

Entre 1931 y 1934 se celebraron tres Congresos Nacionales de Obreras y Campesinas en los que se confrontaron las concepciones de las mujeres del Partido Nacional Revolucionario y del Partido Comunista Mexicano. Las primeras insistían en los temas relacionados con el sufragio femenino y la existencia de organizaciones femeniles y las segundas ponían el acento en las reivindicaciones de las obreras y campesinas y la lucha conjunta con los hombres para alcanzarlas.

El primer congreso se efectuó del 1° al 5 de octubre de 1931 en la capital con la asistencia de delegadas de 12 estados y 10 organizaciones sociales y políticas. Las delegadas de organizaciones del PNR insistieron en que se creara una Confederación Nacional Femenina fuera de los sindicatos y ligada a ese partido, lo que no fue aprobado. Las comunistas Concha Michel, Cuca García y Consuelo Uranga plantearon la lucha de las mujeres dentro de los sindicatos y agrupaciones campesinas por sus derechos. Las penerristas acusaron a las comunistas de provocar la disolución del congreso por su intransigencia y "actitudes escandalosas impropias de las mujeres".

El segundo Congreso Nacional de Obreras y Campesinas se realizó del 25 al 30 de noviembre de 1933 en el DF y a él asistieron delegadas de casi todos los estados de la República y de 19 organizaciones sindicales, campesinas, de mujeres e incluso representantes de gobiernos de varios estados. En el Congreso predominaron las posiciones presentadas por las comunistas, lo que hizo que la

policía irrumpiera en el sitio en que se realizaba con el pretexto de que "las comunistas vertieron conceptos inconvenientes contra algunas autoridades". Pese a ello, las labores se reiniciaron y se adoptaron resoluciones para luchar por: organizar a la mujer trabajadora en un frente único con el proletariado para luchar por el mejoramiento de sus condiciones de vida, salario mínimo para las mujeres y jornada de trabajo especial para las obreras y empleadas domésticas, establecer centros culturales de mujeres para elevar su nivel en este aspecto, organizar a las mujeres para obtener sus derechos políticos sin restricciones, oponerse a la guerra, al servicio militar y a la cartilla de identidad nacional. Las delegadas penerristas, agrupadas en el Bloque Nacional de Mujeres Revolucionarias declararon nulos los acuerdos.

A partir de ese congreso se comenzó a editar la revista mensual *Mujer Trabajadora*, a cargo de la Comisión Permanente del II Congreso.

Del 10 al 15 de junio de 1934 se celebró un Congreso contra la Prostitución convocado por la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, con fuerte participación de médicos y especialistas oficiales. En el congreso chocaron las concepciones de los grupos conservadores que atribuían la prostitución sólo a causas morales y culturales y las de las comunistas, que la atribuían exclusivamente a la miseria y a la desigualdad social. A fin de cuentas, las organizadoras tuvieron que abandonar el congreso y las comunistas lograron que las resoluciones fueran en pro del aumento general de salarios, por la aprobación del proyecto de Ley del Seguro Social presentado por la Central Sindical Unitaria de México, rebaja de rentas, supresión del reglamento que permitía la prostitución, establecimiento de dispensarios antivenéreos, casas-cuna para hijos de trabajadoras, desayunos escolares, etcétera. Sin embargo el Partido Comunista criticó acremente "las desviaciones feministas" de una de sus militantes más destacadas, Concha Michel, quien sostuvo que había que luchar por la liberación biológica de la mujer y que la causa principal de la prostitución era el sometimiento de la mujer al hombre.

El Tercer Congreso Nacional de Obreras y Campesinas se llevó a cabo del 13 al 16 de septiembre de 1934, esta vez en Guadalajara, con la asistencia de 300 delegadas de 61 organizaciones obreras, campesinas, de estudiantes, etcétera, e incluso participó oficialmente el PNR. Los acuerdos se orientaron a crear formas de protección legal a la mujer en su condición de trabajadora, esposa y madre, implantar las escuelas mixtas para ambos sexos en todos los niveles, unificar a las mujeres en un Frente Único, "desfanatización" del pueblo, sostenimiento de la escuela socialista y derecho al sufragio. Hubo acuerdos aprobados por aclamación como proscribir a los sacerdotes en todo el país, el apoyo a la escuela socialista y exigir el derecho al voto. En este congreso no se registraron intervenciones destacadas de mujeres comunistas, pero la comisión permanente surgida de él incluyó a delegadas comunistas y penerristas.

El mismo año de 1934, el Bloque Obrero Campesino postuló al dirigente del Partido Comunista Hernán Laborde como candidato a la presidencia de la República y se organizó el Bloque de Obreras y Campesinas que postuló, aunque no fuera legal, a Consuelo Uranga, Luz Encinas, Rosa Segura y Martina Decina como candidatas a diputadas y senadoras en el DF y Oaxaca.

El 28 de agosto de 1935 se formó el Frente Único Pro Derechos de la Mujer (FUPDM), que es la organización más amplia e importante que ha tenido el movimiento de las mujeres en nuestro país. En el FUPDM confluyeron mujeres de todas las tendencias políticas y de diversas clases sociales excluyendo sólo a los sectores conservadores.

Llegó a tener más de 50 mil afiliadas, la convocatoria a su creación fue firmada por 25 organizaciones nacionales o regionales y aglutinó 800 organizaciones en todo el país. Su programa era muy amplio e incluía, entre otras cosas: el derecho al voto de las mujeres, modificaciones a la ley del trabajo para hacer compatible la maternidad con la actividad laboral, cambio a las leyes agrarias para que las mujeres también fueran sujetos de dotación de tierras, establecimiento de fuentes de trabajo para las mujeres, contra los impuestos excesivos a las comerciantes de estanquillos, expendios y mercados, rebaja en las rentas de vivienda, igualdad política y social para campesinas e indígenas, escuelas y libros para las hijas de las trabajadoras, casas de maternidad para obreras y rebaja en las tarifas eléctricas.

Como secretaria general del FUPDM fue elegida la comunista Cuca García y en 1936 formó un Consejo Nacional del Sufragio Femenino que realizó grandes actos públicos y envió al presidente Cárdenas la propuesta de que se concediera el voto a la mujer. En 1937, apoyadas por el FUPDM, Cuca García y Soledad Orozco son postuladas como candidatas a diputadas en Michoacán y Guanajuato, respectivamente (la primera es aspirante independiente y la segunda obtiene el apoyo del PRM). No se les reconoció el triunfo a pesar de una campaña de mítines y marchas. Las partidarias de Cuca García realizaron una huelga de hambre frente a la residencia oficial del presidente Cárdenas.

maestras comunistas y su partido, fuertemente arraigado en la Secretaría de Educación Pública, fue un factor fundamental para el impulso de la educación socialista implantada en el sexenio de Cárdenas.

La actividad del FUPDM ejerció influencia para que, en agosto de 1937, el presidente Cárdenas enviara al Congreso de la Unión la iniciativa para conceder el voto a las mujeres, iniciativa que fue aprobada por unanimidad en la Cámara de Diputados y por mayoría en la de Senadores. En septiembre de 1938 la iniciativa ya había sido aprobada por la mayoría de las legislaturas estatales, pero el Congreso de la Unión nunca realizó el cómputo que hubiera modificado el artículo 34 de la Constitución. Unas autoras dicen que ello

Al año siguiente surge la corriente República Femenina, encabezada por la en ese momento ya ex comunista Concha Michel y la legendaria magonista Juana Belén de Gutiérrez, se separa del FUPDM criticando el abandono de la defensa de los derechos de las mujeres por intereses partidistas y planteando la concepción de que "hay que crear organizaciones autónomas de las mujeres que formulen primeramente sus programas de principios y los incorporen al de la clase trabajadora reforzando las demandas de ésta; en intercambio, obtener apoyo para las demandas específicas de la mujer y utilizar el aparato político cuando ella lo necesite en relación con su causa".

Por otro lado, la participación de las organizaciones de mujeres pero fundamentalmente de las

de debió a la decisión de Cárdenas de nombrar como su sucesor al "moderado" Manuel Ávila Camacho; otras lo atribuyen al temor a que el voto femenino favoreciera al derechista Juan Andrew Almazán; unas más dicen que, o bien Cárdenas pensó que ya no necesitaba el apoyo de las mujeres, o que ya no tenía el respaldo de suficientes legisladores para imponer la realización del cómputo (aunque esto último es poco probable en septiembre de 1938, cuando Cárdenas estaba en la cúspide de su poder)

En 1938 el FUPDM impulsó la creación del Comité Femenino Pro Redención de la Economía Nacional que realizó una amplia campaña nacional de recolección de fondos para el pago de la deuda contraída con la expropiación petrolera.

Al terminar el sexenio cardenista el FUPDM va perdiendo fuerza y entre fines de 1939 y 1940 desaparece. En ello influyó la política de "unidad a toda costa" implantada en el Partido Comunista, algunas de cuyas militantes se sumaron al trabajo femenil del PRM y otras al de las Comisiones Femeniles de su propio partido.

Reflujo y resistencia

A principios de la década de los años 40 se crea el Comité Coordinador en Defensa de la Patria, dirigido por María Efraina Rocha, que realiza actividades antifascistas durante la Segunda Guerra Mundial y antibelicistas después de ella. A mediados de la misma década, un grupo de mujeres, encabezado por Estela Jiménez Esponda, levanta un trabajo en defensa de las mujeres de colonias populares, logra que el Bloque Nacional de Mujeres Revolucionarias se independice del partido oficial y trata de continuar el programa del FUPDM.

Paralelamente, las mujeres comunistas en la comarca lagunera comienzan a transformar las Ligas Feministas organizadas en cada ejido en Uniones Democráticas de Mujeres entre 1948 y 1949.

Mientras tanto, las mujeres priístas que apoyan la candidatura de Miguel Alemán a la presidencia proclaman un Programa de la Mujer Mexicana que incluye el reclamo de "la plenitud del goce de nuestros derechos". El propio programa del naciente PRI planteaba, en enero de 1946, que "las mujeres tienen exactamente las mismas condiciones que los hombres en el ejercicio de los derechos ciudadanos". Alemán responde enviando al Congreso una iniciativa para conceder a las mujeres el derecho al voto y a ser electas sólo en las elecciones municipales, que es aprobada el 24 de diciembre de 1946.

Para los inicios de los años 50 el Bloque Nacional de Mujeres Revolucionarias ya casi no existía y surge en La Laguna la Unión Democrática de Mujeres Mexicanas (UDMM), influida por las comunistas, que se propone: "Luchar por la plena igualdad en derechos de la mujer respecto al hombre en la vida económica, política y social del país...busca incorporar a las mujeres a la lucha, independientemente de su posición social o económica, de sus ideas políticas o creencias religiosas y sostiene que el progreso y la emancipación no pueden lograrse si subsiste la discriminación y la explotación brutal de la mujer...solamente en colaboración estrecha con el hombre se puede construir un México libre, próspero y que brinde bienestar y seguridad a los hogares y a las familias". La UDMM se constituye en el ámbito nacional en 1954 con lideresas como Paula Medrano, Paula Gómez Alonso y Adelina Zendejas.

En agosto de 1951, el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM), formado por militantes expulsados del Partido Comunista, demanda formalmente reformas a la Ley Electoral y señala que es anticonstitucional mantener a la mujer sin derechos a votar y ser votada para cualquier cargo y realiza una campaña en pro de esta reivindicación. El POCM impulsa la fundación en 1952 de la Unión de Mujeres Revolucionarias Guerrerenses.

En su campaña Electoral de 1952, Adolfo Ruiz Cortines, se compromete con las mujeres a concederles el voto. Algunas fuerzas priístas demandan que simplemente se concluya el trámite iniciado en la época de Cárdenas, pero Ruiz Cortines presenta una nueva iniciativa (la de Cárdenas decía: "son ciudadanos mexicanos los hombres y mujeres; la de Ruiz Cortines: son ciudadanos los varones y las mujeres"). El Congreso de la Unión y las legislaturas locales la aprueban en trámite relámpago y, el 17 de octubre de 1953, aparece publicada en el diario oficial la reforma constitucional respectiva. 4 millones de mujeres (y 5 millones de hombres) votan por primera vez en los comicios del 3 de julio de 1955 y la primer diputada fede-

ral electa es la maestra Aurora Jiménez de Palacios, postulada por el PRI en el primer distrito del estado de Baja California.

La UDMM mantiene una actividad regular en la década de los 50, pero, a partir de la efervescencia del movimiento magisterial en el DF y de las luchas de los ferrocarrileros, en 1958 surge la organización Vanguardia de la Mujer Mexicana (VMM), que publica el boletín *Mujeres Mexicanas* y participa no sólo en la lucha de los maestros y rieleros, sino también las de los trabajadores de Euzkadi, telegrafistas, petroleros y otras.

En este periodo de luchas sindicales, destaca la figura de la diputada del Partido Popular (luego Socialista: PPS) Macrina Rabadán quien, en contra de la línea de su partido y en medio de desaforados ataques del PRI, el PARM y la prensa, es la única legisladora que apoya todas esas luchas y denuncia la represión contra ellas.

Dato significativo es que la conmemoración del 8 de marzo de 1959 se realiza en el local del Sindicato Mexicano de Electricistas y el acto es convocado por las mujeres de la sección 34 del sindicato de petroleros, de las secciones 15,16,17 y 18 del de ferrocarrileros, de la sección IX de maestros, de los sindicatos de El Ánfora y Euzkadi, del Frente Nacional de Artes Plásticas, el Taller de Gráfica Popular, la UDDM y la VMM.

El 19 de noviembre de 1959 la VMM organiza en la plaza de Santo Domingo de la capital un mitin por la libertad de los presos políticos que es reprimido.

Entre el 14 y el 16 de abril de 1961 (con el impulso decisivo de la organización de mujeres cubanas) se realiza en la capital el Encuentro de Mujeres de México, Centroamérica y del Caribe, que revitaliza al movimiento de mujeres, pues en él participan como parte de la delegación mexicana 75 campesinas, 70 estudiantes y 53 obreras, además de 5 organizaciones de mujeres y personalidades destacadas como Clementina Batalla de Bassols, Rosario Castellanos, Adriana Lombardo, Rosaura Revueltas, Macrina Rabadán, Margarita Paz Paredes, Sol Arguedas y veteranas del movimiento de mujeres como Eulalia Guzmán, Concha Michel, Adelina Zendejas, María Asúnsolo y otras.

A partir de ese encuentro se publica el *Boletín Nacional de Información* y comienza a articularse la actividad de las mujeres en el seno de Movimiento de Liberación Nacional (MLN) Luego, del 28 al 30 de diciembre de 1962 se realizó la Conferencia Nacional de Mujeres Mexicanas, apoyada por el MLN para impulsar el Congreso de Mujeres de Toda América que se efectuó en Cuba.

La participación en tales eventos internacionales propició la actividad conjunta de las organizaciones de mujeres existentes y la creación de otras que constituyeron entre el 7 y el 15 de enero de 1964 un Comité Unificador Nacional de Mujeres, integrado por tres delegadas de cada uno de los siguientes sectores: obreras, empleadas, estudiantes, campesinas, amas de casa, profesionistas, periodistas y ferrocarrileras. El comité convocó al Congreso Femenil de Unidad que se llevó a cabo del 9 al 11 de marzo con la asistencia de delegadas de los sectores mencionados de 20 estados de la República y 20 colonias proletarias del DF, además de estudiantes de la UNAM, IPN y Normales.

En el congreso se formó la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas (UNMM), con destacada influencia de las comunistas y con un programa que se proponía: "conquistar la igualdad de los derechos de la mujer en la sociedad y la familia", e incluía 38 reivindicaciones generales o concretas de la mujer como trabajadora, como madre, campesina, indígena, como ciudadana, para los niños y por la paz. La UNMM se autodefinió como "una organización democrática con la finalidad de organizar y unir a los más amplios sectores de mujeres mexicanas y promover la lucha por los derechos y reivindicaciones de la mujer" y retomó la publicación del boletín *Mujeres Mexicanas*, sostenido hasta entonces por la VVM.

Al año siguiente la UNMM revitalizó la conmemoración del 8 de marzo efectuando actos en 19 ciudades y poblados del país y promoviendo la realización de un Encuentro Nacional de Muchachas Estudiantes en conjunto con la también recién surgida Central Nacional de Estudiantes Democráticos, así como una Asamblea Nacional de Mujeres Campesinas que se llevó a cabo entre el 29 y el 31 de octubre de 1965 con delegadas de 11 estados (esto ocurre en un periodo de auge de las tomas de tierras organizadas por la Central Campesina Independiente) Ese año realizó acciones en defensa de las ejidatarias de Ciudad Lerdo, Du-

rango, y de las colonias Ajusco, Santa Ursula y La Candelaria en el DF.

En 1966 la UNMM lanzó una Campaña Nacional de Guarderías Infantiles exigiendo que se cubriera el déficit de ellas, pues sólo había 389 y se necesitaban 4,884. En 1967 impulsó las luchas de las mujeres de 5 colonias populares del DF, demandó iguales condiciones de ascenso para las trabajadoras del Estado y su basificación y realizó una campaña contra los talleres y fábricas clandestinas que explotaban a las trabajadoras domiciliarias. Luego, en 1968 apoyó al movimiento estudiantil con desplegados, propaganda, sumando pequeños contingentes a las manifestaciones, jugando un papel fundamental en la marcha de protesta de mujeres realizada el 30 de septiembre hacia la Cámara de Diputados y demandando formalmente, ante la PGR y la Cámara de Diputados, respectivamente, la liberación de los presos políticos del movimiento y la desaparición del delito de disolución social.

Entre las dirigentes de la UNMM se contaron Clementina Batalla de Bassols, Martha Tamayo y la comunista Martha Bórquez, entre otras.

Fuentes (en orden de importancia para este texto):

Jiménez Álvarez, Ana Victoria y Reyes Castellanos, Francisca. *Sembradoras de futuro, memoria de la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas*. Editado por la UNMM, México, 2000.

Cano Gabriela, *Revolución, feminismo y ciudadanía en México, 1915-1940* (en *Historia de las Mujeres*, Vol. IV) Editorial Taurus, Madrid 1993.

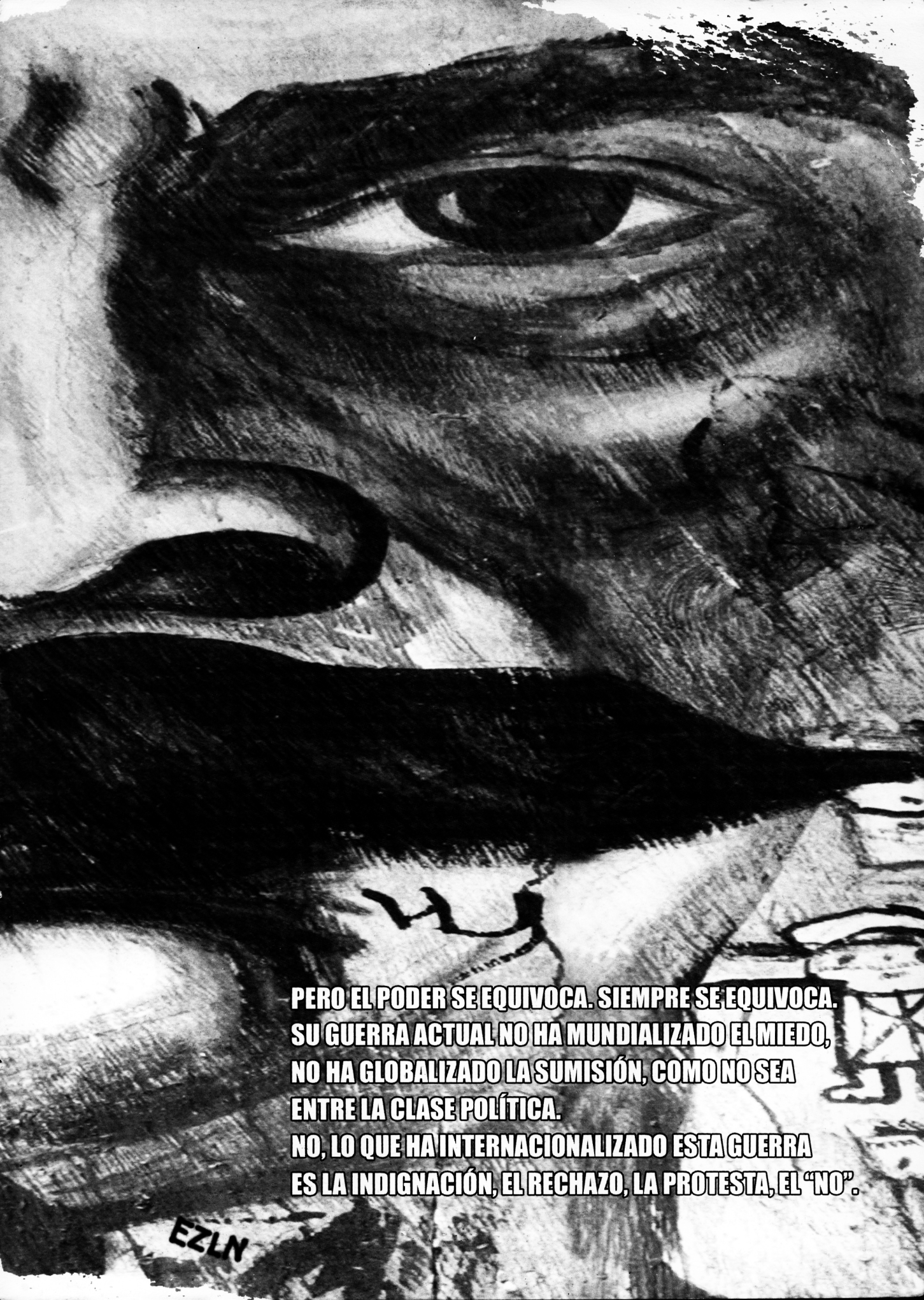
Rocha, Martha Eva. *Las mexicanas en el siglo XX* (en *Mujeres mexicanas del siglo XX, la otra revolución*, Vol. IV) Editorial Edicol, UNAM, UAM, IPN y otras universidades. México 2001.

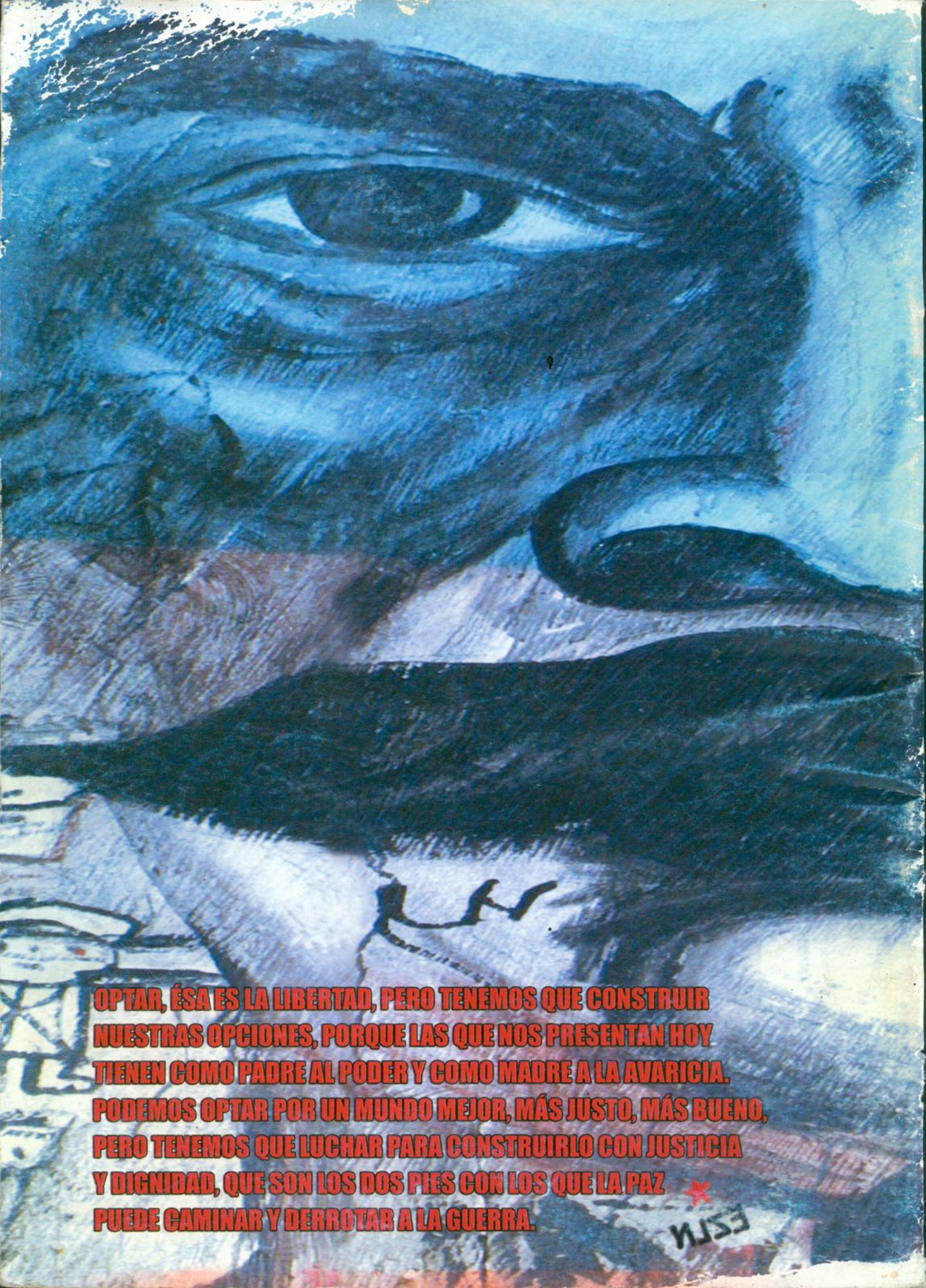
Lau, Ana, *Un siglo para las mujeres en México: de sujetas olvidadas a ciudadanas participantes, 1900-2000*. Ponencia presentada en el ciclo de conferencias Siglo XX, revoluciones, sueños y pendientes. Instituto de Cultura de la Ciudad de México, diciembre de 2001.

El Machete ilegal, 1929-1934. Edición facsimilar de la Universidad Autónoma de Puebla. Puebla 1975.

Peláez, Gerardo. *Partido Comunista Mexicano, 60 años de historia, cronología 1919-1979*. Dos Vols. Culiacán, 1980.

Taibo II, Paco Ignacio, *Bolshevikis, historia narrativa de los orígenes del comunismo en México 1919-1925*. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1986.


PERO EL PODER SE EQUIVOCA. SIEMPRE SE EQUIVOCA.
SU GUERRA ACTUAL NO HA MUNDIALIZADO EL MIEDO,
NO HA GLOBALIZADO LA SUMISIÓN, COMO NO SEA
ENTRE LA CLASE POLÍTICA.
NO, LO QUE HA INTERNACIONALIZADO ESTA GUERRA
ES LA INDIGNACIÓN, EL RECHAZO, LA PROTESTA, EL "NO".
EZLN



OPTAR, ÉSA ES LA LIBERTAD, PERO TENEMOS QUE CONSTRUIR
NUESTRAS OPCIONES, PORQUE LAS QUE NOS PRESENTAN HOY
TIENEN COMO PADRE AL PODER Y COMO MADRE A LA AVARICIA.
PODEMOS OPTAR POR UN MUNDO MEJOR, MÁS JUSTO, MÁS BUENO,
PERO TENEMOS QUE LUCHAR PARA CONSTRUIRLO CON JUSTICIA
Y DIGNIDAD, QUE SON LOS DOS PIES CON LOS QUE LA PAZ
PUEDE CAMINAR Y DERROTAR A LA GUERRA.